



numero → 96
precio → 125 ptas.

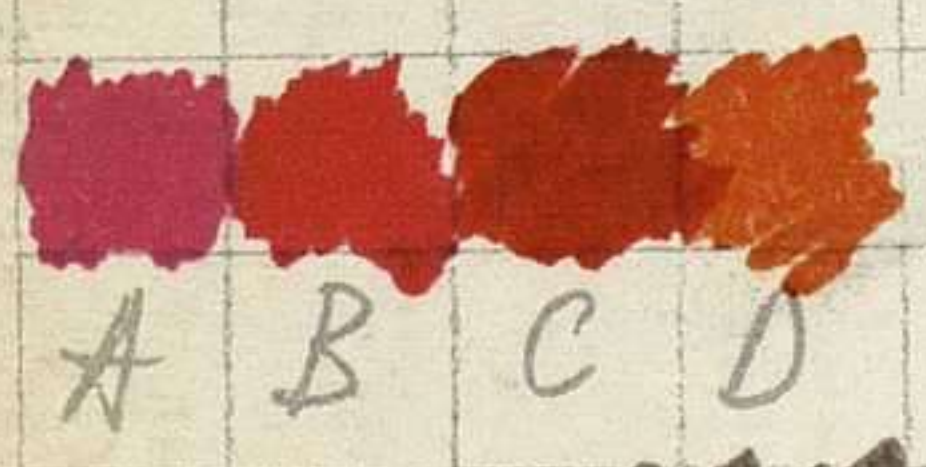
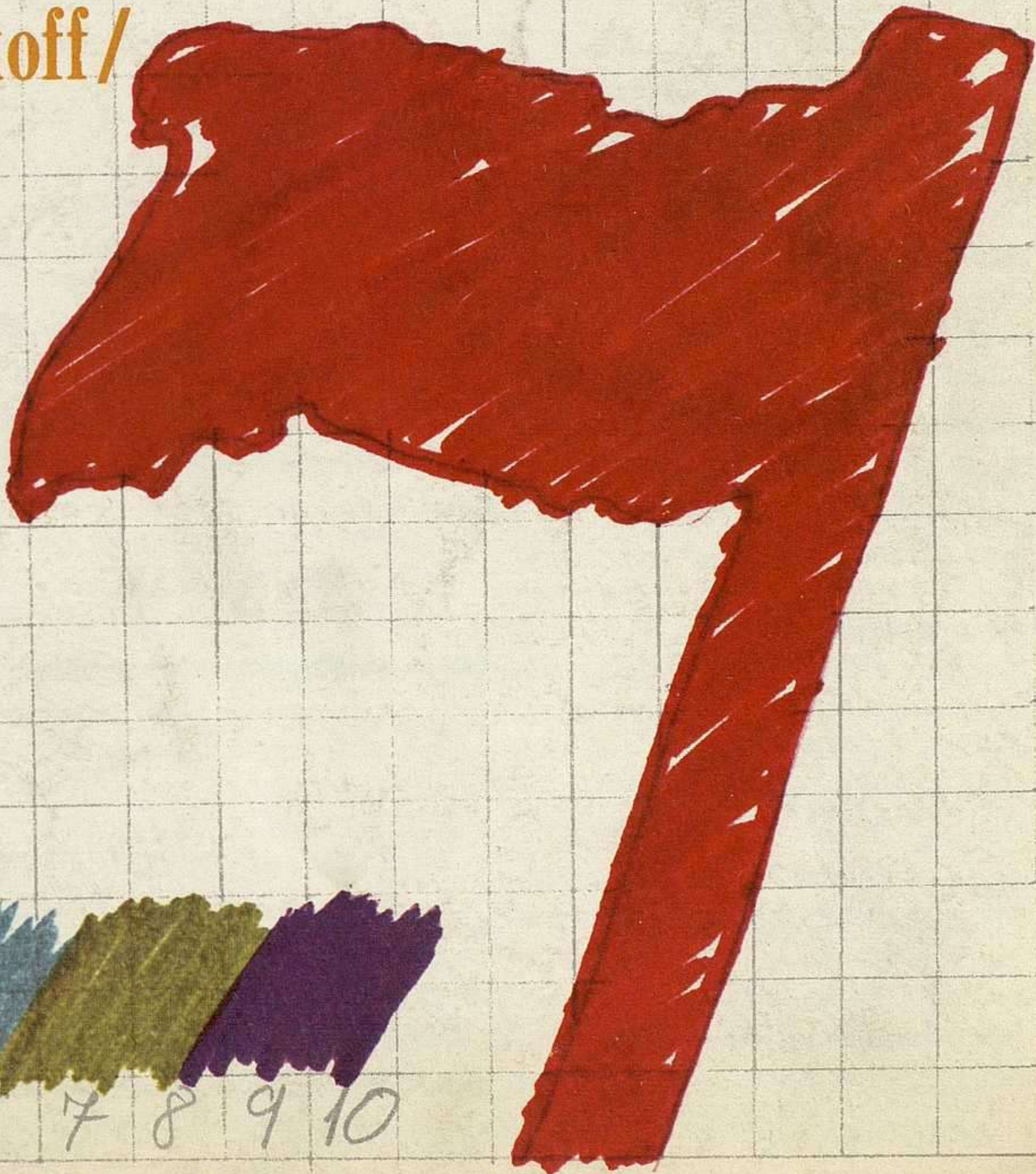
Nuestra Bandera

Debate sobre problemas organizativos

revista
teórica y política
del Partido Comunista de España

Entrevistas:
Berlinguer / Pepkoff /
Roy Medvedev

Los comunistas
ante las Cortes
Constituyentes





Nuestra Bandera

N.º 96

Sumario

Nuestra Bandera EDITORIAL: LOS PACTOS ECONOMICO-POLITICOS	1	INTRODUCCION A LAS ENTREVISTAS	38
E. Curiel y M.ª A. Calvo LOS COMUNISTAS EN LAS CORTES CONSTITUYEN- TES	3	ENTREVISTA A ENRICO BERLINGUER	39
MESA REDONDA SOBRE PROBLEMAS ORGANIZATI- VOS EN EL PCE	9	ENTREVISTA CON TEO- DORO PEPKOFF	46
Jaime Ballesteros PARA ABRIR UN DEBATE.	10	ENTREVISTA CON ROY MEDVEDEV	51
Manuel Azcárate CREAR UN PARTIDO DE NUEVO TIPO	12	Nuestra Bandera LOS PROBLEMAS DE LA EMIGRACION ESPAÑOLA EN LOS PAISES DE LA CEE	55
José Luis Malo LA DEMOCRATIZACION INTERNA	22	Miguel Bilbatúa «EL PUBLICO» Y «ASI QUE PASEN CINCO AÑOS», NUEVAS PERSPECTIVAS EN EL TEATRO DE LORCA	59
Marta Rodríguez de Quijano y Julio Segura LOS PROBLEMAS DE LAS AGRUPACIONES DE BASE	30	Arturo Barea «LA FORJA DE UN REBEL- DE», UN MUNDO RECO- BRADO	62
		Libros (3)	69

Consejo editorial

Manuel Ballesteros
Jaime Ballesteros
Emerit Bono
Dolors Calvet
Manuel Castells
C. Castilla del Pino
Enrique Curiel
Antoni Domenech
Ernesto García
J. Izcaray
Ricardo Lovelace
Máximo Loizu
Carlos Paris
J. Pérez Royo
A. Sánchez Vázquez
José Sandoval
Nicolás Sartorius
J. Sempere
Ramón Tamames
Eugenio Triana
Juan Trías

Consejo de Redacción

C. Alonso Zaldívar
Manuel Azcárate (director)
Miguel Bilbatúa
Pilar Brabo
José Luis Malo
Julio Segura
M.ª Antonio Calvo (secretaría de Redacción)
Alberto Corazón (diseño)
Alberto Leonard (administración)
Marta R. de Quijano (gerencia)
M.ª Eugenia Varela (suscripciones)
A. Imbert (confección)

Madrid, 1978
Número suelto, 125 ptas.
Suscripción a seis números:
España, 600 ptas.
Europa, 950 ptas.
América, 1.200 ptas.
Resto del mundo, 1.500 ptas.

Redacción y administración:
Peligros, 10. Madrid-14

Depósito legal: M. 20.166-1977
Impreso en Talleres Gráf. Montaña
Avda. Pedro Díez, 3. Madrid-19

1. Una vez aprobada la Constitución, que fijará el marco jurídico en el que se va a desarrollar en el futuro la vida política, económica y social del Estado español, la tarea de reforzar y asentar la democracia pasa, necesaria y prioritariamente, por la superación de la crisis económica. Una crisis no sólo nacional, sino también del sistema capitalista en su conjunto, pero que en el caso de nuestro país presenta características muy peculiares que la agravan; características derivadas de la necesidad simultánea de modificar sustancialmente el modelo productivo heredado de la dictadura franquista y de resituarse a la economía española en un escenario internacional que está viviendo el agotamiento de una larga ola de prosperidad relativa comenzada al final de la segunda guerra mundial.


2. Hemos de ser conscientes de que *la crisis económica no es una crisis pasajera ni fácil de vencer*, y que su superación va a exigir un largo período —de reajustes y transformaciones—, con independencia del tipo de solución que se lleve a la práctica, aunque éste sea decisivo en cuanto a los resultados. Esta dificultad y duración se debe a que hoy día nos enfrentamos no tan sólo a una simple crisis de ciertos sectores productivos, a una debilidad de la oferta o a una crisis parcial de realización, sino a la *crisis de una modalidad concreta de desarrollo capitalista* basada en la utilización de una tecnología de punta muy concentrada en pocos sectores industriales pesados, en la fuerte expansión del capitalismo monopolista de Estado, en el apoyo compensatorio y sistemático del sector público a la iniciativa privada y en la sobreexplotación de importantes contingentes de mano de obra agrícola, femenina y tercermundista principalmente.

3. La propia profundidad y amplitud de la crisis han demostrado que las soluciones tradicionales no

son válidas y que, por tanto, *es imprescindible formular alternativas efectivas que supongan cambios sustanciales en la propia base económica de las formaciones sociales capitalistas*. La incapacidad de los gobiernos occidentales para enfrentarse a la situación desde 1971 o la de los españoles para actuar decididamente desde principios de 1974, no sólo ocultan la defensa —irresponsable y dolosa— de unos intereses de clase muy limitados, sino, sobre todo, la imposibilidad de hacer frente a la crisis sin tomar decisiones que habrían de conducir a ampliar el espacio político de la clase obrera y de las fuerzas progresistas en las sociedades capitalistas occidentales.

4. La burguesía ya ha elaborado —y está aplicando— un proyecto para «hacer manejable» la crisis, que en pocas palabras puede sintetizarse así. El objetivo es mantener inalteradas las bases del sistema capitalista, y para ello es preciso aceptar como hecho irremediable que el futuro va a significar niveles de desempleo permanentes del 8 ó 10 % de la fuerza de trabajo (lo que en España supondría alrededor de 1,5 millones de parados). Aceptando como normal la irracionalidad de un sistema que despilfarra el 10 % del potencial productivo y humano de la sociedad, la opción socialdemócrata se preocupa exclusivamente por poder financiar ese paro, es decir, por obtener recursos que permitan que ese nivel de desempleo no desestabilice políticamente al sistema capitalista. En suma, el precio por mantener el sistema es uno sólo y muy claro: conseguir pagar a los trabajadores parados; pero no conseguir un puesto de trabajo para que dejen de serlo.

5. Al proyecto socialdemócrata antes descrito, compartido con aspectos regresivos adicionales por la derecha, ha de oponérsele *una alternativa comunista y democrática que acelere el proceso de tránsito hacia*



el socialismo. Una alternativa real que, sin olvidar los aspectos negativos más inmediatos de la crisis actual, logre imponer una línea que signifique transformaciones irreversibles que potencien el espacio político de la clase trabajadora y amplíen los controles de la misma sobre las decisiones económicas fundamentales. Una alternativa que, entroncando con nuestra estrategia eurocomunista, pueda lograr el apoyo de amplios sectores de la sociedad para quienes la opción socialdemócrata no ofrece futuro alguno; sectores que son objetivamente anticapitalistas, pero que han de tomar conciencia de que la única salida real a la crisis actual pasa por una alternativa como la que proponemos los comunistas.

6. Es fácil percatarse de que la propuesta de un programa económico a medio plazo por parte del PCE no es un lujo ni constituye una postura testimonial, sino que, por el contrario, responde a una necesidad objetiva de la sociedad española: disponer de una alternativa que permita superar la crisis económica en un plazo de 4 a 6 años, de forma tal que el nuevo tipo de economía resultante implique un paso irreversible en nuestra lucha por el socialismo y el comunismo. Y es fácil también percatarse de que el hecho de que otros partidos de la izquierda no dispongan de dicha alternativa y se escuden tras ambiguas fórmulas de esperar hasta que el gobierno sea de izquierdas puede significar que dicha alternativa no exista y que, por tanto, se trate de defender, subrepticia, pero no por ello menos eficazmente, la opción socialdemócrata.

N. B.



Los comunistas en las Cortes Constituyentes

Enrique Curiel
M.^a Antonia Calvo

Cuando estas líneas sean publicadas estaremos en plena campaña del Referéndum Constitucional. Aprobado ya el Proyecto de Constitución por el Congreso y por el Senado, nos disponemos a concluir la tarea iniciada hace dieciséis meses y que señala el comienzo de una nueva fase en el proceso de transición política hacia la construcción de un Estado y de una sociedad democrática en España.

Finaliza formalmente un período constituyente, cuyas características le han diferenciado sustancialmente de otros momentos constituyentes de nuestra historia política y constitucional. Han sido dieciséis meses tensos, difíciles, durante los cuales nuestro Partido ha tenido que librar batallas decisivas en el Parlamento, que no siempre han sido suficientemente explicadas y conocidas por la gran mayoría de nuestros militantes. No es nuestro objetivo aquí realizar un balance minucioso y detallado de toda la actividad de los comunistas en el Parlamento durante más de un año, sino de ofrecer unos elementos de reflexión que permitan captar las claves fundamentales de la estrategia parlamentaria de los comunistas.

Se ha dicho en diferentes ocasiones, y ello es cierto, que los comunistas no consideramos concluida la transición de la dictadura a la democracia con la promulgación de la Constitución. Por el contrario, los problemas decisivos de estos momentos, como son el terrorismo, la crisis económica y el subsiguiente fenómeno del paro, la situación interna de las Fuerzas de Orden Público y de Seguridad del Estado, etc., nos confirman, en nuestra opinión, de que en este país, partiendo de las propias características del cambio político, culminar la tarea de la transición,

es decir, sentar las bases de un Estado democrático, exige una política que nosotros hemos calificado de *concentración democrática*. Es necesario afirmar una vez más que la política de concentración democrática responde a un análisis riguroso de la actual relación de fuerzas entre las diferentes clases sociales que conforman la actual sociedad española.

Es necesario recordar igualmente que la situación de esa relación de fuerzas no se expresa exclusivamente a través de la representación parlamentaria de las diferentes fuerzas políticas, sino que se expresa también, y a veces de forma decisiva, a través de otros «centros de poder» que influyen en el desarrollo del proceso político.

La política de concentración democrática tiende a fortalecer una relación de fuerzas favorable al sistema democrático, aislando a la derecha tradicional española, reaccionaria, conservadora y antidemocrática, evitando, por lo tanto, que puedan fructificar los intentos involucionistas. No podemos encerrar la política de concentración democrática en los estrechos márgenes de una negociación parlamentaria, en relación con un determinado proyecto de ley.

Nuestra historia política contemporánea es ilustrativa al respecto. En buena medida, las repetidas frustraciones de las coyunturas revolucionarias de signo democrático que se han producido en España durante los siglos XIX y parte del XX, se han debido a una tendencia progresiva a la bipolarización política y social, que inevitablemente hacía bascular a los sectores de la burguesía liberal y progresista hacia la derecha, facilitando la hegemonía de la oligar-

quía española, cuyo dominio sobre el conjunto de los aparatos del Estado es un hecho indiscutible casi hasta nuestros días.

Hoy tenemos la posibilidad de quebrar ese proceso ininterrumpido de incapacidades. La democracia en España depende de la lucidez política y de la coherencia estratégica de los partidos políticos que representan los intereses de las clases trabajadoras, para diseñar una política que, fortaleciendo las opciones democráticas (incluidas las de la derecha económica y social), neutralice la influencia de los sectores más regresivos de la sociedad española en los centros decisivos del Estado.

Esta política no tiende a fortalecer y a consolidar la hegemonía de las clases dominantes alejando los objetivos de transformación socialista, como se ha dicho en alguna ocasión, sino que nos permite ampliar el espacio político y la influencia de los trabajadores en la actual coyuntura política y abordar la cuestión decisiva, sin la que nuestra estrategia revolucionaria no pasaría de ser una mera fraseología socialista: emprender una profunda reforma democrática del Estado. Esta reforma debe garantizar la permanencia de aquellas transformaciones sociales y económicas que se consideran ineludibles en el camino hacia los objetivos socialistas.

He considerado necesario incluir estas reflexiones porque, aunque no hacen referencia directa a nuestra actuación parlamentaria, constituyen las bases políticas sobre las que el Grupo Parlamentario Comunista ha fundamentado toda su actuación en las actuales Cortes Constituyentes. No hemos ido al Congreso a realizar una política de oposición testimonial, que hubiera supuesto en todo caso facilitar la tarea de aquellas fuerzas políticas empeñadas en que «ocupáramos nuestro sitio», es decir, empeñadas en que nos aisláramos para facilitar la estrategia de su alternativa de poder.

El 14 de julio de 1977 se celebraba la reunión constitutiva del Congreso de los Diputados. A los pocos días tenía lugar el primer debate político, durante el cual todos los portavoces de los diferentes Grupos Parlamentarios exponían las lí-

neas fundamentales de su futura actuación parlamentaria. Por parte de los comunistas se señalaron los cuatro objetivos fundamentales que iban a informar las tareas de los diputados comunistas:

1. Adoptar las medidas necesarias para alcanzar urgentemente los objetivos de la reconciliación nacional a través de una ley de Amnistía.

2. Organizar el trabajo del Parlamento respetando los principios fundamentales de la democracia parlamentaria y consiguiendo que las Cortes se convirtieran en el instrumento más importante para culminar el proceso de transición política.

3. Proceder de inmediato a designar una ponencia que iniciara la redacción de la futura Constitución española, que supondría la ruptura con el franquismo institucional.

4. Buscar soluciones urgentes para paliar la crisis económica, evitando que las consecuencias de la misma recayera exclusivamente sobre los trabajadores.

1.º En diferentes momentos de la actuación del Grupo Parlamentario Comunista se ha puesto de manifiesto nuestra preocupación por conseguir en el terreno jurídico lo que ya se había conseguido en la conciencia mayoritaria del pueblo español. La consolidación de la democracia exigía una reconciliación entre todos los españoles que alejase los recuerdos de la guerra civil.

En consecuencia, la primera proposición de ley que tuvo entrada en las Cortes Constituyentes fue precisamente la de Amnistía, presentada por los comunistas. A través de esa ley se consiguió regular la amnistía laboral, que, pese a las dificultades en su aplicación, tuvo importantes repercusiones para miles de trabajadores españoles.

Igualmente, el mismo día 14 de julio de 1977, los comunistas presentamos otra proposición de ley de amnistía referida a los llamados «delitos de la mujer». Se trataba de corregir las situaciones absurdas creadas por una legislación trasnochada y reaccionaria, que discriminaba a la mujer a través de unos mecanismos incompatibles con una sociedad democrática. Aunque la citada ley no fue tomada en consideración por el Congreso, su misma

existencia y debate influyeron en el programa jurídico de los Acuerdos de la Moncloa.

Con el objetivo de culminar la tarea de la reconciliación nacional, últimamente los comunistas hemos presentado otras tres proposiciones de ley, en las cuales pretendemos resolver el problema de las viudas de los militares del ejército republicano, el de los mutilados del mismo ejército y el de los funcionarios que permanecieron fieles a la República y por cuyo motivo sufrieron las consecuencias de modo irreparable.

No creo que sea necesario insistir demasiado en la importancia que adquiriría situar al país y, en consecuencia, a las Cortes por él designadas ante una situación de reconciliación que permitiese terminar con lo que la guerra civil y el régimen que surgió de ella habían provocado. Por otra parte, sólo sentando esta base, el objetivo de elaborar una Constitución podía ser abordado desde una perspectiva viable, ya que de mantenerse el enfrentamiento, la norma suprema hubiera significado necesariamente la victoria de unos españoles sobre los otros. Ante la correlación de fuerzas existente hoy en la realidad española, los más perjudicados hubieran sido, sin lugar a dudas, los partidos de izquierda y, con ello, los intereses que representan.

2.º La forma específica en que se había desarrollado el proceso de cambio político nos había llevado a una situación en la que un Parlamento democrático emergía inserto en todo el aparato político-institucional del franquismo. Estábamos ante unas Cortes Constituyentes «de facto», pero no «de iure», con todas las contradicciones que ello conlleva. Había un Parlamento, pero el Gobierno no se sometió ni a un voto de investidura ni a la cuestión de confianza. Las Leyes Fundamentales del franquismo seguían vigentes, aunque nadie lo tuviera en cuenta a la hora de legislar durante todo un año. En estas circunstancias, la estrategia de los comunistas se orientaba en una doble dirección:

a) Convertir a las Cortes recién elegidas en el instrumento decisivo para culminar el proceso de cambio político, y

b) Organizar el trabajo del Parlamento, rompiendo el modelo bipartidista y respetando los principios básicos de la democracia parlamentaria.

Es evidente que en lo que respecta al primero de los apartados, su consecución dependía de la posibilidad de que estas Cortes elaborasen una nueva Constitución democrática para España. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

Pero no se trataba solamente de eso. En un momento de vacío legislativo absoluto corríamos el riesgo de que algunas fuerzas políticas pretendieran relegar al Parlamento a un puesto secundario, lo cual, además de prefigurar el futuro modelo constitucional, impedía que las Cortes ejercieran toda la influencia precisa en el país para orientar y forzar el ritmo del proceso de cambio político. Independientemente de la desafortunada actuación del PSOE en el «caso Jaime Blanco», es indudable que con motivo de aquella discusión el Gobierno supo que el Parlamento estaba dispuesto a ejercer sus funciones de control sobre el Ejecutivo, e inmediatamente envió a las Cortes un proyecto de ley que regulaba las relaciones entre el Legislativo y el Ejecutivo. Este proyecto, defendido por el entonces Ministro de Trabajo Jiménez de Parga, constituyó en la práctica una reafirmación del poder del Parlamento y un primer debate de alcance que habría de influir en el mismo texto constitucional.

Pero al margen de hechos más o menos anecdóticos, nuestro objetivo al respecto era claro: establecer una práctica parlamentaria en el seno de la cual las funciones legislativa, de control y de orientación política del Estado por parte del Parlamento no solamente no se vieran recortadas, sino que disfrutaran de la más amplia expresión.

El segundo apartado al que nos hemos referido ha sido menos espectacular, pero de una gran trascendencia política. En mi opinión, la opción que se planteó desde las primeras semanas de funcionamiento de las Cámaras era la de *bipartidismo o consenso*.

La estrategia del PSOE desde un primer momento estuvo perfectamente clara: imponer un sistema bi-

partidista en la organización del trabajo del Parlamento, que, además de reforzar esa sensación ante el electorado, pretendía limitar hasta el absurdo la influencia parlamentaria de las minorías y muy especialmente la de los comunistas. El primer debate parlamentario en el que esta estrategia se puso de manifiesto de una forma más directa fue con ocasión de la elaboración, en los meses de septiembre y octubre de 1977, del Reglamento del Congreso de los Diputados.

En alguna ocasión se ha dicho que el Reglamento de una Cámara es casi tan importante como la misma Constitución. Aunque esta afirmación contiene una evidente exageración, no cabe duda de que encierra una gran verdad. Según la regulación que se establezca de cuestiones tales como el funcionamiento de la Junta de Portavoces, composición, funciones y forma de elección de la Mesa, composición de las Comisiones, elaboración del Orden del Día, condiciones para formar Grupo Parlamentario, etc., podremos tener una Cámara que respete los derechos de las minorías o una Cámara que trabaje al dictado de los dos grupos mayoritarios.

Ciertamente que el debate en Comisión y en el Pleno del Reglamento fue muy difícil, pero las conquistas fueron importantes, lo cual constituyó una primera victoria de la política de consenso. En un momento de cambio político, de crisis económica, con un vacío legislativo absoluto, eran necesarias todas las fuerzas para conseguir un objetivo común. Un año después de aquel debate podemos sentirnos satisfechos no solamente de la letra del Reglamento, sino del espíritu que hoy preside el trabajo del Congreso de los Diputados. Se han impuesto en la práctica métodos que buscan el acuerdo antes que la imposición. A este respecto constituye un ejemplo importante el que las ponencias que estudian y realizan un primer dictamen de los proyectos de ley que se presentan tienen una composición multipartidista. Ello facilita la búsqueda de soluciones satisfactorias que sean aceptables por todos. No han faltado intentos, y no precisamente de la UCD, para modificar esa costumbre impuesta ya en la práctica y que



caracteriza el funcionamiento del Parlamento español en relación con otros Parlamentos europeos.

El debate de la Ley de Elecciones Locales supuso otro momento decisivo de confrontación con la estrategia bipartidista.

Ante la perspectiva de la celebración inmediata de las elecciones municipales, el 24 de septiembre de 1977, el Grupo Parlamentario Comunista presentó una proposición de Ley Electoral que, basada en principios de proporcionalidad y elección indirecta de los alcaldes, pretendía configurar un modelo electoral progresista para neutralizar los casi seguros intentos bipartidistas de los dos partidos mayoritarios.

Esta proposición de ley no fue tomada en consideración por el Congreso y, sin embargo, el Gobierno remitía en esas mismas fechas un proyecto de ley pactado con el PSOE, que estaba destinado a un reparto de las alcaldías y una gran parte de las concejalías entre los dos partidos. La proclamación como alcalde del primer candidato de la lista vencedora, la fianza previa de cada candidato, el mínimo del 5 % para obtener una concejalía, la imposibilidad de formar coaliciones en la práctica, etc., eran algunas de las conclusiones a las que habían llegado la UCD y el PSOE en el curso de sus reuniones.

La combinación de una fuerte campaña de masas, con una acertada negociación parlamentaria, permitió

corregir alguno de los extremos que pretendían impedir la entrada de las minorías y, en concreto, de los comunistas en los Ayuntamientos.

La modificación más importante fue el cambio que se produjo en la forma de elección de los alcaldes, como consecuencia de la aprobación de una enmienda «in voce» presentada por el Grupo Comunista. La citada enmienda, aceptada primero por UCD y después por el PSOE, estableció el sistema que se puede consultar hoy en cualquier ejemplar de la ley, mediante el que se establece un sistema semi-directo de elección de alcalde.

Las razones que han motivado el rechazo del modelo bipartidista por los comunistas han sido detalladamente explicadas en comentarios y artículos, algunos realizados dentro de esta revista, por lo que no insistiremos sobre ello.

Sin que podamos afirmar que el peligro bipartidista haya desaparecido del panorama político español, podemos afirmar que en estos momentos está relativamente amortiguado. Aunque las razones profundas de este hecho deban atribuirse a la evolución de la situación política y, por tanto, a los resultados de la política de concentración, no es menos cierto que la actitud de nuestro Grupo Parlamentario ha tenido una influencia considerable en este mismo sentido.

3.º Los comunistas, durante toda la campaña electoral que tuvo lugar

antes de las elecciones del 15 de junio del 77, señalamos la necesidad de que las Cortes tuviera como misión prioritaria el elaborar una Constitución. Los veinte diputados que forman el Grupo Parlamentario Comunista fueron al Parlamento decididos a hacer realidad este objetivo. La tarea de hacer de las Cortes un Parlamento constituyente no era tan fácil como a simple vista podría considerarse. No creo que sea inútil recordar aquí que las figuras más importantes de Alianza Popular, en los meses que precedieron a las elecciones, afirmaban que si alguien pretendía elaborar una Constitución democrática, ellos no dudarían en acudir al Ejército para impedir que el hecho constitucional se consumara. Por su parte, el partido de Suárez solamente al finalizar la campaña electoral se pronunció claramente por la elaboración de una nueva Constitución, y esto debido a la reacción que una posición contraria hubiera podido motivar incluso entre sus propios votantes.

Una vez que la elaboración de la Constitución es asumida por todos los grupos, los comunistas planteamos cuáles serían los objetivos centrales que, conforme a nuestra concepción política eurocomunista, deberían quedar recogidos en la nueva Ley Fundamental. No se trata en este artículo de volver a repetir las consideraciones generales y la estrategia con la que iniciamos el trabajo constitucional. Se han realizado documentos, artículos e incluso libros que tratan de ello en profundidad. Sin embargo, sí considero importante resumir en unas breves reflexiones mi opinión sobre algunas cuestiones polémicas que por falta de aclaración en algunos momentos pueden no haber sido comprendidas:

a) Para nosotros, como marxistas, una Constitución elaborada en un momento dado y en un país concreto es una expresión de las características que en ese momento adopta el proceso de la lucha de clases, es decir, una expresión de la relación de fuerzas entre las diferentes clases sociales. La tarea de un partido marxista y revolucionario es intentar que esa Constitución y sus características esté inmersa en la estrategia revolucionaria que ese partido propugna. Una Constitución no es positiva o

negativa solamente en función de que su letra sea más o menos progresista, sino en que sea un instrumento eficaz para promover los necesarios cambios económicos, sociales y políticos hacia el socialismo. No sirve para cubrir este objetivo el mero pronunciamiento del texto constitucional, tal y como se desprende del ejemplo de la Constitución portuguesa de 1976. En ella se define al Estado como «Estado en transición al socialismo» (art. 2.º). Desgraciadamente, los acontecimientos en Portugal no avanzan en esa dirección; se produjo un error importante en la elaboración estratégica de las fuerzas de izquierda, y al Partido Comunista Portugués, como parte integrante de ellas, le corresponde gran parte de la responsabilidad.

Nosotros, en España, no podíamos pretender hacer una «Constitución socialista». Pretendíamos hacer, y lo hemos conseguido, una Constitución que, al no prefigurar un modelo de sociedad determinado, deje abierta la posibilidad de que la disputa por la hegemonía que ya estamos desarrollando en España pueda llevarse a cabo en el marco constitucional. Este hecho contribuye, además, a reforzar la credibilidad del proceso y a fortalecer de hecho la coherencia de la estrategia de la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura.

No estamos, pues, ante «la Constitución de Suárez»; estamos ante una Constitución que permite iniciar la tarea decisiva de este momento: promover una profunda reforma del

Estado, que basado en los principios de descentralización, desconcentración y democratización sienta las bases de un nuevo Estado democrático.

b) Hay que decir, en consonancia con lo anterior, que el «consenso» nos ha permitido convertir en influencia parlamentaria nuestra auténtica influencia entre las masas, que va más allá de los veinte diputados que hoy tenemos en el Congreso. Lo contrario al «consenso», dígame lo que se diga, era optar por el sistema de mayorías mecánicas. Este hecho nos hubiera conducido a realizar una política testimonial e ideologizante que no estaría en consonancia con nuestra actuación política.

c) Es evidente que hay materias reguladas en el texto constitucional de manera diferente a como nosotros hubiéramos deseado (composición del Senado, sistema electoral, voto de censura constructivo, etcétera). Este resultado, lógico dada la elaboración por consenso, hubiera podido amortiguarse de no haberse producido previamente un acuerdo entre los dos grupos mayoritarios: UCD-PSOE. Con ello no queremos acusar a los compañeros del PSOE de los aspectos más negativos del texto, pero sí aclarar que a veces los intereses de partido han sido antepuestos a una regulación más democrática de determinadas materias.

4.º El último punto central sobre el que ha girado la actuación parlamentaria de los comunistas ha



FEBRERO

sido el que hacía referencia a los Pactos de la Moncloa. Nuestra actuación se centró, en un principio, en la petición de un organismo de seguimiento y control de su ejecución. Ante la ausencia de este organismo, los comunistas optamos por seguir la vía parlamentaria, presentando numerosas interpelaciones y proposiciones no de ley que pudieran controlar la actuación del Gobierno.

Hoy, cuando falta mes y medio aproximadamente para que finalice la vigencia de los Acuerdos de la Moncloa, observamos que se han producido incumplimientos importantes. Precisamente estos incumplimientos han afectado a las medidas que representaban un cambio más significativo en la reforma del modelo económico proveniente del franquismo. Sin embargo, también es cierto que una larga serie de interpelaciones defendidas por nuestros diputados evitaron parcialmente las interpretaciones unilaterales de la letra de los acuerdos. Cuestiones tales como una supuesta ley sobre flexibilización de plantillas, el aumento de las pensiones o la utilización del INI en beneficio del sector privado han sido motivo de importantes batallas parlamentarias, que han tenido como resultado una incidencia indudable en la solución última de los problemas.

Hace unos días, el Grupo Parlamentario Comunista presentaba una proposición de ley, que se discutirá en las próximas semanas, en la que se insta al Gobierno a cumplir lo acordado en los Pactos.

Para finalizar este artículo, en el que se han puesto de manifiesto los puntos más importantes que han ocupado la tarea de los comunistas en el Parlamento, hay que señalar que en todo momento su actuación ha estado guiada por llevar a las Cortes las necesidades más acuciantes de la vida política del país, tratando de convertir al Legislativo en un poder de auténtico control sobre el Ejecutivo, tal y como requiere un régimen parlamentario. La limitación que impone el número de diputados comunistas en el Congreso ha hecho perder votaciones en temas tan importantes como el Estatuto de los Trabajadores o la Ley Electoral Municipal; pero pese al redu-

cido número se han logrado victorias en otros temas, como son el de las pensiones de los jubilados, el de la Universidad de Alcalá de Henares o el relativo a la empresa Interlorce.

Actualmente están presentados en las Cortes, pendientes de discusión en el Pleno, entre otras, las proposiciones de ley referentes al Estatuto Jurídico de Radio-TV y a la Ley de Divorcio, además de las ya mencionadas de Cumplimiento de los Acuerdos de la Moncloa, Pensiones para las Viudas de los Militares Republicanos, Mutilados del Ejército Republicano, etc.

La futura tarea que los comunistas deberemos abordar en el Parlamento consiste en el desarrollo legislativo de la Constitución, una vez que ésta sea promulgada. La interpretación que se haga de cuál debe ser el desarrollo legislativo de la Constitución adquiere una importancia decisiva en la configuración del futuro Estado democrático español. Será la influencia de los sectores más progresistas de la sociedad lo que condicione una interpretación que permita avanzar en la profundización de la democracia.



SUMARIO DE LA EDICION FACSIMIL DE LOS CUATRO PRIMEROS NUMEROS DE «NUESTRA BANDERA» (Enero 1945-Febrero 1946)

N.º 1 - Enero de 1945

- Carta abierta de la Delegación del Comité Central a los miembros del partido, simpatizantes y a todos los antifranquistas en general.
- La obra de José Díaz está viva, guiando al pueblo de España por el camino de su liberación (Vicente Uribe).
- Un año de Junta Suprema de Unión Nacional. Lecciones y experiencias de un gran órgano de combate (Antonio Mije).
- La unidad de socialistas y comunistas en un solo partido del proletariado (M. Arconada).
- Algunos problemas de la situación en China (Edgar Snow).
- Del tercer aniversario de la muerte de Diéguez, Larrañaga y demás camaradas.

N.º 2 - Junio de 1945

- Deberes de la hora actual (Dolores Ibárruri).
- La situación de España y nuestras tareas después de la victoria de las naciones unidas (Santiago Carrillo).
- La unidad de las naciones democráticas, clave de la derrota hitleriana (Juan Modesto).
- Causas de las grandiosas victorias soviéticas (Enrique Líster).
- Resolución de la reunión ampliada de la Delegación del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña.
- Dos trabajos de Lenin sobre la lucha de guerrillas.
- Vengadores —extracto— (P. Pavlenko).
- Los hermanos Ignatov —extracto— (P. Ignatov).

N.º 3 - Septiembre de 1945

- Editorial. El franquismo y la situación internacional.
- Por un Gobierno de Coalición Nacional (Dolores Ibárruri).
- En el tercer aniversario de su muerte: Pedro Checa, maestro de organización y unidad del Partido Comunista de España.
- La «prosperidad» de España, el «bienestar» de los españoles y la «moralidad» del franquismo. La situación en Cataluña.
- Derrotando a la historia: El «Fuero de los Españoles» (Leopoldo Garrido).
- En torno a la disolución del Partido Comunista Americano (Jacques Duclos, secretario del Partido Comunista Francés).
- El Partido (Stalin, capítulo VIII de «Sobre los fundamentos del leninismo»).
- Documentos políticos: Resoluciones de la Conferencia de Postdam (texto íntegro del comunicado oficial).
- Mensaje del Generalísimo Stalin con motivo del fin de la guerra.
- La marcha de las gestiones para realizar la unidad de los republicanos españoles.
- Una alerta del Partido Comunista contra la provocación policíaca.

N.º 4 - Enero-Febrero de 1946

Número extraordinario dedicado al Pleno del Partido Comunista celebrado en Toulouse del 5 al 8 de diciembre de 1945.

DOLORES IBARRURI

Para acabar con el franquismo: Un Gobierno de coalición nacional que organice una consulta al pueblo (informe ante el Pleno).

Carta dirigida a partidos y organizaciones antifascistas y a personalidades republicanas españolas.

FRANCISCO ANTON

Para cumplir las grandes tareas que la liberación de España exige de los comunistas (informe sobre organización ante el Pleno).

SANTIAGO CARRILLO

«Somos el partido de la destrucción del franquismo y también el partido de la reconstrucción de una España grande y democrática» (informe ante el Pleno).

FERNANDO CLAUDIN

El esfuerzo de los comunistas españoles desde América para ayudar a la lucha de nuestro pueblo (informe ante el Pleno).

Resolución del Pleno.

NUESTRA BANDERA

REVISTA MENSUAL DE ORIENTACION
POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL

N.º 1	Enero de 1945	
N.º 2	Toulouse	Junio 1945
N.º 3	Toulouse	Septiembre 1945
N.º 4	Numero extraordinario	Enero, Febrero 1946 TOLOUSE

EDICION FACSIMIL



A la venta en

Peligros, 10
MADRID-14
Teléfono 231 96 89

PRECIO: 300 pesetas
(más gastos de envío)

Precio suscripción:
200 pesetas (más gastos de envío)

MESA REDONDA SOBRE PROBLEMAS ORGANIZATIVOS EN EL PCE

PARTICIPANTES:

Felipe Alcaraz

(Responsable político del Comité Provincial de Jaén. Miembro del CC del PCE)

Carlos Alonso Zaldívar

(Miembro del CE del PCE)

Manuel Azcárate

(Miembro del CE del PCE)

Pilar Brabo

(Miembro del CE del PCE)

Daniel Iríbar

(Responsable de la Subcomisión de Formación Política del CC)

José Luis Malo de Molina

(Miembro del Comité Provincial del PCE de Madrid)

Celestino Sánchez Ramos

(Responsable político del Comité Comarcal del Vallés. Miembro del CC del PSUC)

Alfredo Tejero

(Responsable de Organización del Comité Provincial de Madrid. Miembro del CC del PCE)

Marta Rodríguez de Quijano

(Responsable de Agrupación. Madrid)

Julio Segura

(Miembro del CC del PCE)

El texto que ha servido de base a la Mesa Redonda ha sido elaborado por Jaime Balles-teros, miembro del CE del PCE.



Para abrir un debate

Jaime Ballesteros

El Partido Comunista de España se define como un partido *eurocomunista*.

Está claro que con esto quiere decirse que nos pronunciamos radicalmente por una vía democrática al socialismo y por un socialismo en libertad.

Pero no es esto sólo.

Lógicamente, nuestra concepción de comunismo democrático no se limita al proyecto de transformación social y a la nueva sociedad por la que luchamos. También nuestra concepción del partido experimenta modificaciones, especialmente significativas respecto a lo que ha venido siendo la tradición más generalizada de los partidos comunistas.

En realidad, el eurocomunismo significa una nueva etapa en la historia del PCE. Nueva etapa en que el partido busca la adaptación de toda su tradición y experiencia revolucionaria a las nuevas condiciones de la revolución, de la transformación social de España, teniendo en cuenta las características de nuestra sociedad, el nivel de la historia y el entorno geográfico.

De ahí el claro interés que tiene hacer un intercambio de ideas en torno a algunas cuestiones relacionadas con el partido, tanto desde un punto de vista teórico como político-organizativo.

Antes de iniciar el debate puede ser útil hacer una breve referencia de carácter histórico. Puede ser aconsejable, pues al tratarse los problemas relativos a la democracia en el partido con frecuencia hay confusión de carácter histórico, viciándose en este sentido algunas de las discusiones.

Partimos de la idea —con frecuencia olvidada— de que el primer momento histórico, desde el punto de vista organizativo y no sólo teórico-político, está en Marx. Conviene sub-

rayar este hecho: organizativamente, los partidos comunistas proceden de Marx.

En él hay dos ideas organizativas cuya extraordinaria importancia reivindicamos.

Una, el que la clase obrera debe organizarse como *partido político*. Marx insiste en que no es suficiente que la clase obrera esté dispuesta a combatir y combata firmemente contra los opresores y por su liberación. Los heroicos sacrificios de estas luchas conducirán al fracaso si la clase obrera no sabe orientar políticamente toda esta actividad de masas. Precisamente una de las mayores aportaciones de Marx es la de que la clase obrera tiene que hacer política para triunfar y que, por tanto, ha de organizarse para este fin en partido político.

La segunda idea organizativa de Marx, a la que entrega grandes dosis de energía en todo el tiempo que se ocupó de estas cuestiones, es la de que la organización política de la clase obrera debe superar tanto las concepciones sectarias entonces existentes como las indisciplinarias. Marx insiste, al crear la I Internacional, en lo que ésta supuso de superación de las sectas que hasta entonces eran características del movimiento obrero y que mantenían a los elementos más conscientes encerrados en organizaciones estrechas, semiiglesias presuntamente salvadoras, incapaces de organizar a las masas trabajadoras. Reivindicar esta concepción de Marx, antisectaria, democrática, es decisivo hoy. A nadie se le escapa el que posteriormente la III Internacional cayó hondamente en el vicio que Marx logró superar con la I Internacional.

Junto a esta lucha democrática, Marx labora durante todo su trabajo organizador de la I Internacional por un partido disciplinado, con un centro de dirección, frente a las concep-

ciones bakuninistas. A veces se olvida el hecho histórico de que la concepción del centralismo democrático —no su denominación— aparece muy firmemente en el propio Marx, siendo uno de los principios organizativos a los que más energía entregó en su lucha contra los anarquistas.

El segundo momento histórico, en los orígenes de los partidos comunistas, es el de la división del movimiento obrero y la aportación de Lenin. Se caracteriza por la traición de la socialdemocracia europea, enfrentándose a la Revolución rusa en 1917. Ante esta traición, *Lenin reivindica el marxismo revolucionario frente al doctrinarismo de los líderes socialdemócratas* y llama a la creación de partidos comunistas en todos los países. El anquilosamiento marxista contra el que se reveló Lenin fue incapaz de analizar los nuevos fenómenos que se daban en la Revolución rusa, limitándose a la repetición de las fórmulas y análisis de etapas anteriores.

Es claro que tanto en la concepción de Marx como en la de Lenin hay aspectos hoy superados. Así, el carácter internacional del partido, que se da en ambos. Esta idea de un partido mundial ha sido superada por la historia y la relación entre lo nacional y lo internacional en la lucha revolucionaria no pasa hoy por ningún nivel organizativo, sino por la independencia y la solidaridad internacionalista.

Otro tanto ocurre con la concepción del partido como una élite de revolucionarios, idea que aparece con bastante fuerza en Lenin, aunque en algunas épocas con significativas matizaciones. Nosotros —al igual que otros muchos partidos comunistas— defendemos la concepción de un partido de masas como algo consustancial a nuestro proyecto de vía democrática al socialismo, de revolución de la mayoría. Pero si hemos parado la atención en aquellos aspectos positivos es porque los consideramos esenciales a la hora de reflexionar sobre los problemas organizativos desde una óptica eurocomunista.

Ya hemos aludido al proceso degenerativo que se produjo en la III Internacional y que perduró en los partidos comunistas con posterioridad a la disolución de aquélla, fenómeno que suele ser designado con el nombre de *estalinismo*. Las reper-

cusiones de este fenómeno, destruyendo algunos de los rasgos esenciales más positivos señalados en la referencia histórica anterior y falseando otros, son conocidos de sobra.

Precisamente conviene poner el acento en una de las notas que el Partido Comunista de España se esfuerza por hacer realidad viva en esta nueva fase: *el carácter democrático*.

Tanto lo que se refiere al nombramiento de sus órganos dirigentes y la preparación de sus congresos como a la libertad de opiniones en su seno, a un nivel continuo de análisis y debate ligado a la acción, a la participación política a todos los niveles, etcétera, son temas de gran importancia cuya correcta solución es de suma importancia para un partido eurocomunista.

Encontrar el equilibrio entre democracia y disciplina, entre debate interno y unidad de acción, es uno de los grandes temas de los modernos partidos comunistas.

Partimos de una realidad. La «teoría del monolitismo» para explicar el carácter de la unidad del partido es algo superado por nosotros como una concepción antidemocrática, típica del fenómeno estalinista. En el IX Congreso hemos afirmado nuestro rechazo radical del estalinismo como degeneración claramente antimarxista.

La concepción monolítica de la unidad del partido supone la desaparición de la democracia interna, la reducción de la iniciativa política a la cúspide, el anquilosamiento teórico del partido y, en la práctica, una reducción de su capacidad de ligazón con las amplias masas y una merma profunda de su creatividad política. Fenómenos como el burocratismo no son ajenos a esta concepción. El resultado es la incapacidad del partido para que la clase obrera vaya ganando el papel hegemónico que precisa en la vía democrática para transformar la sociedad y el Estado.

Frente a esta concepción es preciso debatir todos aquellos aspectos que se relacionan con la práctica de una unidad consciente, política y organizativa, en un partido democrático, descentralizado profundamente, con corrientes de opinión diversas en su seno, en un equilibrio que rechaza la fracción y la tendencia organizada



como contrarias a la necesaria unidad democrática.

La disciplina democrática que rige en el partido —lo que llamamos centralismo democrático— y que, de una u otra forma, existe en casi todos los partidos políticos, plantea, asimismo, los problemas relativos a la aplicación muy diferente que lógicamente tiene en épocas de ilegalidad o en épocas de legalidad democrática.

En un partido que no es sólo de gobierno y lucha electoral, sino también de combate, de movilizaciones de masas; en un partido conocedor de que la sociedad democrática también está inserta en la lucha de clases y que ésta es el motor de la historia, no puede subvalorarse el papel de la disciplina.

Conviene, asimismo, parar la atención en algunos de los problemas concretos que hoy, tras cuarenta años de clandestinidad, se le plantean al Partido Comunista de España.

Comprender a fondo la nueva realidad de un partido de masas en una situación democrática. De un partido que establece un nuevo tipo de relación con las masas —y sus organizaciones— respecto al que era tradicional en la III Internacional, basado en la concepción estalinista de la «correa de transmisión».

Comprender que el partido es hoy una organización que tiene en su seno una gran masa de adherentes cuyo vínculo activo con la organización no pasa tanto por las reuniones

regulares de las Agrupaciones, sino mediante los mítines, campañas diversas, difusión de «Mundo Obrero», conferencias, debates públicos, etcétera.

Comprender el nuevo estilo de trabajo que deben tener las Agrupaciones con actividades pluriformes que establezcan diversos canales y puentes con los adherentes y simpatizantes y entre la Agrupación y las masas.

Comprender que en una situación de legalidad democrática el partido debe hacer política a todos los niveles y en todos los lugares, y ahí está uno de los retos que tiene cada organización comunista respecto a su entorno.

Comprender que un partido como el nuestro, que sale de una larga clandestinidad, habiendo crecido de manera importante, está compuesto por cuadros de muy distinta formación y su fortalecimiento pasa por saber integrar a unos y otros tipos de cuadros, evitando la tentación de prescindir de unos y otros, empobreciendo la capacidad política y organizativa del partido.

He ahí algunos de los temas, entre otros, que hoy tenemos ante nosotros, que viven las organizaciones del partido y cuya correcta solución es decisiva para ampliar el peso político y organizativo del partido y avanzar en la consolidación de la democracia y en la vía democrática al socialismo por la que luchamos.

Jaime BALLESTEROS

Crear un partido de nuevo tipo

Manuel Azcárate

Querría en esta introducción destacar algunos aspectos más generales y teóricos del problema que se plantea hoy a la organización del partido. En primer lugar, destacar que estamos, en general, en Europa occidental, en una etapa no sólo de crisis del capitalismo, sino de crisis del Estado capitalista, lo que implica, en un cierto modo, una crisis de los partidos políticos tradicionales. Crisis que está condicionada básicamente porque se está creando una nueva relación objetiva entre la economía y la política y entre la economía y el Estado. La democracia que aparece en una serie de países de Europa occidental, después de una lucha más o menos larga contra el fascismo, esta democracia posfascista no es simplemente la «democracia burguesa», no es simplemente el restablecimiento de las instituciones liberales que han caracterizado la democracia en otras épocas. Es una democracia marcada desde su origen por la lucha de las masas que la han traído, por la existencia de partidos y sindicatos de masas, por la existencia de medios de comunicación y de información nuevos, por una intervención considerable del Estado en la economía, etcétera.

En esta etapa influyen sobre el carácter de los partidos, concretamente sobre el carácter que tiene que asumir el partido comunista, por lo menos dos fenómenos que yo querría subrayar:

Primero, la tendencia de masas ingentes de la población, a escala incluso mundial, ayer silenciadas, marginadas, a convertirse en protagonistas, a participar, a decidir; y en segundo lugar, el hecho de que el proceso hacia la transformación socialista tiene hoy una riqueza, una complejidad mucho mayor que en etapas

anteriores. Además de la contradicción clase obrera-capital, aparecen nuevas contradicciones en las sociedades capitalistas desarrolladas y nuevas necesidades sociales: básicamente, como elemento central, la lucha por la liberación de la mujer; asimismo, los problemas de la ecología, los problemas del nuevo papel de la ciencia y de la educación y la necesidad de impulsar hoy una especie de revolución cultural permanente. Estos hechos engendran *nuevas formas de conciencia*, fuera de las que han sido tradicionales en el movimiento comunista, y *nuevos movimientos de masas* que a veces expresan más directamente que el partido político las aspiraciones en un momento dado de unos u otros sectores.

De aquí surge cierto peligro de crisis de los partidos revolucionarios, de su arrinconamiento si no son capaces de asumir estos nuevos fenómenos. Creo que éste es un problema general y no es extraño que se refleje de cierto modo en la situación española. No debemos extrañarnos que surjan problemas en el proceso de adaptación del partido a la democracia. Tampoco acomodarnos con esos problemas. Estamos pisando, en este orden, un terreno virgen, tenemos que crear un partido de nuevo tipo; yo creo que es un proceso que llevará algunos años y que estamos en cierto modo también en una etapa de experimentación; algunas de las cosas que estamos empezando a hacer debemos ver en qué modo responden o no a las necesidades y tareas del partido.

Quiero plantear básicamente dos aspectos: uno, sobre la relación partido-masas. Tenemos que evitar el dilema de un partido-iglesia que cree tener la Verdad absoluta, partido secta, partido élite, o el partido pu-

ramente pragmático, que se guía con el único objetivo de hacer propuestas capaces de ganar buenos resultados electorales.

Y también, muy ligado a ello, hay que subrayar la falsedad de la dicotomía de que el partido político sirve para las elecciones, para el Parlamento, para la democracia *representativa*, y de que los movimientos de masas sirven para desarrollar la democracia directa, o la democracia de base. La tendencia al desarrollo de los movimientos de masa, eliminando o marginando el papel del partido, lleva implícita peligros serios de corporativismo, de integración, de carencia de una alternativa global, de un proyecto de futuro. Y, por tanto, puede llevar a esos movimientos, a esas formas de conciencia parcializada, en un sentido reformista, provocando frustraciones de las masas, y a una total impotencia e incapacidad con respecto al problema de la transformación de la sociedad.

Desde ese punto de vista, la necesidad hoy de un partido de masas, la definición básica del carácter de masas que queremos dar al partido, dimana de la incorporación a la vida política de masas muy superiores a otras etapas. De ahí la exigencia objetiva de un partido capaz de descubrir, estimular, sintetizar el conjunto de las contradicciones que mueven a las masas. El problema, en ese orden, es tener un partido capaz de impulsar, sin manipulación, respetando su independencia y su espacio propio, a los movimientos de masas, capaz de crear consenso y también de articular, de estructurar, de potenciar el consenso con la movilización de las masas, de fomentar una nueva forma de hacer política a todos los niveles, no sólo con respecto al Estado, sino una forma de hacer política que tiende a crear un extenso entramado democrático; capaz de movilizar y de organizar a masas infinitamente superiores a lo que ha podido hacerse, con otras formas políticas, en otras etapas.

El problema es que las formas de organización del partido deben permitirle asumir de un modo diario esa complejidad que tienen los problemas que hoy movilizan a las masas. En ese orden, el principio de territorialidad es fundamental. Pero yo me pregunto a la vez si es suficiente. El

partido tiene que estar presente con iniciativas, propuestas y soluciones en campos de la sociedad tan esenciales como la enseñanza, la sanidad, la Universidad, la cultura. Tengo la impresión de que, en ese orden, las respuestas que hemos dado en esta etapa no son plenamente satisfactorias.

La segunda cuestión es el papel del partido como creador de hegemonía, como intelectual colectivo, según la expresión de Gramsci.

Hoy, en ese orden, lo nuevo es que la política en sí, las respuestas que el partido político debe dar, son mucho más complejas y difíciles; la hegemonía no se logra con ideas generales; exige soluciones concretas, reales, y, por tanto, la incorporación de un porcentaje de ciencia muy superior a *toda* la vida política. Problemas como la energía, el tipo de enseñanza que hace falta en un país, el sistema financiero, un problema como el del Mercado Común que se nos plantea en España, todo ello exige un alto nivel científico, y un partido capaz de elaborar respuestas alternativas que reflejen los intereses del país, de las masas, de la clase obrera. Por tanto, considero que hoy la lucha por la hegemonía implica un alto nivel técnico, científico. A la vez (y es aquí donde está la mayor complejidad), una ciencia que sea una *ciencia de masas*, que facilite la presencia, la intervención democrática de la clase obrera, del pueblo en general. Esto implica, al menos, tres condiciones desde el punto de vista del partido: la necesidad de la democracia interna, del debate, del reflejo dentro del partido de las opiniones diversas; segundo, la capacidad de debate con otras fuerzas, y, tercero, la capacidad de superar el debate en las soluciones de unidad que logren la unidad de acción del partido, la demostración de una capacidad de gobierno, de solución, no sólo de debatir, sino de resolver, de movilizarse, de luchar.

Para terminar, querría subrayar un último punto. Es la importancia de que el partido aparezca como proyecto de un futuro de sociedad socialista. Creo que es esencial que la importancia de los momentos tácticos no reduzcan nunca nuestra fuerza en la elaboración y proclamación de los ideales de un futuro socialista y co-



munista. Hoy en España los imperativos de consolidación de la democracia son esenciales, pero creo que no hay contradicción, si trabajamos bien, con aclarar y desarrollar al mismo tiempo el contenido socialista de nuestros fines. Hoy la necesidad del socialismo se manifiesta por todos los poros de la sociedad. Creo que con el avance democrático ese fenómeno será cada vez más evidente. Desde ahora surge, pues, una necesidad de definir cada vez más concretamente nuestro proyecto socialista, que tiene

que ser un proyecto original que hay que inventar, demostrando audacia y capacidad de creación. Las posibles debilidades en este terreno que pueden ser bien la subestimación y el silencio, bien una actitud puramente apologética y agitativa, sin esa capacidad de elaboración de un proyecto más original y concreto pueden dejar vacíos y debilitar el papel del partido.

Manuel AZCARATE

Debate

CELESTINO SANCHEZ RAMOS

Sí, a mí me parece que una de las cuestiones que, desde un punto de vista concreto, interesaría a los comunistas del Estado español sería ver qué hemos realizado sobre un partido nuevo para una situación nueva. Sin embargo, pienso que, al mismo tiempo, deberíamos constatar que esta situación nueva todavía no existe. Estamos todavía en una etapa de transición, y esto hace que aparezcan contradicciones reales; por una parte, en el proyecto político que nosotros estamos elaborando para nuestro partido, y al mismo tiempo la realidad política con la cual estamos viviendo. Por decirlo de alguna forma, nosotros hemos definido que nuestro partido es un partido de lucha y de gobierno, y, sin embargo, todavía en estos momentos la posibilidad de ser un partido de gobierno se expresa a niveles muy reducidos. Vemos cómo esto de gobernar, exclusivamente se está viendo desde un punto de vista parlamentario y que esto crea contradicciones reales desde un punto de vista concreto: la no realización de las elecciones municipales, que las organizaciones del partido tengan dificultades, desde la agrupación de comunista pasando por todos y cada uno de los comités, que puedan jugar el papel de gobierno que realmente corresponde a toda organización del partido. Esta sería una primera constatación que a mí me parecería importante plantear. La otra cuestión es que, independientemente de eso, yo estaría de acuerdo con que la crisis de los partidos, en general, es una crisis real y también en España, pero que quienes estamos soportando mejor esta crisis somos nosotros. ¿Y por

qué? En primer lugar, porque somos un partido con una historia, pero no una historia escrita, sino una historia hecha durante cuarenta años de dictadura. Y hemos salido de ella con una organización, con una experiencia de debate político y con una política elaborada de pinceladas que todavía tenemos que desarrollar, pero que nos está posibilitando situarnos en mejores condiciones que otros ante esta situación. La otra cuestión que a mí me parecería importante plantear es la relación entre el partido y las masas. Cuando nosotros nos hemos definido como un partido de masas, automáticamente ha aparecido esa discusión, que es una discusión bizantina, entre el partido de muchos o el partido de pocos y buenos. Esa es una contradicción falsa. El elemento central es la necesaria relación entre el partido y las masas, entendiendo esto a partir de la realidad en que en estos momentos nos estamos moviendo. Las masas se organizan de una forma determinada, avanzan en la solución de sus problemas a partir de una forma determinada y el partido debe ser capaz de articularse como tal para incidir políticamente en esas organizaciones de masas. Y yo pienso que ésa es una de las cuestiones que debemos retener de nuestro pasado, desde donde aparecieron ya las dos necesidades: el partido numeroso y el partido de calidad política. De todas formas, para mí hay un peligro grave cuando se expresa que la situación política externa al partido, la sociedad, las contradicciones que la sociedad tiene, están incidiendo en el propio partido y que en función de esto entra el partido en «cierta crisis». Yo pienso que eso es real, pero hay un peligro grave, y es sublimar eso, dar-

le una dimensión que realmente no tiene. Pienso que además de esta situación, de la situación política general, de la crisis del capitalismo, la falta de valores de la sociedad capitalista y demás, que además de todas esas cuestiones dentro del propio partido se dan elementos que también influyen en esta situación. Y en esta dirección deberíamos situar, por una parte, la indeterminación todavía importante de nuestro proyecto político que para mí tiene grandes lagunas y la falta de debate político e ideológico dentro del partido; el conseguir canales que realmente posibiliten eso, el impedir o hacer desaparecer la desligación dirección-base del partido, que para mí es un elemento muy importante; que existe todavía en el partido la no participación del conjunto del partido en la elaboración de la política no simplemente desde un punto de vista estratégico o de proyecto político a largo plazo, sino también en las cuestiones coyunturales, la política que en cada momento, cada día, se está elaborando; y, por otra parte, en los elementos de pérdida de identidad que en momentos determinados aparecen con mucha fuerza dentro de nuestro partido. Yo pienso que si no somos capaces de dar el justo valor tanto a la situación política externa, situación de crisis del capitalismo, como a la propia situación del partido, no estaremos en condiciones para abordar con la suficiente claridad, con la suficiente valentía, este tipo de problemas.

Por otra parte, en las cuestiones que ha planteado Manolo hay una que echo en falta. Es que la crisis del capitalismo en este momento no es una crisis exclusivamente económica, como ha venido siendo tradicionalmente, sino que es una crisis de valores del propio capitalismo como tal, y los comunistas no tenemos en estos momentos una alternativa a esos valores en crisis del capitalismo. En función de eso, no sé el PC cómo está, pero en el PSUC hay una situación muy difícil a nivel de la Universidad, y en el campo cultural estamos perdiendo influencia relativamente. Este es uno de los elementos que deberíamos abordar con más fuerza, y por ello el partido debe ser capaz de convertirse en un pensador colectivo.

FELIPE ALCARAZ

Azcárate apuntaba algunas características del partido eurocomunista, partido de lucha y de gobierno, partido de masas, y yo incluiría también partido con voluntad revolucionaria. Partido de lucha y de gobierno se definió en el IX Congreso, matizando muchos de los puntos de esta enunciación. De alguna forma se hablaba de la lucha y de la negociación como un par inseparable ya en nuestra vía. Yo sintetizo diciendo que se podría establecer una correlación entre los comités locales, los comités provinciales y los gobernadores, los secretarios del provincial y cada uno de los delegados ministeriales, el secretario general del partido y el presidente del Gobierno; en fin, entender este sentido de lucha y de gobierno, no simplemente como acceder directamente al Gobierno. Esto implica analizar a fondo las nuevas relaciones con el Estado de este partido de nuevo tipo que intentamos construir. Existe una separación clásica entre el Estado y el pueblo, y este alejamiento clásico del Estado con respecto al pueblo hay que irlo transformando en el sentido de un proceso de identificación, rompiendo con esa dicotomía Estado oficial-Estado real. Partido de lucha y de gobierno y, naturalmente, también partido de lucha electoral, que esto se olvida muchísimas veces; sería un error gravísimo creerse que las elecciones son algo postizo, una especie de trámite, una lucha aparental. El error inverso sería también creer que lo único importante son las elecciones. Yo creo que estos dos puntos influyen de una manera muy especial en la organización del nuevo partido que intentamos construir.

Partido de masas en el sentido de que efectivamente el socialismo nos lo estamos jugando la inmensa mayoría de la población y nos lo estamos jugando todos los días. Se trata de una actividad constante, de inventar esa actividad constante y de inventarla de forma que participe el mayor número posible de gente, cada uno en su sitio. De alguna forma habría que conseguir la unidad de acción, consiguiendo un sitio de trabajo para cada uno, el sitio más adecuado a sus características. Yo

creo que casi todos los españoles podemos integrarnos en este proyecto de unidad, que es una de las cosas que define fundamentalmente el partido, y las contradicciones excluyentes en todo caso serían las de explotadores-explotados y, ahora, fascistas y demócratas. El resto de las contradicciones son contradicciones a integrar a través de una política diaria de síntesis, como aquí se ha dicho; esas serían las dicotomías jóvenes-viejos, mujeres-hombres, cristianos y no cristianos, campesinos modestos-jornaleros, industriales y comerciantes modestos-obreros. También una contradicción a superar, transformando una parte de esta contradicción a través de la política de unidad, la contradicción socialdemocracia-partido y proyecto revolucionario. Yo creo que esa dicotomía que muchas veces se ha empleado entre leninistas y socialdemócratas, no está bien determinada. Un partido de este tipo implica, en la base, una política de reclutamiento, una política de consolidación de lo reclutado y una política con respecto a ese puente entre el partido y la sociedad que son los simpatizantes, los adherentes y la serie de actividades que esto conlleva. Al mismo tiempo, yo hablaba también de un partido con voluntad revolucionaria. Hay que evitar esa política excesivamente realista que no se despega del horizonte de lo que hay, que no pretende el máximo de lo posible. Hay que avanzar en cada momento en función de una visión política realista, pero también de la voluntad. Esta voluntad, que yo intento aquí definir con pocas palabras, equivale a una especie de ambición revolucionaria, una especie de tensión por ganar siempre un poquitín más de terreno; ese esfuerzo genera siempre más terreno que conquistar y sin ese esfuerzo yo creo que caeríamos en un cierto integracionismo. En algún sentido también es sinónimo esta voluntad revolucionaria de energía; conecta con la famosa teoría del tirón, los dirigentes tirando de la base, la base de la sociedad, y esta voluntad revolucionaria es una muestra de consecuencia entre la lucha diaria y los objetivos finales que nos proponemos; esta voluntad une la lucha diaria con los objetivos finales.

CARLOS ALONSO ZALDIVAR

Tras el texto que abre nuestra mesa y la intervención de Manolo, mi intención no es dar opiniones acabadas, sino aportar algunos elementos que no tienen más alcance que la sugerencia. Me parece que esta metodología es adecuada para el tema, ya que hablamos de un contexto político nuevo, de un proyecto de transformación revolucionaria distinto a todo lo conocido, y como consecuencia de ello, de la necesidad de un partido con connotaciones nuevas. Si esto es así, hay que abrir una zona de reflexión muy amplia, en la que surgirán cuestiones valiosas y cuestiones marginales. En esa línea me oriento.

Al hablar de un partido nuevo, obviamente la novedad se puede definir por contraste con el pasado de nuestro propio partido; creo que es un terreno en el que se suele incidir mucho y en el que hemos extraído ya importantes conclusiones. También la novedad se puede ver en relación con el proyecto de sociedad en función del cual actuamos —y desde aquí también hemos decantado criterios y pautas de actuación y organización—. Pero hay un tercer nivel de referencia que operativamente es muy importante en la sociedad y se expresa en que el hombre sencillo, para ver en qué cambiamos los comunistas, en qué se renueva nuestro partido, se orienta a compararlo con otros partidos. Esto opera también en nosotros mismos y está en el fondo de algunas reflexiones, sobre el temor o el no temor de que nos parezcamos más a otro tipo de partidos. Me introduzco por esta línea de reflexión.

Mirando un poco a fondo se puede encontrar criterios diferenciadores entre lo que son los partidos comunistas y lo que son otros partidos en general, con excepciones. Por ejemplo, el compromiso político comunista, históricamente y en los momentos actuales, supone una concepción *militante* de la vida; mientras que el compromiso político que define la relación, la estructura y el funcionamiento de otros partidos acentúa el mantenimiento de amplias áreas de privacidad de la persona en muchos órdenes de cosas. Esta distinción,

que no pretendo que sea muy rigurosa, pero cuando menos es indicativa, es un poco la base de mi reflexión. Antes de ver lo que de una y otra concepción es válido o no es válido, en atención a la sociedad en que vivimos y a nuestro propio proyecto, yo destacaría que estas dos concepciones han dado lugar, de una manera preferente, a resultados prácticos un tanto parcializados respecto de las propias concepciones de las que arrancan. Por ejemplo, el sentido militante propio del compromiso comunista ha tenido una tendencia enorme a traducirse organizativamente en términos militaristas e ideológicamente en términos dogmáticos. Este es uno de los problemas del movimiento comunista en su historia y uno de los problemas que nosotros tenemos que ser capaces de resolver hoy. Por otro lado, la concepción propia de la mayoría de los partidos, que hacen compatible el compromiso político con enormes áreas de actividad privada y de dimensión independiente del militante, en la práctica ha llevado a un compromiso político delegativo, es decir, por delegación, y a una actitud profundamente pasiva en la vida política interna del partido y, sobre todo, en la propia vida política de la sociedad.

Yo parto de esto para plantearme lo siguiente: En primer lugar, el contexto de la sociedad en que nos encontramos y el proyecto de sociedad que queremos construir, ¿en qué debe apoyarse más decisivamente, qué necesita para abrirse paso? ¿Una concepción militante o una concepción del otro tipo? La respuesta de fondo, para mí, no ofrece dudas. Creo que una sociedad masificada y un proyecto de socialismo en la democracia exigen un partido con una profunda concepción militante, que además sea capaz de transmitirla en términos de voluntad participativa, de protagonismo, al conjunto de la sociedad. Es más, creo que una de las limitaciones más profundas al desarrollo socialista en los países del Este, puede estar en una política que desconoce la importancia del protagonismo popular y de la capacidad militante del propio partido. Todo ello en favor de una posición ideológicamente más dogmática y orgánicamente más «encuadradora». Ahora bien, establecida la validez de lo que



es el fondo original del concepto de la militancia en los partidos comunistas, creo que hay cosas que la historia ha demostrado que son positivas, que son importantes y que son necesarias y convenientes, que tome un partido comunista de otros partidos. No, por supuesto, la degeneración en pasividad y en actitud delegativa frente a la política a la que me he referido antes, pero sí la *compatibilidad* entre una cohesión política y la existencia de amplias áreas de iniciativa privada o colectiva del militante, absolutamente autónomas de lo que pueda marcar el partido. Yo ahí veo uno de los puntos fuertes de otras formaciones políticas que tiene que ser capaz de incorporar un partido comunista. La síntesis sería algo así como decir que la esencia más profunda de la organización comunista, que es imprimir a sus miembros una concepción militante de la vida, para mí sigue siendo válida; es más, es imprescindible para la construcción de una sociedad socialista y, sobre todo, una sociedad socialista en la libertad y en la democracia, pero hay que desarrollar un esfuerzo teórico y práctico para hacer compatible esta actitud de fondo con un respeto y potenciación de la iniciativa autónoma, que implica diversidad, y en esto podemos aprender de otros partidos. Muy concretamente, yo creo que en el orden cultural esto es decisivo, creo que un partido comunista tiene que ser ca-

paz de mantener y de profundizar su cohesión política dentro de una encrucijada de pautas culturales. Que su función no es producir una subcultura que cohesione a una parte, a un fragmento concreto de la sociedad, sino conseguir la coherencia de una actividad política en un mundo cultural diverso y contradictorio en todo momento, como es el nuestro, y como necesariamente tiene que serlo el de un proyecto de socialismo en la democracia. Todo lo anterior tiene, a mi forma de ver, su punto de arranque básico en algo que ha señalado ya Manolo en su introducción: el dato sustancialmente nuevo del nivel ya existente de participación de las masas populares en la vida social, cultural y política y el nivel de voluntad de participación todavía mucho mayor que se puede apreciar en nuestra sociedad. Yo creo que esto es un dato que no está —y sería un bonito estudio sociológico— computado frente a procesos revolucionarios de otras épocas, pero creo que es un dato que significa un salto cualitativo. Si ha habido un desarrollo de la base material en el mundo industrial capitalista que hace posible el socialismo, yo creo que también hay que valorar que ha habido un cambio en las posiciones subjetivas, del conjunto de la sociedad que sólo hacen posible un socialismo basado en la participación, por tanto, democrática, y, por tanto, pluralista.

Ahí está la base de todo el razonamiento anterior.

La otra idea también arranca de lo que ya ha señalado Manolo en su introducción que es algo así como superar la dicotomía entre partidos-democracia representativa, movimientos de masas-democracia de base. Yo creo que en esa línea tenemos una experiencia prolongada que lleva a un callejón sin salida. Esa división termina encajando a los partidos revolucionarios, desde luego, a los partidos comunistas, en unas áreas de influencia política, cultural ideológica más o menos importantes en la base de la sociedad, pero, por otro lado, se complementa con el hecho de que en el plano de la democracia institucional, de la democracia representativa, tácitamente se consagra el principio de la exclusión de los comunistas, que, aunque estén allí representados, quedan marginados en la práctica por unas resistencias y unas fronteras políticas que los colocan como convidados de piedra de la política parlamentaria. Este es el esquema tradicional de occidente y el resultado es que no se abren perspectivas de transformación socialista. Para superar esa dicotomía hacen falta dos cosas: una, desde luego, la voluntad decidida de partido comunista de intervenir en las instancias democráticas representativas, en el trabajo parlamentario, con una orientación propia dirigida a conectarlo con la sociedad de la manera más viva; pero también otra menos considerada, que consiste en que los partidos comunistas abran un tipo de política en la base de la sociedad, en los sindicatos, en las asociaciones de familia, de vecinos, en el movimiento ciudadano, en fin, en todas las instancias de la democracia de base, que no tenga los rasgos de ser excluyente para otros partidos no revolucionarios, que facilitan al máximo la incorporación de todos los ciudadanos. De todo esto se derivan unos determinados criterios de organización y vida del partido.

ALFREDO TEJERO

El partido, como el resto de los partidos comunistas, tiene detrás una historia, cargada por la idea de ser un partido de vanguardia exclusiva-

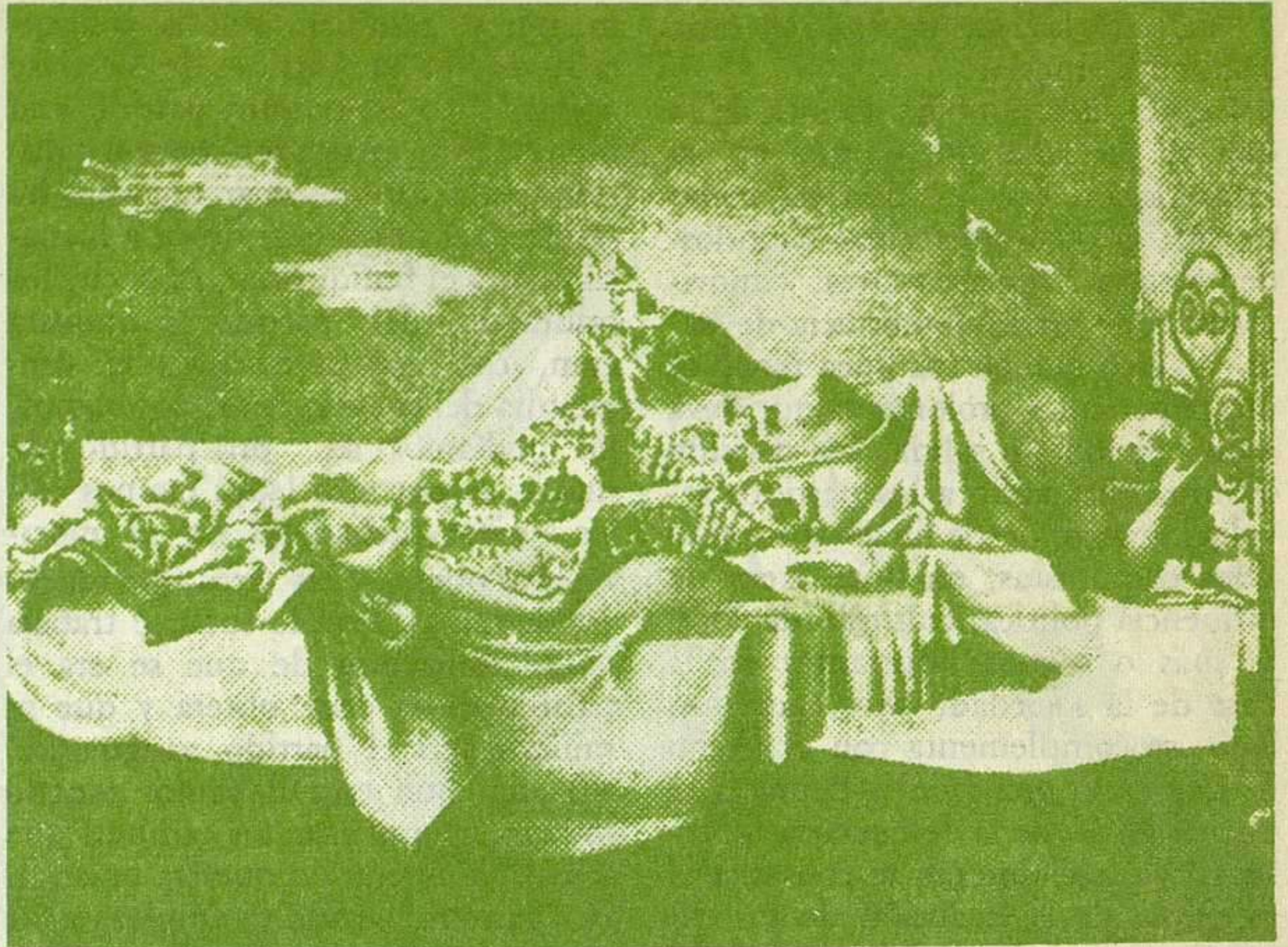
mente; y, también, por la concepción de ser el partido de la clase obrera. Esto en nuestro partido está fuertemente marcado, porque durante estos últimos cuarenta años ha sido casi el único partido que luchaba contra el franquismo, es decir, los militantes del partido comunista eran, casi exclusivamente, la vanguardia del movimiento; no eramos, no podíamos ser, un partido de masas, y, por otro lado, eramos casi los únicos luchadores en el movimiento obrero y en otros movimientos de masas. Con lo cual, se trabaja en la conciencia de que se era el partido de la clase obrera y que se militaba en el partido vanguardia. Yo creo que esto debemos tenerlo muy en cuenta ante los cambios que se han de operar en nuestra práctica. Hoy nuestro partido ya empieza a ser un partido donde no solamente se organiza la vanguardia, sino, se organizan masas. Hay cientos de miles, habrá más cientos de miles aún. Por lo tanto, es una organización política donde está la vanguardia, pero, además, es una organización política de masas. Al tiempo reconocemos, y nos parece positivo, que no somos el partido de la clase obrera, sino que somos un partido de la clase obrera, para nosotros, el más consecuentemente revolucionario, pero uno de ellos. Todo esto implica que en el seno de nuestro partido haya militantes que exigen, y yo creo que correctamente, que el partido no se limite a ser un partido de acción política solamente, que realiza las exigencias de la sociedad a través de las organizaciones de masas, que lleva una política hacia las organizaciones de masas, sino que además de esto, sin negar esto, sea también un partido que tiene que realizar otras acciones más que la acción política pura, por decirlo en los términos tradicionales. Es decir, ser un partido que, no solamente tiene una política hacia el movimiento obrero, hacia el movimiento ciudadano, hacia el movimiento feminista, hacia las organizaciones culturales, sino que sea un partido que hace política obrera, hace política ciudadana, hace política cultural, hace política feminista, y, en muchos casos, se le exige que, *directamente él*, de soluciones y establezca una táctica para solucionar ese tipo de proble-

mas. Esto parece que es absolutamente clave, y sobre todo si analizamos lo que pasa cada día, vemos que a las distintas sedes de nuestro partido llegan militantes y ciudadanos a decir que se solucione el problema de tal fábrica que tiene un conflicto, que también lo van a hacer a nivel del sindicato, pero vienen al diputado, vienen al hombre influyente del partido a que solucione esos problemas municipales o cuestiones de otro tipo. Yo creo que esto hace que el partido además de un partido político cuyo objetivo es la conquista del poder, sea también una organización, por decirlo de alguna manera, político-social; una organización de masas más, junto a las organizaciones de masas que la lucha política y la lucha social ha creado. Por tanto, tiene que convivir y cuestionar su actividad, no solamente con otros partidos políticos, sino con otras organizaciones de masas, que se definen como organizaciones socio-políticas. Si el partido además de ser un partido estrictamente político es también una organización, por decirlo así, político-social —donde en el binomio político y social lo fundamental es lo «político» y en las otras organizaciones, en el binomio socio-político lo fundamental es lo «socio»— necesariamente creo que va a haber un solapamiento de la actividad de uno y de otras; solapamiento que hoy existe ya, que hoy existe, por ejemplo, entre los partidos políticos y el sindicato y que creo que va a existir también en los otros movimientos de masas. A partir de aquí habría que plantearse también si va a ser posible la unidad, de que siempre hemos hablado, de los movimientos de masas o sí, sin que exista esa unidad pueda haber una unidad de acción sencillamente, que puede ser muy beneficiosa. En fin, son temas fundamentales para ver cual es la naturaleza del partido comunista en el modelo eurocomunista donde, lógicamente, tenemos muchísimos cabos sueltos, pero que hay que pensar muy seriamente, porque si no llegan actitudes depresivas, se habla de que el partido no funciona, que hay absentismo, que tal y que cual y es porque pesa como una losa nuestra concepción anterior del partido vanguardia sólo y no se ve que es una organización, donde hay diversos grados de conciencia y accesos

por distintos motivos; no sólo gente que se ha decidido ya a tomar el poder político, sino que se acerca, porque el partido puede arreglar cosas y pide que arregle cosas y piensa que estar en el partido comunista le facilita no solamente su forma de participación política, sino la resolución de determinados problemas sociales o políticos parciales, concretos e importantes. Y yo creo que si aceptamos la idea de ser un partido que va a llegar a bastantes más cientos de miles, tenemos que asumirlo de esta manera o si no siempre estaremos pensando en que no funcionamos, cuando lo que hay que pensar es cómo debe funcionar un partido de estas características.

DANIEL IRIBAR

A mí el conjunto de las cosas que se han dicho me plantea un poco el problema de pensar ¿qué es hoy vanguardia? y ¿qué son masas en concreto?, hablando dentro de un partido comunista. Hablamos de partido de masas y hacemos siempre ese esquema tradicional: militantes, afiliados, adherentes, y lo trasponemos en un plano distinto para decir que dentro del partido hay una vanguardia y hay unas masas. A mí me parece que ese esquema no refleja, adecuadamente, la realidad ni del partido de masas, ni de la dirección en la que debemos caminar en la construcción del partido. Porque me parece que la mayor exigencia que se estaba planteando desde la sociedad a los partidos, en concreto, al partido comunista, es una difusión del papel de vanguardia entre muchos más, una disolución del papel de vanguardia en el conjunto del partido. Esta exigencia, que nos viene desde la sociedad, es un reflejo de lo que decía Manolo al principio, de la politización de la sociedad contemporánea, es decir, que cualquier problema plantea el entrelazamiento entre economía y política y lleva a que el conjunto de los problemas sean problemas políticos. Y no es extraño, como decía Alfredo ahora, que un trabajador para plantear un problema aparentemente no político, vaya al partido político; eso es una expresión, en cierta manera inconsciente, de esa realidad, de la politización de la



sociedad contemporánea y la consecuencia de ello es la necesaria difusión del papel de vanguardia o del papel de lo político en el conjunto del partido. Todo esto, dicho así, suena como muy lejano a la realidad del partido. Hoy en el mismo sentido, la intervención de Manolo yo estoy seguro que a golpe de vista a los camaradas que se encargan de organización en cualquier organización del partido les suena como unos problemas muy lejanos. Y esto es una de las cuestiones más dramáticas y más urgentes a las que estamos enfrentados en nuestro partido.

En el momento en que todavía no se ha solucionado la crisis del estado fascista, problema resuelto en Europa hace cuarenta años, nos llama a la puerta, por decirlo así, la crisis global del sistema capitalista moderno, es decir, nos llama a la puerta la revolución socialista.

La dirección de nuestro partido, jugando su papel, reflexiona a niveles de los problemas reales, de los problemas de la revolución europea. Pero si nosotros no somos capaces de transmitir, de popularizar, de difundir este nivel de preocupaciones, no como cuestiones abstractas sino como cuestiones ligadas a las necesidades de la España de hoy, el corte entre la dirección y el conjunto del partido puede llevar a situaciones peligrosas. En fin, ahí tenemos todo un tema de reflexión, que en lo que a mí me toca creo que incide bastante en

todos los problemas de formación dentro del partido, en la importancia que hay que dar a la formación, no entendida como se podría entender tradicionalmente como instrumento de consenso en torno a la dirección del conjunto del partido, es decir, instrumento que transmite la doctrina oficial, sino entendida la formación como la puesta en juego de todas las potencialidades que existen en el partido, para colocarse al nivel de las preocupaciones que yo he descrito antes.

A mí me parece, que este problema se liga también bastante, con las cuestiones que Manolo introducía al principio de la necesidad de incorporar ciencia a las elaboraciones del partido. Tiene que ver con lo anterior pero es otro problema a la vez. Creo que eso es una exigencia tan clara que nos viene de la sociedad, que lo vamos a hacer. Pero a mí me parece que hay dos maneras de incorporar ciencia a las elaboraciones del partido. Digamos que una es que la incorporación de ciencia sea algo exclusivamente patrimonio de la dirección y sus colaboradores, colaboradores que tienen esa ciencia, es decir, intelectuales, profesionales, técnicos y tal... Yo creo que eso hay que hacerlo. Pero a mí me parece que hay un problema más profundo y más a largo plazo. Si nos reducimos a eso, pienso que se abre una dinámica en el partido que puede alejar a los trabajadores de los órga-

nos de dirección, por las exigencias culturales, formativas que requiere. Si no atendemos al problema de que la incorporación de ciencia sea algo patrimonio de todo el partido, o sea, si no distribuimos ciencia, por decirlo así, dentro del conjunto del partido, si no hacemos que la elaboración de alternativas se viva por el conjunto del partido, yo creo que podemos abrir una dinámica peligrosa que nos lleve a no cumplir satisfactoriamente esa exigencia de incorporar ciencia a la actividad del partido, y además podemos agravar la separación dirección del partido, o direcciones del partido, porque no estoy hablando sólo de la dirección central, conjunto del partido.

Entonces ahí tenemos una serie de retos, en el plano de formar un partido, que no podemos resolver como el partido francés, el partido italiano, o el partido de no sé donde, porque ese a sido un proceso de 40 años y nosotros tenemos que cubrirlo, sin fijarnos en aquellos modelos, en un plazo más corto. En el último año que hemos vivido, es evidente la urgencia de estos problemas. ¿Cómo se ha aplicado, cómo se ha vivido la política de concentración dentro del partido? Pues, yo creo que el conjunto del partido ha *contemplado* cómo se aplicaba la política de concentración. Es decir, el partido no ha sido ese instrumento que debe ser, el instrumento privilegiado de *intervención* de las masas en la política, que supere la escisión tradicional movimientos sociales-partido político.

PILAR BRABO

Yo, claro, parto de todo lo que aquí se ha dicho y quiero situar de entrada algo que es muy elemental: el proyecto eurocomunista y creo que, fundamentalmente, lo que significa es la liberación del marxismo de toda una serie de vicios introducidos por el estalinismo, tanto en los planos del análisis marxista, como en los planos de la organización interna del partido. Vicios específicos del estalinismo y secuelas del estalinismo concretados en dogmatismo, en el funcionamiento por consignas, esclerotizado, etc., que son vicios reales de los partidos comunistas y vicios también de nuestro partido, a pesar

de los cuarenta años de clandestinidad. Y por tanto, debemos plantearnos los problemas de las sociedades capitalistas en el estado actual de una manera nueva, intentando recuperar hasta el fondo lo que significa el análisis marxista de estas sociedades. Yo aquí quería decir que el Estado de las sociedades capitalistas, en que nosotros vivimos, expresa una dominación de poder clarísima e inequívoca. Lo que pasa es que lo hace de una manera mucho más compleja de lo que es tradicional en los manuales dogmatizados, sobre el poder del Estado. La manera como ejercen ese poder, ya digo, es muy compleja, pero uno de sus rasgos definitorios es, por ejemplo, que lo ejercen a través de partidos que tienen en su base una gran masa de votantes que no pertenecen a las clases dominantes; prueba de ello es la Democracia Cristiana, o la UCD, o incluso el mismo partido de Giscard. Entonces esto complejiza esa relación de clases dominantes-Estado. Y otro rasgo es que estos Estados por su necesaria actuación, cada vez más amplia en la economía y en toda otra serie de terrenos de la sociedad, aparecen como mucho más sensibles a la lucha popular porque esa extensión del Estado provoca una serie de nuevas contradicciones entre el Estado y una serie de nuevas capas y clases de la sociedad. Pero el Estado refleja un dominación de clase, lo que pasa es que lo hace con formas más mediadas y mucho más complejas.

A partir de estas cosas tan normales, lo que yo quería decir es que este nuevo tipo de análisis marxistas, a los partidos comunistas nos exige una serie de nuevos rasgos, no con relación a lo que es el marxismo en sí, sino con relación a lo que ha sido nuestra práctica política como comunistas durante toda una serie de años. Y yo situaría como el primer rasgo el ser capaces de desarrollar en el partido una nueva capacidad de reflexión, de crítica y de participación colectiva. Es decir el poder acabar con el método tradicional de funcionamiento del los partidos comunistas que básicamente se reducía al análisis exclusivo de las capas de dirección del partido y a la aceptación de los análisis de estas capas por el conjunto del partido.

En la clandestinidad, teníamos co-

mo justificación, si quereis, el hecho de que era muy difícil esa elaboración colectiva, pero aparte de esta justificación nuestra, hoy una costumbre tradicional que se basa en la necesidad de que un partido, al cual las clases capitalistas lo encerraban en un ghetto, necesitaba defenderse frente a toda una sociedad que le era tremendamente hostil y en la cual el partido actuaba como un grupo de iluminados frente a una serie de barreras infranqueables que le ponía esa sociedad. Todo eso, ya digo, confería unos rasgos que eran sobre todo un cerrar filas con la dirección del partido y con las elaboraciones que se podían hacer, pero yo creo que hoy esos rasgos ya no son los rasgos que nos hacen falta. Lo que nos hace falta es un partido que sea capaz de desarrollar un nivel de reflexión sobre todas las experiencias que el partido es capaz de desarrollar a cada uno de los niveles en que se plantea su actividad y de ser capaces de criticar esas experiencias, analizarlas y convertirlas en teoría y en definitiva en línea política. Por supuesto esto exige unos niveles de democracia interna muy superiores a todos los que ha habido hasta ahora, y un funcionamiento colectivo muy superior a todos los niveles de los que ha habido hasta ahora. Para mí, éstas son algunas de las características básicas de funcionamiento de un partido que hoy se quiera plantear en serio el análisis marxista y la transformación revolucionaria de las sociedades en las que estamos. Porque me parece que esto se corresponde plenamente con una de las características que en la práctica de un partido comunista son hoy más diferenciales respecto a todos los otros partidos políticos y que es algo que roza bastante la intervención que ha hecho Charly antes. Un partido marxista revolucionario, un partido eurocomunista es el que está más empeñado (en definitiva es el único empeñado), aunque nosotros no queremos ser los únicos y queremos desarrollar estas mismas características en otros partidos, pero somos, hoy por hoy, los únicos empeñados en desarrollar una dinámica de las masas obreras, profesionales, estudiantiles, mujeres, jóvenes, etc., que implique una participación activa de estas capas, en las sociedades actuales, y este proyecto nuestro, hoy por hoy, no lo tienen

otros partidos políticos. Aunque nosotros, ya digo, quisiéramos que lo tuvieran, por supuesto, los socialistas y todos aquéllos que se dicen partidarios de una transformación de la sociedad capitalista. Es decir, que lo que caracteriza a nuestro partido es que nosotros sabemos perfectamente que el problema de la construcción del socialismo no consiste únicamente en que cada vez se vote más por los partidos que son partidarios del socialismo, sino en que esa votación sea el resultado de una práctica de masas activa, consciente, mayoritariamente encaminada a lograr ese socialismo y que, por tanto, para nosotros, las elecciones y la votación son un reflejo de unos cambios muy profundos en la estructura de la sociedad y de una dinámica nueva que impulsamos en ella. Yo creo que es esto lo que nos diferencia fundamentalmente de los otros partidos que en definitiva ven su relación con las masas desde un criterio puramente electoralista y que, por tanto, su relación con las masas es, o bien la relación de un partido, que tiene siempre la razón, o bien la de un partido que da la razón a la mayoría que pasivamente les vota. Nosotros sabemos que para tener la razón tenemos que tener *la razón con la mayoría*, pero esa razón con la mayoría es una *razón activa*, es una *razón consciente*, es una razón reflexiva y es una relación dinámica y pensante. Y que se traducirá en una votación mayoritaria a favor del socialismo en la medida en que haya una práctica política que convezca a las masas que el socialismo es lo más deseable; pero esa práctica política tiene que ser una práctica política cotidiana y no únicamente un convencimiento durante los períodos electorales. Entonces, para ser un partido capaz de promover esa transformación profunda de la sociedad necesitamos tener una práctica interna que sea capaz de mover toda la capacidad de reflexión, la elaboración colectiva y de pensamiento colectivo sobre los problemas a los cuales nos enfrentamos y la manera de superarlos. Todo esto también está conectado con nuestra concepción de que la construcción del socialismo sólo es posible a través del pluralismo, pues esa práctica del pluralismo implica por nuestra parte una transformación de los otros par-

tidos que hasta hoy no se plantean la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista, sino que en definitiva se plantean el actuar dentro de ella, como pueden ser los socialistas que hasta ahora se plantean actuar solamente dentro de los límites que les permite la sociedad actual. Llegar por nuestra parte a incidir y a convencer a los socialistas de que no se trata de eso, sino que se trata de ir mucho más allá, exige una nueva práctica del partido a todos los niveles, desde la fábrica y el barrio, que precisamente pueden ser los que más inciden, hasta los niveles de la dirección.

En fin, yo creo que en definitiva esto es necesario para que el partido sea capaz de conquistar la hegemonía para el conjunto de la clase obrera, que es, en definitiva, la función que tiene el partido en estos momentos de cara a todo el proyecto de avance hacia el socialismo.

MANUEL AZCARATE

Con respecto a lo que planteaba Celestino, sobre el problema que él llamaba la alternativa a la crisis de valores, coincido plenamente en la necesidad de no sólo proclamar, sino de elaborar un proyecto concreto de una futura sociedad socialista.

Hay una cuestión que por lo menos a mí me ha quedado ambigua: no creo que la contradicción entre partido socialdemócrata y partido revolucionario es una contradicción, insuperable en sí, creo que es una contradicción superable, como lo ha explicado Pilar, y coincido plenamente en que es el proceso de contacto con las masas, con la práctica política, lo que pueda ir superando la concepción socialdemócrata que es típicamente electoralista, y por tanto que se encierra en la administración de la reforma de la sociedad al no tener capacidad de transformarla. Yo entiendo que es superable en ese sentido, es decir en una dinámica que a la vez nos permita a nosotros incorporar efectivamente valores de otros partidos y hacer prevalecer una posición revolucionaria sobre la actitud socialdemócrata que yo creo que acaba de expresar esta mañana con una claridad meridiana Felipe en sus declaraciones al «ABC». En cuanto al

problema del solapamiento que planteaba Alfredo, quería recordar algo. Creo que la solución de este problema implica entrar en algo que no está en el debate de hoy, que es el tema de la «nueva formación política». Esos solapamientos son reales, tienen solución en el momento en que una vez consolidada la democracia vayamos a construir ese tipo de nuevas formaciones en las que, movimientos sociales, partidos, etc., puedan coincidir, es decir no es motivo de preocupación, puesto que tenemos una cierta respuesta, en fin, es otro debate. Quería simplemente decir estas cosas.



Debate

II PARTE

La democratización interna

José Luis Malo de Molina

En el segundo punto vamos a dar un giro de bastantes grados respecto del plano en que se estaba situando la discusión. En teoría se trata de abordar el tema de la democratización del partido pero hablar de la democratización del partido no se puede hacer nunca en abstracto. La democratización del partido es un problema de adecuación de esa nueva concepción del partido de la que hemos hablado en el primer punto, a las estructuras organizativas internas.

Los problemas actuales de la estructuración organizativa del partido se derivan, a mi juicio, de la confluencia de dos fenómenos, que si bien se están manifestando simultáneamente, obedecen a causas bien diferenciadas. Por un lado a la necesaria adaptación del partido, tras un período tan largo de clandestinidad, a la nueva legalidad democrática, lo que cambia radicalmente tanto el tipo de relaciones del partido con las masas, con la sociedad, y con el poder, como los propios métodos de acción política y de lucha. Y por otra la renovación de estructuras organizativas que se deriva de la nueva concepción del proceso de transformación social que denominaremos convencionalmente como eurocomunismo. Normalmente se tiende, cuando se habla de la política organizativa y de sus problemas a poner el acento en el primero de estos factores, cuando la realidad es que los problemas de fondo están en el segundo, aunque bien es cierto que en el momento presente se manifieste con más gravedad o con mayor dificultad, por la coincidencia en el tiempo, con la problemática específica de la salida a la legalidad.

Desde este punto de vista, si bien es verdad que es necesario un debate teórico sobre el partido, que aporte elementos para la resolución de los

problemas organizativos, es urgente que paralelamente se vayan afrontando los problemas conforme se van presentando.

En este sentido yo quiero plantear, sin pretensiones de exhaustividad y a lo mejor sin tan siquiera, lograr acotar los más graves, algunos de los problemas de la estructura organizativa, que ya se están dejando sentir en la vida del partido.

1.—*El nuevo papel de los órganos de dirección*

En este sentido se plantea la necesidad de fortalecer la capacidad de acción política de todos los comités del partido; que cada uno a su nivel, en el marco de su espacio político propio, deben de realizar su tarea de dirección, no como un trabajo meramente interno, sino hacia la sociedad en su conjunto y de cara a la opinión pública. Este planteamiento exige potenciar la autonomía de los comités de dirección, en su espacio propio, y dentro por supuesto de las orientaciones de la política general del partido. Cada comité ha de tener plena capacidad para poder abordar sus propias responsabilidades y abandonar toda concepción de mera correa de transmisión de los comités superiores, lo que se traduciría, no sólo en pérdida de dinamismo, sino en la generación de importantes lagunas en la actividad del partido.

Un problema clave a resolver son las relaciones del partido y sus órganos de dirección con las instituciones democráticas y los órganos de poder en los que el partido se vaya situando. La presencia del partido en todas

las instituciones requiere toda la dedicación y el apoyo organizativo que se deriva de su importancia política. Pero a la vez hay que salir al paso de las posibles fracturas que se puedan crear entre la actuación del partido en tales instituciones y el resto de la actividad política, lo que podría conducir, tanto a una minusvaloración del papel del partido en las instancias de democracia representativa, como a que el partido se limitase a ser correa de transmisión de lo que los comunistas en el parlamento, los ayuntamientos, las diputaciones, órganos autonómicos, etcétera, hacen.

Y por último, la universalidad de los comités, plantea, al mismo tiempo la importancia de las comisiones de trabajo y el problema, no plenamente resuelto de su relación con los comités.

Las comisiones deberían armonizar capacidad de análisis, capacidad política y nivel técnico. Pero a la vez deberán superar el nivel de análisis de los problemas inmediatos y sus alternativas, para realizar una investigación más a fondo sobre problemas claves de la estrategia eurocomunista. Por otro lado, no se deberían concebir como instrumento de trabajo puramente interno, sino que deberían también propiciar un debate abierto hacia la sociedad, buscando una mayor penetración de las posiciones del partido hacia sectores a los que es muy difícil llegar desde la propia organización del partido. (Presencia en el mundo de la cultura, en los medio de comunicación de masas...)

2.—*La organización del debate político en el seno del partido*

El impulso de democratización de la vida del partido ha sentado las bases para que sea posible un debate político en el seno del partido, donde puedan confrontarse las distintas corrientes de opinión. Sin embargo, el mismo desarrollo de la fase pre-congresual, puso de manifiesto las dificultades que presenta la canalización de unas discusiones de forma que, preservando los derechos de todos los militantes a participar en la

elaboración de la línea política y a la libertad de expresión y crítica en el interior del partido, conduzca a avances efectivos en la elaboración, fortalezca la unidad del propio partido. Junto a los períodos extraordinarios de discusión política como son los congresos, o las conferencias del partido, habría que dotarse de los medios necesarios para una discusión de carácter permanente, que permitiese una formación de opiniones sólidas y coherentes. La importancia de este aspecto, a largo plazo, es trascendental, pues de ello dependerá el nivel político del conjunto del partido y que las discrepancias se sitúen claramente en el terreno político y no como puede ocurrir en ocasiones, adquieran matiz personal o de pura maniobra organizativa.

El problema no se sitúa, como alguna vez se ha planteado, en la posibilidad o no de plantear públicamente las discrepancias, sino en cómo organizar internamente un debate, que en un partido de masas necesariamente se ha de realizar a distintos niveles.



3.—*Los procesos electorales*

La propia necesidad de potenciar el debate político y el propio carácter de los comités de dirección, plantean la necesidad de seguir reajustando los procesos electorales, que progresivamente deben ir adquiriendo más importancia en la determinación de las orientaciones generales de la línea del Partido. Desde este punto de vista la actual reglamentación, que representa un paso importante en la democratización del partido, debería ser considerada como una solución provisional o coyuntural. Pues habría que avanzar en fórmulas que sin que supusiesen una plataforma para la cristalización organizativa de las tendencias superasen algunos de los defectos y rigideces del actual sistema de lista abierta, única, negociada en la comisión electora. En este sentido, en mi opinión, se debería permitir que si la comisión electoral no llega a acuerdos por amplia mayoría, está pudiese presentar dos listas alternativas, parcial o totalmente diferenciadas. De esta forma se facilitaría y

clarificaría la discusión en la comisión electoral, primaría el elemento político sobre el personal, y ampliaría notablemente la capacidad de decidir de los electores. Con la actual forma se caminaría de hecho hacia un sistema de listas alternativas, la oficial frente a la no oficial que se lanzaría desde una cierta comisión electoral paralela, o a la posibilidad de ciertos cambios personales que no tienen mucho sentido cuando los comités han de ser equipos de trabajo colectivo al servicio de unas orientaciones políticas comunes.

4.—*La política de cuadros*

El papel de los órganos de dirección plantea la necesidad de un gran

número de cuadros políticos medios. Es decir, hombres y mujeres con capacidad de dirección política a nivel de los comités intermedios. Y esto no está en contradicción con la concepción del partido de masas, sino que al contrario, es una exigencia de ello. A un partido electoralista le basta con las personalidades, es un partido de candidatos y de técnicos. Un partido de masas necesita capacidad de dirección política, de elaboración de alternativas, de dirección de lucha de masas a todos los niveles de la actividad. Cuadros políticos profundamente enraizados con la realidad social. Y en este terreno, se plantea además la necesidad de realizar una reflexión profunda acerca de las necesidades reales, las funciones y las condiciones concretas de los cuadros profesionalizados del partido.

José Luis MALO de MOLINA

Intervenciones

FELIPE ALCAZAR

Con respecto al partido de estilo y organización socialdemócrata, a mí me gustaría señalar una serie de puntos, que se han iniciado aquí. Por ejemplo, esa ruptura entre los comités y los parlamentarios, o los concejales. Los que dirigen en realidad el partido, son los elegidos en este nivel de parlamentarios, concejales, etc. La característica del «electoralismo», dentro del partido, o sea, las alternativas de grupo a través de corrientes cristalizadas, los dirigentes que juegan a la oposición, contra los que en ese momento están en los puestos de dirección. La ruptura constante de la unidad de acción dentro de este tipo de democracia; la confusión entre democracia interna y disciplina; un corte clarísimo, que ya se ha señalado muchas veces entre teoría y práctica; la confusión entre poder y Gobierno, que esconde el integracionismo y detalles como que un comité, en un momento determinado, puede disolver a la base.

Con respecto a la democracia característica de un partido eurocomunista revolucionario habría que señalar una serie de cuestiones a evitar. Por ejemplo, la falta de responsabilidad, esa especie de «transparencia» que se expresa, por ejemplo, cuando algunos militantes se quejan de que el comité regional o el comité provincial no va su pueblo o a su provincia y resulta que ellos mismos son del comité regional o del comité provincial. Otro ejemplo de esta «transparencia» se da cuando ciertos dirigentes o ciertos comités culpan ante la base a los de más arriba y a la vez culpan a la base ante los de más arriba. Habría que evitar la conversión de ciertos dirigentes en coordinadores, que quieren estar a bien con todos porque en un momento determinado, como ha pasado, todos los palos pueden ir a la cabeza más

visible. Habría que evitar también un cierto tipo de integracionismos, consistente en esperar a que se orienten los acontecimientos para entonces tomar postura, sin luchar por dirigir la orientación de los acontecimientos. A mí me parecería grave que por la cabeza de ciertos dirigentes pasara la vergüenza de defender a fondo, por ejemplo, el pacto económico y político que nosotros planteamos, pensando que si no sale o no sale en el grado en que nosotros lo pedimos, puedan quedar mal ante la base o puedan de alguna forma perjudicar su imagen. Esto roza naturalmente con el problema del electoralismo, que creo que está suficientemente claro. Evitar esas corrientes, que se traducen en una oposición interna con respecto a ciertos comités, esperando el fracaso de éstos, sin cooperar con ellos, para entonces subir a la dirección de una forma totalmente socialdemócrata. En este mismo sentido, confundir ciertos organismos de dirección con organismos de trabajo que estatutariamente ayudarán a los organismos de dirección. Por ejemplo, confundir una conferencia del partido con una especie de asamblea. Me podría referir concretamente a la Conferencia de la Mujer. Una conferencia donde el partido va a definir su política en este término y no una asamblea que va a definir la política de un sector o de un grupo en el interior del partido; habría que evitar esta especie de parcialización, de facciones sectoriales, que en muchos casos conducen a un especie de partidos sectoriales o cosas por el estilo. Apelar a la democracia cuando se producen estos problemas es encubrir un intento de organizar el partido a través de estructuras, desde mi punto de vista, no específicamente revolucionarias. Se trata de construir un partido con una política única, que requiere un centro de dirección, aunque sea un centro de dirección articulado a muy distintos niveles. Hay que superar el

centralismo estrecho; el Comité Central no debe ser algo exactamente localizado y hay que superar el problema inverso de localismo, en el que a veces se cae, por ejemplo cuando tal región o tal sector intenta colocar un número determinado de miembros en el Comité Central. Si no se supera esto, los miembros del Comité Central actúan como simples intermediarios o portavoces que representan a sus regiones o a sus provincias y son, dirigentes que en un momento determinado no podrían ser dirigentes en otra región o en otra provincia, porque perderían su terreno propio.

Yo creo que hay que aumentar el sentido de responsabilidad para hacer una dirección masiva y descentralizada, pero con un centro que es la política única.

ALFREDO TEJERO

Las tendencias cristalizadas o fracciones es un tema que como todas las demás cuestiones lo abordamos partiendo de nuestra concepción eurocomunista. Si vemos positiva la existencia de diversos partidos obreros y no tenemos la pretensión de que haya un único partido de la clase obrera, donde tendrían que estar todas las concepciones de la toma del poder, de cómo llegar a él, de cómo transformarlo posteriormente, yo creo que esto elimina bastante la concepción clásica de la fracción o la tendencia cristalizada. En nuestro país existen no solamente uno sino varios partidos prosoviéticos puros, varios partidos prochinos, varios partidos trostkistas y un largo etc., con lo cual, la concepción eurocomunista está reflejada por nuestro partido y entonces, lo que va a caber dentro de él es una labor investigadora, teórica y de acción práctica, sobre cómo llegar a la aplicación de esa política. Va a haber corrientes diversas sobre cómo hay que llegarlo a hacer, pero difícilmente puede llegar a tendencias cristalizadas.

Que existan otros partidos obreros facilita el decir claramente que nuestro partido es un partido de militantes voluntarios y que al haber otros partidos con otras posiciones, el que

esté de acuerdo más con otras posiciones que se vaya y tranquilamente. Ahora bien debemos ser muy cuidadosos a la hora de determinar qué es una tendencia cristalizada en un partido de masas, donde lógicamente hay quienes piensan que determinada concepción en la aplicación de la política del partido es más correcta que otra o que hay determinadas personas que reflejan mejor la aplicación de una determinada política. Puede haber un riesgo grande de considerar actitudes antipartido, actitudes que caben perfectamente en el partido. Lo digo porque recientemente en Madrid ha habido posiciones de comités auténticamente eurocomunistas, con posiciones absolutamente identificadas con la política del partido, que cuando han visto que personas, dentro del mismo partido, creaban problemas han adoptado posiciones realmente de cruzados.

Después quería tocar un tema que me parece fundamental, que es la relación en cuanto a la forma de dirección y las instituciones correspondientes de poder público. Por necesidades electorales, nosotros tenemos que presentar en nuestras candidaturas a diputados, a senadores, a concejales, en los organismos autonómicos, etc., a figuras lo más conocidas posible; es correcto el principio de que no se pueden medir con los mismos criterios la elección de estos candidatos y la elección de dirigentes internos del partido. Pero en esto hay un riesgo que no podemos olvidar en absoluto y debemos plantearnos si lo que queremos tener en un municipio, es un parlamento, en un órgano autonómico son diputados, concejales —lo que sea— comunistas, o si lo que queremos es que el Partido Comunista, y, por tanto, sus órganos de dirección, esté presente en los organismo de poder público.

Puede ocurrir, es lógico que ocurra, que esas personas estén en esos organismos públicos, pero es fundamental que la política que llevan en esos organismos y la política que lleva el Partido Comunista en sus organizaciones regulares sea una misma política. Muchas veces la persona más conocida es determinado investigador o determinado poeta o un músico y nos gustaría presentarla porque atrae votos, pero hay que ver si ese hombre va a llevar allí la



política del Partido Comunista o simplemente va llevar una política progresista, etc., y viceversa, si lo que se está discutiendo allí, en un organismo donde se reflejan claramente la lucha de clases se traslada también al partido, para que lo que nosotros estamos pidiendo allí se lleve por las organizaciones del partido a las masas. En fin éste es un problema que no hay que dramatizarlo ni abrir un debate sobre si allí, si debe haber políticos o debe haber personas famosas, por decirlo así, sino que tenemos que ser conscientes de que ese problema está encima de la mesa y que hay que buscarle una solución buena.

Y por último, en torno a los comités universales y las comisiones de trabajo. Esto se liga con la organización territorial, éste es un principio (sobre él basamos ahora nuestra organización) básicamente correcto y que implica que los comités de esas organizaciones territoriales tienen que ser unos comités universales, principio también correcto. Pero no nos hagamos ilusiones.

La territorialización trae —hay una experiencia real— pérdidas de influencia en algunos sectores, en algunos centros de trabajo. Eso es cierto y hay que verlo como es y sin dramatizar. Quizá por hacer un cambio muy brusco hemos podido cometer errores, o no haber previsto determinados problemas que iban a surgir y que han surgido. Lo ideal es que haya comités que entienden de todo, que deciden sobre todo, etc., y que

hay comisiones de trabajo que asesoren al comité correspondiente, sin ser ejecutadas. Pero esto también es relativo. Habría que pensar en la experiencia de otros partidos, por poner el ejemplo italiano, donde existen comisiones de trabajo, pero también existen secretarías con un cierto carácter ejecutivo, que están dirigidas por dirigentes de los comités. Yo, estando absolutamente de acuerdo con el principio de que las comisiones estén en los comités, creo que también se pueden estar encorsetando a los comités y perdiendo agilidad para resolver múltiples problemas que hay que resolver. Sin crear diversos comités de frente tenemos que dar respuesta a los problemas que surgen. No se trate de apostar por una cosa o por otra, como alternativa, sino, partiendo de unos criterios correctos, saber que hay defectos que se tienen que subsanar con concepciones de la otra concepción, por decirlo de alguna manera.

DANIEL IRIBAR

La democratización de la vida interna del partido que es una necesidad, es el instrumento fundamental para racionalizar la vida interna del partido, la forma de tomar las decisiones para desdramatizar la vida interna del partido. Pero ¿qué es la democratización? Yo creo que podemos tener inconscientemente dos en-

foques. Uno: la democratización es adaptar el partido a ser efectivamente el instrumento de hacer política las masas y, por tanto, el partido tiene que potenciar la participación en su interior. Y otro punto de vista sobre la democratización del partido es el estatutario, para las situaciones excepcionales, o sea para los giros de política del partido. Es decir, pensar más en los grandes conflictos que el problema —que a mí me parece el problema fundamental— de que el partido es el instrumento de hacer política las masas y que, por tanto, el partido tiene que tener en su interior una vida democrática. Entendiendo la democratización desde el punto de vista de que el partido es el instrumento de hacer política, las masas surgen algunas cuestiones. La primera es quién dirige, cómo se forma la opinión del partido. En esto creo que en la intervención de José Luis, ha habido cosas interesantes, como la necesidad de mejorar la forma de organizar el debate político. Ahora, yo creo que sería un poco utópico por nuestra parte no ver los elementos de tensión objetivos, en las relaciones dirección-conjunto del partido. Un partido que pretende la revolución socialista, exige no una posición meramente receptiva por parte de la dirección del partido sino además que la dirección del partido emprenda batallas para ganar al partido a sus opiniones. Es decir, creo que hay una cierta dialéctica, órganos de dirección-conjunto del partido, propia del proyecto de superar la sociedad capitalista, que no funciona a través de medidas administrativas, sino a través del debate de la democracia del partido; pero que tampoco funciona en absoluto a través del mero papel representativo, pasivo de los órganos de dirección del partido. Yo creo que ese es un problema importante.

Otra cuestión deducida de la anterior, es que el partido no lo deben dirigir los parlamentarios. Pero también se trata de aislar a los parlamentarios o a los concejales, se trata de que si el partido es el órgano de participación de las masas en la política, la participación debe darse también en los órganos representativos y por tanto, las decisiones a aplicar deben corresponder a un debate dentro del partido, en el que los órganos de la dirección política a dis-

tintos niveles influyan en las propuestas de los parlamentarios, concejales, etc.

Ligado a este problema está el que planteaba Alfredo sobre los independientes o los comunistas no militando diariamente, en las listas del partido. Yo creo que es un problema práctico más que teórico, en que se trata de ver, en cada caso concreto, hasta donde ganamos y hasta donde perdemos. Ganamos no sólo en votos, sino en influencia, es decir, el que la candidatura del partido la encabece «fulanito de cual», transmite una imagen de partido distinta a que la candidatura del partido la encabece otro «fulanito de tal». Es decir, ahí ganamos. Y podemos perder en el sentido de todos los problemas que decía Alfredo. Perder no porque nos cree dentro del partido problemas el que la encabece «fulanito o menganito» que eso sería otra cuestión, sino porque efectivamente hay un riesgo político de que no cumpla ese hombre la función de que el partido sea el órgano de hacer política de las masas. Ahora y creo que eso es una cuestión difícil de resolver a priori, ¿qué datos, en función de qué elementos nosotros podemos —la organización que tiene ese problema— decidir si «fulanito» va a seguir las orientaciones del partido en su función representativa o no la va a seguir? Yo creo que en general el que siga o no siga las opiniones del partido, va ser una expresión de la lucha por la hegemonía. Este tipo de hombres representan estados de opinión cercanos al partido que, a lo mejor, no son el área alrededor del partido. Ganáronos para nuestras opiniones cuando están en medio del fregado, en medio de otras clases sociales, en los órganos representativos será una expresión, si lo conseguimos, de nuestra capacidad de hegemonizar una situación determinada. Lo que yo no creo es que el partido deba renunciar a priori a esa posibilidad.

En cuanto a los medio de discusión permanente el problema que planteaba José Luis es importante y yo diría que hay una cuestión incluso previa. Todos hemos visto expresiones escandalizadas cuando un camarada, en un órgano de opinión que no es del partido, opina de una manera, no digo radicalmente en contra, pero matizadamente en con-

tra (es que hay casos de lo uno y de lo otro), con las concreciones del partido. Yo creo que esas expresiones un poco crispadas no son positivas, no favorecen el que efectivamente el debate dentro del partido tenga el mayor terreno de juego, la mayor posibilidad. Este problema lo dejo así un poco enunciado. En lo que no estoy de acuerdo con José Luis es en cómo organizar los procesos electorales y la solución que él ha dado a un problema real que existe. Yo creo que él piensa más, en situaciones excepcionales del partido en que efectivamente la Comisión de Candidatura no puede llegar a un síntesis. ¿Por qué? Porque hay un enfrentamiento político incompatible que es una situación que se ha podido vivir en algunos momentos, pero que no es la más habitual ni en la que debemos pensar. Yo creo que hay un problema en la organización de los procesos electorales que es problema de información, es decir, problema de saber «quién es quién». Este tipo de problema existe, y es la organización del debate más abierto dentro del partido la que puede solucionarlos. Pero no creo que pensar, a no ser como medida excepcional, en la solución dos listas alternativas que sean dos líneas políticas alternativas, corresponda a una situación normal del partido.

MANUEL AZCARATE

Al abordar estos temas hay que tener en cuenta el paso que se ha dado en el 9.º Congreso. Yo creo —lo digo porque para medir un fenómeno hay que tomar distancias— que el tiempo no nos lo permite, pero lo mido por mi trabajo en otros sitios, y realmente ha sido algo importante en la historia del movimiento comunista en cuanto a romper una tradición estaliniana. Eso es esencial y eso lo hemos hecho además, con un partido que acababa de salir de la clandestinidad, lo cual no puede dejar de crear dificultades, tensiones, etc...

La segunda cuestión que quiero decir es que me parece justa la idea que da José Luis: hay que eliminar rigidez, buscar una zona de experi-

mentación en las cosas que estamos haciendo. Ahora, debemos tener claro el objetivo que buscamos con los métodos de debate. El objetivo es lograr un debate democrático sobre las opciones, las ideas, las soluciones políticas. Porque eso es realmente lo que permite que las realidades objetivas de la sociedad se reflejen en el partido, se contrasten con una elaboración teórica y que se pueda ir a una solución lo más acertada posible. Es decir, se trata de discusión de ideas y no de electoralismo interno del partido. No ya sólo porque eso sea un fenómeno no típico del Partido Comunista, sino porque es negativo en cuanto a la misma capacidad del partido para asumir la realidad objetiva. El electoralismo reconvierte el debate, lo falsifica. Y eso se ve en algunos congresos del partidos socialistas donde existe el sistema de tendencias y corrientes. Lo negativo de eso no es tanto, el factor de división ya que logran siempre una cierta forma de unidad, es que falsea el debate, lo convierte en un debate electoralista, por votos dentro del partido. Por eso el electoralismo interno es un fenómeno negativo y tengo duda de que la propuesta que hacía José Luis sobre las candidaturas sea positiva, pues me temo que fomenta precisamente lo que hay que evitar. Lo que sí debemos buscar son canales de debate; de debate incluso horizontal, de publicidad, de opiniones. La tercera cuestión, ya mucho más breve es simplemente sobre el problema de la territorialización. Para mí está claro que no hay que sectorializar al partido y que el principio territorial es la base de toda solución. Ahora, junto a eso hay el problema de la presencia del partido activa, creadora, con iniciativa, en determinados terrenos. Y tengo la impresión que entre esas dos cosas no hemos encontrado todavía una solución válida y global. Creo que todavía hay ahí una zona de investigación y de búsqueda de cómo resolver esos problemas.

ción, creo que esto era una toma de posición, frente a una concepción puramente electoralista de la democracia. Yo afirmaba que en la nueva etapa política hay nuevas tareas, hay que cambiar las funciones de los órganos de dirección, pero a la vez que es estrictamente necesario, esto hay que llevarlo a a la comprensión del partido, fortalecer la capacidad de acción política de esos comités. A mí me parece que es un punto que hay que remarcarlo y que debería quedar claro en el debate. En segundo lugar yo pienso que el 9.º Congreso cambia el debate tradicional con la socialdemocracia acerca de la democracia interna. Es decir el 9.º Congreso deja fuera de juego la posición de utilizar la democracia interna como arma arrojada. Está claro que ambos partidos, los socialdemócratas y los eurocomunistas mantienen una posición de democracia interna en su formalidad, mantienen un grado de centralismo al servicio de las necesidades políticas. La gran diferencia no está en la democracia interna, sino en la propia concepción del partido como instrumento de la transformación de la realidad o como instrumento meramente de acceso al poder y como partido estrictamente electoralista. Por lo tanto yo creo que hemos dado el paso necesario para resituar la polémica. Está claro que ambos partidos tienen un determinado grado de centralismo que a veces degenera en posiciones autoritarias, pero no sólo en los partidos comunistas por la vía estalinista, sino en otros

partidos socialdemócratas o de derechas que entran en vías abiertamente autoritarias para la resolución de los conflictos. Por tanto, nosotros debemos situar el debate, no tanto en el terreno de democracia interna, sino en que somos un partido de transformación de la realidad. No renunciaremos nunca al principio de unidad de la acción. Y esta es la gran diferencia con un partido que no quiere transformar la realidad; no necesita mantener esa unidad de acción. Sobre las tendencias y el pluralismo yo creo que la opción pluripartidista nos ayuda a mantener la unidad del partido en base a una unidad de línea política, como decía anteriormente el camarada. Sin embargo, yo tengo miedo de la utilización de ese argumento como coartada del monolitismo, porque nosotros, si bien defendemos el pluripartidismo, no renunciamos a la hegemonía y al no renunciar a la hegemonía, tampoco renunciamos a absorber en el seno del partido a sectores sociales de muy diversa procedencia. Y en ese sentido en el seno de nuestro partido ofrecemos algo no exactamente equiparable ni exactamente competitivo con lo que otros partidos políticos, que incluso se denominan obreros, ofrecen, y esto va a traer al seno del partido una confluencia de procedencias sociales, una confluencia de corrientes culturales diversas y va a introducir dentro del partido parte del debate sociocultural y político de la propia sociedad. Va a haber, y necesariamente tendrá que haber, corrientes de opinión. Lo

JOSE LUIS MALO

Cuando antes he empezado a hablar de la necesidad de fortalecer políticamente los órganos de direc-



fundamental ante ese tema es lo que ha dicho Manolo, que era lo que yo decía cuando ponía en segundo punto el tema del debate político; que las tendencias se estructuren en torno a ideas políticas y que el debate político sea lo suficientemente serio para que esas tendencias se articulen en torno a ideas y a alternativas políticas. Yo haría aquí una alusión a que a veces las tendencias pueden aparecer bajo el denominador de la propia composición social del partido; es decir, identificar determinadas corrientes de procedencia obrera dentro del partido como si fuese una corriente política dentro del partido. Yo pienso que ese tipo de planteamientos sólo revelan la falta de debate político interno del partido. La hegemonía de los planteamientos obreros como estrategia en el seno del partido, no la asegura la composición social de partido; el que el partido sea mayoritariamente obrero o que los órganos de dirección sean mayoritariamente obreros. Lo que la asegura, es la corrección del análisis marxista, una adecuada utilización de ese instrumento. Y lógicamente, si estamos funcionando bien, como resultado de eso y sin ningún tipo de selectividad social, los órganos de dirección revelarán una presencia mayoritaria del sector más dinámico de la transformación social que es la clase obrera. Sobre la territorialización creo que hay planos diversos. Parece como si el tema de acceder a otros sectores sociales se plantease como la creación de comités de carácter sectorial. Yo creo que todo el mundo ha dicho que no.

Y eso hay que entenderlo porque el problema está en estructurar la vida organizativa interna del partido a nivel territorial de forma que sea capaz de penetrar en sectores sociales que tienen unas peculiaridades muy específicas. Y a los que hay que ofrecerles vías de compromiso político y de discusión política, muy específicos. Si entendemos la territorialización como que los médicos, los maestros, los ingenieros tiene que ir a las agrupaciones tal como hoy son y tal como en ellas se discute, estamos perdiendo posibilidades del capital político que tiene el partido. No hay nada que impida en la estructura territorial del partido que las propias agrupaciones, por ejemplo, organicen reuniones especiales

para determinados sectores cualificados, determinados sectores sociales de una sensibilidad específica.

CARLOS ALONSO ZALDIVAR

La intervención inicial de Malo me ha parecido una buena radiografía de las cuestiones de la democracia interna, o, como él decía, de la adecuación de las estructuras del partido a la nueva situación. Yo únicamente quería citar la conexión de esta problemática con otras dos tangentes que la encuadran. Por un lado, mi opinión de que cualquier debate sobre democracia interna hay que llevarlo hasta el terreno de los problemas de la vinculación partidomasas, aunque parezca que por ahí nos salimos del tema. Por el otro extremo, situando la referencia de que la dirección de un partido comunista no sólo, ni fundamentalmente, es un órgano sintetizador, sino que, además, debe ser un ente promotor de iniciativas transformadoras. En este marco se mueve toda la problemática de la democracia interna, cuyo sentido es hacer del partido el instrumento idóneo para la intervención política de las masas. La vinculación del partido con las masas es lo mismo que puede respaldar las iniciativas transformadoras de la dirección, y las iniciativas de la dirección serán transformadoras si vinculan mejor al partido con las masas. La democracia interna debe ser garantía de ambas cosas.

Sobre el tema electoral, creo que debemos poner, ante todo, un dato sobre la mesa. En lo que yo conozco, el IX Congreso ha sido el primer congreso de un partido comunista en muchísimos años en el cual todo miembro del partido ha podido ser candidato al Comité Central, ha podido ser propuesto y defendido públicamente en un pleno como tal y, finalmente, votado en él. Esto es una realidad que contrasta en sentido favorable para el Partido Comunista con experiencias no solamente de otras épocas del comunismo, sino con las experiencias en uso en todos los otros partidos. En cuanto a la técnica —partiendo de esta base, que es una gran adquisición—, yo creo que es mejorable, pero quizá no

en la línea que José Luis apuntaba. Puede ser mejorable en el sentido de no obligar a la comisión de candidatura a que establezca una lista completa con el número exacto de los miembros que tiene que tener el Comité Central. Se puede abrir la laxitud de que si esta síntesis no se produce en términos suficientemente unánimes su recomendación de voto —que es, en definitiva, lo que este órgano hace al Pleno— sea una recomendación ponderada, según los términos en los que su debate se ha producido. Es decir, diciendo hay tantos nombres que han merecido la unanimidad de la comisión, hay éstos que han tenido una valoración distinta en este porcentaje o de esta forma, etc. Hacer una recomendación de voto hasta donde considere, a su buen criterio, que es conveniente hacerla, y añadir la relación de todos los demás candidatos presentados para que sean defendidos o contestados en el Pleno y refrendados o no por la votación. Respecto al peligro de que la organización del partido actúe como correa de transmisión de la representación del partido en los centros institucionales (parlamento, ayuntamientos, gobiernos preautonómicos, etc.). En el papel es un problema posible, en la realidad es determinante para una serie de partidos en los cuales los núcleos parlamentarios son decisivos en el partido. Pero yo me pregunto si este problema es el que realmente tenemos hoy nosotros entre manos. Si miramos cómo se ha reflejado la primera experiencia de presencia del partido en el parlamento en relación con el propio partido, yo creo que se pueden apreciar, antes que un problema de correa de transmisión, problemas de incomunicación, de insuficiente comunicación partido-parlamentarios y parlamentarios-pueblo. Yo creo que estamos necesitados de incorporar a la práctica y a la preocupación sistemática del partido el saber jugar mejor con esos nuevos instrumentos de hacer política. Y ésta será la auténtica respuesta a cualquier peligro posible. Meter en el partido un convencimiento más profundo de que, junto a la acción en la sociedad civil tiene ahora instrumentos nuevos, cuya operatividad debe ser estudiada desde cada nivel concreto del partido, y, por otra parte, plantear una actividad par-

lamentaria de los comunistas que acerque las instituciones al pueblo, las haga accesibles y transparentes.

CELESTINO SANCHEZ RAMOS

Me voy a referir a los procesos electorales y al problema de la Comisión de Candidatura. Pienso que el problema fundamental viene a partir del conocimiento. En una agrupación no sucede lo mismo que en la elección del Comité Central. Y eso viene fundamentalmente dado porque allí todo el mundo se conoce. El elemento central es conseguir ese conocimiento por parte del partido. No va a ser fácil, pero éste será un elemento central para no caer en el electoralismo o en otro tipo de problemas. Esto, unido a otra cuestión, que es la confección de la lista abierta. Las experiencias que se están realizando en conferencias locales, comarcales, que tienen una mayor dificultad de conocimiento, son proponer listas de veinte para elegir dieciocho o listas de veinte para elegir quince. Esto es un proceso intermedio por falta de conocimiento. Cuando exista ese conocimiento lo que sucederá es que si necesitamos quince propondremos quince. Pero este tipo de experiencias también deben ser elementos de reflexión al conjunto del partido. No tenemos que tener una actitud cerrada.

El otro problema fundamental en los procesos electorales es impedir que la votación parta de la base «del que piensa igual que yo». Esto sólo se puede resolver a partir de una discusión política en profundidad. Se trata de escoger a los mejores hombres para llevar a cabo una política que ha sido aprobada en esa conferencia, en ese congreso..., y esto no es un elemento fácil. Muchas veces se vota fundamentalmente por el tío que defiende las opiniones similares a tí. Sobre la política de cuadros, que para mí está estrechamente ligada al proceso de democracia interna, necesitamos tener claro la nueva concepción del cuadro del partido. Si no partimos de la base de que un cuadro del partido en esta situación no es lo mismo que un cuadro del partido en la clandestini-

dad, difícilmente conseguiremos estructurar el partido para aplicar de verdad la democracia interna y la unidad de acción. Pienso que habría que definir a los cuadros del partido fundamentalmente a partir de que están en tareas de dirección, pero también a partir de las tareas de masas que realizan y que todo cuadro que juega un papel de dirección a nivel del partido debe tener una gran proyección de masas. La capacidad de dirigir al partido como tal, pero, al mismo tiempo, que él individualmente, como comunista, tenga cada vez más una proyección pública, una proyección de masas, deberían ser los rasgos del cuadro a todos los niveles.

PILAR BRABO

Quería decir dos cosas brevísimas; una sobre el problema de la relación de la dirección con el conjunto del partido, o, en definitiva, el primer tema que planteaba José Luis: el nuevo papel de los órganos de dirección. Aquí creo que también tenemos que darnos cuenta de que las nuevas tareas de hoy plantean la superación de toda una serie de polémicas muy habituales en el último período de la dictadura y el comienzo de la democracia. Como era, por ejemplo, la polémica que en cierto sentido recogía Daniel entre si la dirección tiene que ser exclusivamente representativa o si la dirección tiene que ser fundamentalmente la que marca una línea política; es decir, un poco la polarización entre una dirección, que fundamentalmente representa al conjunto del partido, o una dirección que vaya mucho más allá que el conjunto del partido, marcando nuevas tareas, etc. Creo que la síntesis la estamos encontrando en la práctica, en cierto sentido.

La síntesis la concretaría diciendo que hoy en día la dirección necesita como nunca las experiencias del conjunto del partido para poder cumplir su papel. Por un lado, es evidente que necesita el papel de toda una serie de comisiones de trabajo; en este sentido estaba clara la intervención inicial en el otro tema de Azcárate, y que se necesita un mayor

nivel de ciencia y de técnica en el partido para poder llegar a los niveles de dirección que hoy son precisos, pero también es evidente que la dirección necesita mucho más lo que yo llamaría la experiencia de todo el partido, en lo que es la ciencia de la política en concreto. Y que, en este sentido, la comunicación entre órganos de dirección y conjunto del partido es fundamental para poder definir plenamente todo el conjunto de nuestra línea eurocomunista. Problemas como el pluralismo, como la actuación de cara a los partidos interclasistas, los problemas de la práctica concreta de las masas, no cabe duda que únicamente quien esté efectuándolos en la práctica y elaborándolos a partir de ahí puede llegar a poder trazar una línea clara en toda esta serie de planos de nuestra actuación. Ese es el primer tema. Y, luego, el segundo tema que quería tocar es el tema que ha planteado Tejero sobre el papel de los hombres clave, independientes, que no son del partido, dentro de una serie de órganos de representación. Quizá es un tema que no he entendido muy bien, pero a mí no me preocupa en los mismos términos en que se ha ido planteando a lo largo del debate. Porque me parece una cosa bastante clara que un hombre independiente que está en el Parlamento, o que está como concejal por decisión del partido, no nos debería preocupar su vinculación orgánica con el partido en exceso; porque si el partido tiene una capacidad de elaborar política, la tiene no solamente para el partido y para sus militantes, sino también para otros partidos y también para el conjunto de la sociedad, y, en ese sentido, la tiene también para aquellos hombres que, con independencia de su vinculación a los órganos regulares del partido, estén en determinados órganos representativos. Creo que es un tema que para enfocarlo cabalmente hay que darse cuenta de que nosotros, cuando elaboramos política, la estamos elaborando no solamente para su aplicación militante, sino que la estamos elaborando para que esa política sea aplicada por todo el conjunto de la sociedad, incluso por otros partidos políticos. De hecho, no es que la vayan a aplicar, pero no cabe duda que la elaboración de una política por nosotros condiciona a los demás.

Los problemas de las agrupaciones de base

Marta Rodríguez de Quijano
Julio Segura

Un tema central desde el punto de vista organizativo interno es el de la vida de las agrupaciones. Con frecuencia se dice que el proceso de territorialización ha creado un esquema organizativo en el que el elevado número de camaradas y su heterogeneidad —tanto de extracción social como de dedicación profesional y de frente concreto de actividad— hacen muy difícil la discusión política, siendo ésta la causa del nivel del absentismo que experimentan las agrupaciones, que es especialmente elevado en las grandes concentraciones urbanas. Esta opinión es sólo parcialmente correcta, porque, señalando un mal cierto —el absentismo—, responsabiliza del mismo a la estructura organizativa determinada, que puede dificultar o favorecer la vida política interna del partido, pero nunca ser responsable de aquél. Sin embargo, es cierto que la territorialización ha traído consigo ciertas dificultades: la mayoría de las agrupaciones territoriales presentan niveles preocupantes de absentismo que afectan, sobre todo, a los *adherentes* y los *profesionales*, y la discusión política se dificulta por el elevado número de miembros y por el diverso nivel de conocimientos. Pero la dificultad mayor que ha creado la territorialización, y que repercute en la misma capacidad de la agrupación para ser la ligazón del partido con la sociedad, es que, al no existir organismos amplios sectoriales, una serie de problemas, tales como la sanidad, educación, etc., no son

abordados por el conjunto de sectores de profesionales, sino solo por una parte mínima de ellos, encuadrados en las Comisiones del Comité Central. Y esto ha repercutido en el problema del absentismo de los profesionales, al no encontrar éstos un cauce donde solventar sus problemas, afectando, al mismo tiempo, en la vida de las agrupaciones. El hecho es que las comisiones de las agrupaciones, que deberían abordar los problemas sectoriales, raramente lo hacen, y los comités pocas veces discuten estos aspectos.

Pero el problema crucial es el *debate político interno* y los cauces de comunicación de *arriba a abajo* y, sobre todo, de *abajo hacia arriba*. Y, si bien para el segundo punto las formas organizativas del partido pueden tener influencia, el primero es, estrictamente hablando, un problema de democracia interna.

Podemos partir de una hipótesis: *La vida política de las agrupaciones encuentra sus principales problemas en el escaso debate que en ellas se hace de la estrategia del partido*. Además, esta falta de debate es la causante de que la comunicación de abajo hacia arriba sea escasa —por falta de contenido— y del absentismo.

Hemos subrayado el término *debate* porque éste puede entenderse a dos niveles: uno, primero, *mínimo*, en el cual las agrupaciones discuten resoluciones y acuerdos ya adoptados por la dirección a cualquiera de los niveles —CC, CE, Permanente del

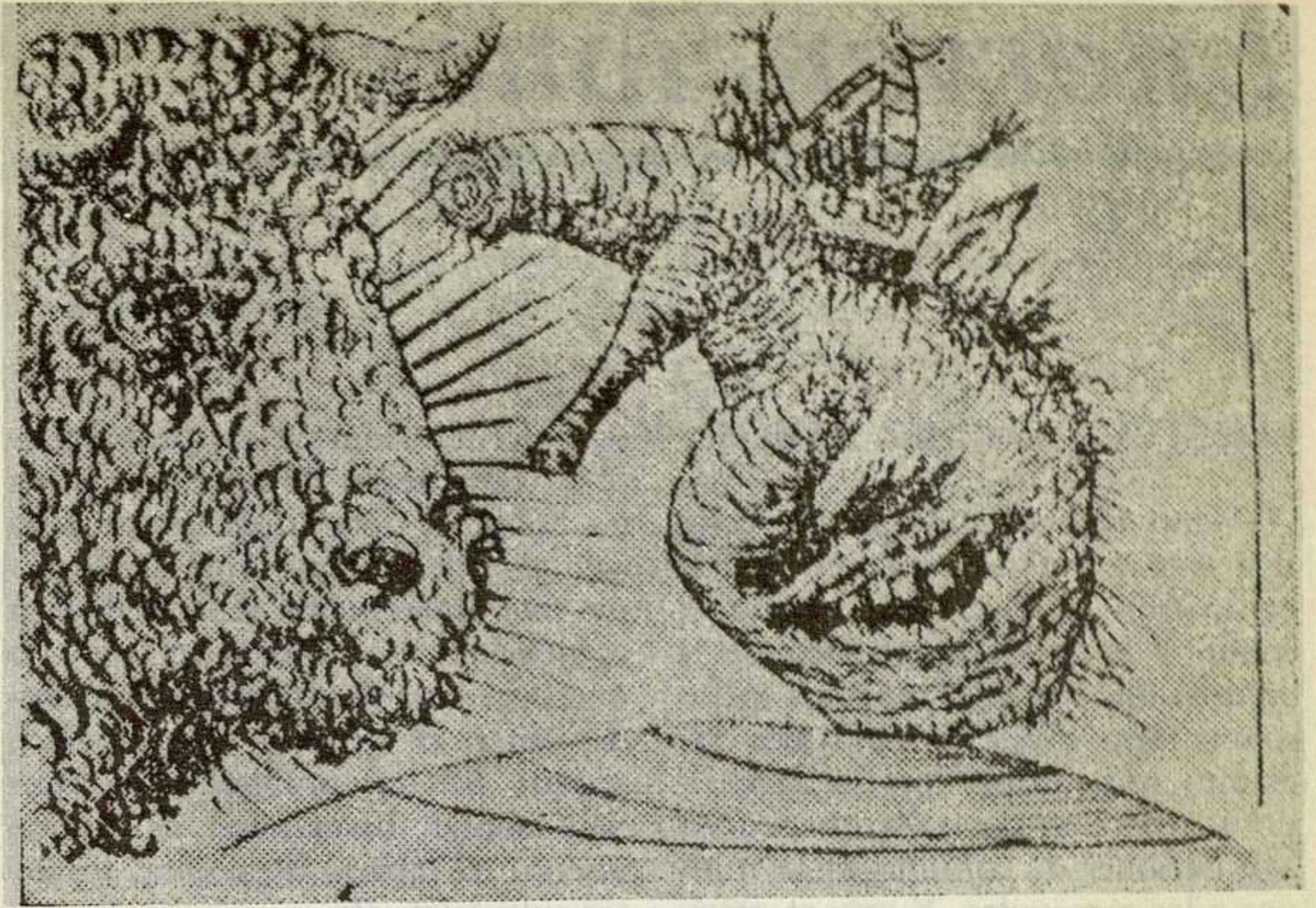
CE, Secretariado—; uno, segundo, *óptimo*, en el que se discutirían las posturas políticas del partido antes de que éstas fueran adoptadas por los órganos de dirección del mismo.

El primer nivel, que es imprescindible, se relaciona con los problemas de canales de comunicación de arriba hacia abajo, que son muy lentos por la vía orgánica de Comité Central-Comités Regionales-Comités Locales-Comités de Distrito, etc., y más lentos aún en los grandes núcleos de población, y que tendrían que agilizarse. Es casi una norma en la situación actual que la discusión de línea política ya adoptada se haga a través de resoluciones de la dirección, o de discursos de miembros de la dirección o quizá de artículos en M.O. Siendo los tres canales útiles, son, sin embargo, claramente insuficientes, porque raramente pueden proporcionar argumentos completos y detallados. Las resoluciones de comités son textos casi telegráficos, los discursos de dirigentes suelen ser bastante compactos y los artículos de M.O. constituyen, con frecuencia, una enumeración y descripción de problemas o propuestas generales de acción. Por ello parece fundamental la iniciativa de la Comisión de Organización del Comité Central, relativa a la publicación de pequeños opúsculos donde trate de *explicarse y no sólo formularse* las alternativas principales del partido ante problemas concretos de la sociedad española. Otra posibilidad podría provenir del nuevo M.O., semanario, donde las

colaboraciones, por su propio carácter, podrían ser más largas, razonadas y ricas en matices e interpretaciones. Existen otras propuestas posibles: quizá que los informes políticos que se discuten en cada reunión del Comité Central, así como la propia discusión que estos informes generan y la síntesis final estuvieran disponibles para, al menos, niveles de cuadros intermedios, etc.

Este problema se relaciona, a su vez, con otro relativo a la formación política de los militantes. El mínimo de formación política requerida por los militantes de base del partido pasa necesariamente no sólo por la *aceptación* de la línea política del partido, sino por su *comprensión*. Este tema ha sufrido, en general, una cierta postergación, debido a que en condiciones de clandestinidad lo esencial era la aplicación práctica de la posición del partido, y esto, como es natural, primaba sobre la comprensión integral de dicha línea. Ahora, sin embargo, incluso desde el punto de vista más a corto plazo, lo fundamental es la comprensión, y ésta sólo puede lograrse a través de conocimiento *más* discusión. Porque sólo la discusión permitirá a los militantes disponer de argumentos sólidos en defensa de las posturas del PCE frente a militantes de otros grupos e independientes. Es, en suma, esencial que los camaradas *tengan argumentos*, porque en las condiciones políticas actuales sólo *razonadamente* pueden convencer de la adecuación de nuestra línea a las necesidades objetivas de la sociedad española.

Pero no sólo se trata del mínimo de comprender (= conocer más discutir), sino de *participar* en las decisiones políticas del partido. Un ejemplo singular y fructífero de este tipo de discusiones ha sido el protagonizado en el período preparatorio del IX Congreso, en que toda la base del Partido Comunista de España ha discutido colectivamente al menos a tres niveles distintos las tesis políticas propuestas por la dirección, que han experimentado profundos cambios por ello. Es evidente que no se puede repetir este modelo de discusión, que sólo es posible en períodos congresuales, pero lo que también es cierto es que el partido no canaliza debates previos sobre decisiones que ha de tomar a plazo fijo. Pensemos



en un tema: la Conferencia Nacional de la Mujer, aprobada por el IX Congreso y cuyo período de realización era, por tanto, conocido desde hace meses, no ha sido objeto de discusión alguna desde las agrupaciones. El resultado habría sido, de haber comentado el debate desde el nivel más bajo: primero, implicar mucho más a los camaradas con el problema femenino, hacerlos protagonistas del mismo y potenciar, de esta forma, el propio éxito de las decisiones que se tomaran; segundo, hacer coincidir el acto de decisión de la dirección con el de afirmación de los camaradas entre dos o más opciones; tercero, enriquecer el bagaje político de los camaradas. En este sentido parece obvio que todas las decisiones del Comité Central que no sean producto de la discusión de un informe político u organizativo deberían haber sido discutidas antes a nivel de agrupación y recorrer el *camino hacia arriba* orgánico del partido. Con lo cual, además, los miembros de la dirección tendrían una referencia mucho más directa y preci-

sa de lo que realmente opina la base después de un proceso de discusión política.

En resumen, creemos que la batalla organizativa del partido está planteada en términos muy claros. En primer lugar, es preciso que los militantes de base tengan una información rápida, completa y razonada de las decisiones políticas de la dirección. Segundo, es imprescindible que las agrupaciones vayan teniendo progresivamente más protagonismo en la toma de decisiones del partido, construyéndolas desde abajo. Sólo de esta forma podremos comenzar a resolver nuestros problemas organizativos, que pueden ser decisivos en el futuro próximo del PCE, porque un partido de masas con una limitada capacidad de elaboración política en su base será un partido que difícilmente podrá cumplir su tarea revolucionaria.

Marta RODRIGUEZ
de QUIJANO
Julio SEGURA

Intervenciones

CÉLESTINO SANCHEZ RAMOS

Pienso que uno de los defectos que se han cometido es entender a la agrupación de comunistas como el comité y la asamblea plenaria de la agrupación. Por aquí tenemos incluso una frase, que a mí me parece que es muy importante, que ha aparecido a nivel popular y es que en las agrupaciones de comunistas se mitinea a los camaradas. Y esto es gravísimo, esto está desmantelando al partido.

La agrupación de comunistas debería estar compuesta por el Comité, los grupos de trabajo, grupos de trabajo que deben abordar desde cuestiones de propaganda, finanzas y demás hasta los que se dediquen a el barrio tal o al barrio cual, a tal o cual tarea política. Las Comisiones de Trabajo, que deben depender del Comité de la Agrupación y que tienen una tarea de ayudar al Comité a elaborar política. Hago una diferencia entre comisiones de trabajo y grupos de trabajo: la comisión es la que ayuda políticamente al comité a elaborar y a dar soluciones; los grupos de trabajo la tarea que tienen es incidir con la política del partido allá donde les toca en un momento determinado. A mí me parece que sería incorrecto no meter un grupo de trabajo de Sanidad en una agrupación de comunistas, ¿por qué no hacerlo?

Otro problema es la asamblea de la agrupación de comunistas. La asamblea de la agrupación de comunistas debería ser un poco el catalizador o la síntesis de lo que es la política de la agrupación, y a partir de la asamblea el comité debe seguir reelaborando y jugando su papel de dirección entre reunión y reunión. De todas formas hay un elemento central dentro de todo este esquema: la agrupación no es para verse ni los grupos de trabajo son para vernos las caras, sino que son para relacionarnos con la masas, para movilizarlas y

para dar soluciones a sus problemas.

La agrupación de comunistas en las fábricas tiene una importancia capital y deberíamos entenderla como una organización territorial. Esta agrupación tiene que hacer todo lo que hace cualquier agrupación: desde tener el grupito de Sanidad, porque allí hay problemas de sanidad laboral, hasta hacer el reclutamiento, el reparto de prensa, los actos culturales, etc.

La relación agrupación de comunistas-organismos superiores es capital para la vida política de los organismos superiores. Quiero decir, no se puede entender el funcionamiento de una agrupación sin la ayuda política de los organismos superiores. En la última reunión del CC del PSUC, una de las cuestiones que se plantearon fue que había que asegurar que a los quince días después de reunido el Comité Central estuviera presente en todas las agrupaciones para informar, para explicar las decisiones del Comité Central. De esta forma se aseguran dos cuestiones: una, la explicación de la política elaborada en el momento concreto por el Comité Central y, al mismo tiempo, el conocimiento por parte del Comité Central de las opiniones del partido. Y ya está, y nada más. Después, el Comité y la Agrupación deciden y hacen política, porque para eso están. Otro problema que tiene una importancia capital es cómo la agrupación de comunistas hace participar a las masas en las decisiones del propio partido.

En esa dirección, las reuniones abiertas, todas esas cosas, están bien, pero deberíamos avanzar más. Nosotros tenemos algunas experiencias de agrupaciones que han convocado a las organizaciones sociales de su barrio, a los partidos políticos de su barrio, a todo quisqui, en una asamblea y han hecho la propuesta de la agrupación sobre los problemas municipales de su barrio y a partir de ahí han elaborado alternativas.

ALFREDO TEJERO

Antes de la reorganización territorial existían agrupaciones de los barrios y existían organizaciones de frentes de lucha. Después, lo que ha habido ha sido una integración de los camaradas en agrupaciones que, creo, todavía no han dejado de ser las antiguas agrupaciones que entendían los problemas del barrio. No han asumido las nuevas tareas de las que sabían y de las que tienen que seguir sabiendo y resolviendo los nuevos incorporados. Entonces, la gente que se incorpora de nuevo se ha afiliado allí, pero no tiene una incorporación política real. No aporta su problemática, lo que él cree que hay que resolver en aquel territorio, etc. Tenemos que procurar que se acelere al máximo esa integración política y que realmente las agrupaciones sean agrupaciones que entiendan y que traten de dar soluciones a todos los problemas de toda índole que hay en un territorio determinado. Un territorio determinado que puede ser, y estoy de acuerdo, una fábrica. Una fábrica es un territorio donde están trabajando durante ocho, diez o doce horas muchos trabajadores con unos problemas tremendos, concretos y a los que el Partido Comunista debe dar respuesta, y, como decía en la primera intervención, como tal Partido Comunista, lo cual es muy importante, y más aún en una situación como la actual, donde el sindicalismo, la acción de las secciones sindicales y de los comités de empresa tienen un techo tremendo. Es decir, cuando hay en una empresa un expediente de crisis hay cosas que se escapan ya a las soluciones que pueda dar el comité de empresa o las secciones sindicales. Entra en el terreno directamente político de qué salida dar a la crisis de determinados sectores de la producción, de los servicios, etc.


Otro tema importante es el papel que tienen que jugar los locales del partido para poder cumplir su función. Si realmente queremos que la agrupación de comunistas esté abierta al conjunto de la sociedad, etc., tenemos que adecuar eso para que sea un lugar atractivo donde las gentes van no solamente a verse con el amigo rojo de toda la vida, sino que puede haber una reunión de gente que lo que le interesa es discutir de

política o de novela y teatro o de temas vecinales. Hay que analizar la iconografía de muchos locales del partido. Hay cosas que es lógico que se hicieran en la legalización, pero ya llevamos año y medio legalizados y hay que replantearse lo que queremos que sea la actividad del partido y saber que la imagen del partido no solamente es la dirección y lo que dice nuestro proyecto, sino también cómo vive cotidianamente el partido, sus agrupaciones, etc.

FELIPE ALCARAZ

Creo que hay que primar, privilegiar, los conceptos de combatividad y de acción, de entusiasmo, y después ver las técnicas, las formas, las estructuras. No se puede decir que la gente no asiste por unas formas, por unas estructuras de las agrupaciones, sino que habría que plantearlo, creo yo, al contrario. Es posible que a veces nos convirtamos en catedráticos de la revolución, y la revolución no necesita especialistas del informe, que sólo hacen eso, cuando en muchísimas ocasiones se identifica la cultura o la preparación teórica con la conciencia política. A veces se presume de cultura y de teoría, abandonando el partido, yéndose a esos grupos izquierdistas que realmente no tienen existencia pública, cuando hay otros camaradas que no saben hablar, no saben hacer este esfuerzo de elaboración, abstracción, pero tienen una gran conciencia política, con dificultades de protagonismo dentro de sus propias agrupaciones, de sus propias organizaciones provinciales o regionales.

Debemos intentar seriamente conseguir un protagonismo de las masas. Por ejemplo, en los momentos actuales sería muy importante hacer hablar a la gente en las agrupaciones. Por mucho que se equivocaran, por mucho que tartamudearan, creo que éste es un protagonismo que hay que potenciar. Hay que promover dirigentes, aunque en muchas ocasiones no sepan dar un informe político, sí saben discutir con el alcalde, saben influir en el alcalde, saben otras cosas muy interesantes por este camino. Por otra parte, yo voy a poner aquí un caso de algo que pasó en una agrupación de una provincia de



Andalucía. Iban a construir la sede y asistieron el 80 por 100 de los militantes de esa sede a pintar, a blanquear, poner ladrillos, a hacer el suelo. A los pocos días se iba a inaugurar la sede con un informe político en el tono este que yo digo de confundir teoría con conciencia política y asistió el 20 por 100 de la Agrupación.

Hay que conseguir que nadie administre la política del partido ni administre el partido que tenemos. Hablamos mucho de política de masas y muy poco de política de reclutamiento, por ejemplo, con respecto a los campesinos. Yo creo que estamos en una fase de reclutamiento, el reclutamiento es por fases, conforme a las políticas —esto habría que analizarlo muy a fondo— y en este momento la fase de reclutamiento habría de tender hacia estos campesinos, muchos de ellos con doble personalidad, como jornaleros y como campesinos, esto es muy dificultoso, con esta desconfianza secular. En una nueva fase de reclutamiento también entrarían en este caso las mujeres. Y creo que la conferencia de la mujer hay que hacerla coincidir con una política muy fuerte de reclutamiento. Concretamente, en Jaén están entrando las mujeres por docenas. Han entrado 32 en mi pueblo de 3.000 habitantes hace unos días. Y también esta recuperación de los intelectuales, fundamentalmente de los intelectuales jóvenes, evitando

este escapismo fácil que están teniendo con respecto a una política dura, una política diaria un poco chata como es esta estrategia eurocomunista que hemos decidido. En definitiva, yo a lo que me refiero es a que hay que romper, a través de la búsqueda de este protagonismo de las masas, de este entusiasmo, esa doble cáscara del miedo y de la confusión y estamos en esa fase precisamente ahora. Si no la rompemos ahora esta doble cáscara, cuando los espacios políticos están removidos, es posible que retrocedamos muchísimos años en la construcción de un partido de masas que no lo tenemos todavía, porque un partido de masas siempre conecta con una política de reclutamiento estable, conforme a las fases políticas que se van sucediendo. Hay un complejo muy grande en campesinos y mujeres, de que ellos no han luchado contra el franquismo, de que ellos no han hecho política, de que ellos no sirven para la política. Se inhiben. Ignacio Gallego les decía como un niño coge una calabaza y con una cucharilla pequeña la va vaciando por dentro, a pequeños golpes hasta que termina de vaciarla totalmente. Esto era una forma de decirle a las mujeres, a los campesinos, a la gente de Jaén, que ellos han colaborado muy a fondo en esta lucha antifascista, y yo creo que a partir de ahí se puede ir pensando en una política estable de recluta-

miento en consecuencia con las fases políticas globales.

Existen ciertas variantes con respecto a las agrupaciones en zonas industriales o en las grandes ciudades. Por ejemplo, con respecto a la división técnica del trabajo o a las características del debate interno. Aparte de las diferencias derivadas de la problemática social.

Yo podría hablar un poco del funcionamiento de las agrupaciones andaluzas o, más concretamente, de las de Jaén, donde no existe ninguna gran ciudad.

No hay una división del trabajo muy metódica y el funcionamiento, a veces, se realiza en bloque. El motor característico: un gran entusiasmo por la política global del partido.

Gran preocupación por las finanzas, que suelen funcionar muy bien. Mucha iniciativa. Las casetas en las ferias se han convertido en una fuente importante de ingresos. Y todo esto, a pesar del paro y la pobreza de Andalucía.

Toda la agrupación suele funcionar, de manera estable, como una gran comisión de reclutamiento y organización. Las agrupaciones andaluzas son las más numerosas de España.

En prensa, junto a grandes defensores, hay una debilidad con respecto al trabajo en equipo.

Las comisiones de sanidad, más que nada reivindicativas, se están mostrando, en muchos casos, en torno a las mujeres, que recogen firmas y logran movilizar a una parte importante del partido y la población.

El problema del paro crea el terreno más grande y polémico de la lucha. Todo el partido participa continuamente con respecto a las acciones y soluciones posibles. El objetivo, latente o expreso, es siempre la reforma agraria, por esa paradoja de grandes extensiones sin cultivar rodeadas de obreros en paro.

Con respecto a los campesinos modestos, el problema es muy complejo. Hay campesinos antiguos y, de otro lado, emigrantes que acaban de comprar un pequeño terreno; esto implica diferencias de mentalidad. Al mismo tiempo, casi todos los campesinos trabajan, la mayor parte del año, como jornaleros. Se da en ellos una *doble personalidad*, a la hora de reivindicar precios remuneradores de

los productos agrarios o, por otra parte, a la hora de pedir salarios más altos. Y, por razón de la confusión, estas dos reivindicaciones suelen entrar en contradicción. Es decir, resulta difícil esta alianza, de cara a luchar juntos frente a la Administración, monopolios y latifundios. Al mismo tiempo, es difícil organizar en sindicatos a los campesinos pobres, que suelen estar en Comisiones Obreras, en muchos casos, pero en la UAG. Por todo esto, el partido en Andalucía va muy retrasado con respecto a los campesinos, que incluso existen, en general, en mayor número que los obreros.

A veces, también, resulta difícil organizarlos en el PCE porque no acaba de disolverse la imagen de que les vamos a quitar la tierra. No se explica bien la Reforma Agraria, simplificando, a veces, en el sentido de que se trata simplemente de repartir las tierras entre los obreros, cuando los auténticos protagonistas son los campesinos pobres o, en todo caso, la alianza de ellos con los jornaleros.

Empieza a notarse un aumento progresivo de mujeres con carnet y de una actividad creciente de ellas con respecto a la sanidad, la enseñanza, el mercado. Una de las luchas que ahora va a iniciarse es la equiparación de sueldos en la recogida de la aceituna. En muchas ocasiones sólo hay una diferencia simbólica entre el salario del hombre y la mujer (20 pe-

setas), pero esto supone un motor de lucha estimado.

En definitiva, en las agrupaciones andaluzas de los pueblos, se está iniciando un proceso de división técnica de trabajo y de aumento de la capacidad de gestión y resolución de problemas. Un proceso para regularizar en las agrupaciones la militancia diaria en los distintos frentes. Lo cual no es sencillo, por el desarme cultural e ideológico en muchos casos. Para comprender esto habría que decir que, en los momentos actuales, en muchos casos, resulta difícil conseguir que los camaradas se decidan a hablar en las agrupaciones o en público, lo cual es esencial, y no sólo por la cercanía de las municipales.

En definitiva, frente a la carencia relativa de una estructura técnica perfilada, un gran entusiasmo por la política del partido. Lo que no quiere decir que se haya olvidado el problema del trabajo estable por comisiones, que es un proceso al que se le está prestando una enorme atención y con respecto al cual la preparación de las elecciones municipales y de las próximas generales va a ser decisivo.

La situación actual es de una consolidación seria de los dirigentes locales y de los comités de agrupación y locales. Los comités comarcales van algo retrasados, pero en vías de constituirse como un gran apoyo del Comité Provincial.

MAYO



MARTA R. DE QUIJANO

Yo quería decir lo que he observado en las agrupaciones de las ciudades grandes frente a lo que es una agrupación de pueblo. En una agrupación de un pueblo, donde se reúne el conjunto de comunistas del pueblo, tenga el número de militantes que tenga y tenga la población que tenga; ese conjunto de militantes intentan resolver los problemas que tiene ese pueblo, desde la sanidad a la alternativa al ayuntamiento, a lograr fiestas populares, y discuten al mismo tiempo la política del partido y su intervención es no solamente en la elaboración de esa política, sino en la alternativa socialista que ellos intentan configurar para su pueblo y para dar respuesta a los problemas que tienen.

Personalidades diferentes, profesiones diferentes, grados de concienciación diferentes, grados de militancia diversos que se dan en la agrupación son los elementos necesarios para abordar los diferentes problemas. Pero cuando se trata de la agrupación de una ciudad parece que cuesta ver cómo al influir en los problemas que abarca ese territorio, influyen directamente en el conjunto de la ciudad.

Para superar esto debemos ver que la territorialización no solamente se dirige al movimiento ciudadano, sino que la territorialización implica definir un área donde cualquier profesional, cualquier persona, cualquier militante del partido, con la profesión que tenga: trabajador, obrero, jornalero, etc., va a tener un cauce para dar sus opiniones, y sobre todo para elaborar también la política del partido. Otro problema que a mí me preocupa, y que ha tocado Tejero, es el de los locales del partido. Está clarísimo que los locales del partido no deben ser el coto cerrado donde los comunistas se reúnen y nada más. Pero hay otra tendencia, que es abrir el local del partido para que se hagan allí campeonatos de ajedrez, por poner un ejemplo. Me parece que debemos ver el local del partido en sus justos términos. Yo creo, que actividades recreativas claras, donde realmente tienen salida es creando en ese territorio casas de cultura, o una cosa similar, para que el barrio en su conjunto pueda participar en ello. El local es un sitio de

debate para el partido o para fuera del partido, para otros partidos políticos, para atraer al conjunto de la población de ese territorio a discutir, a hablar, a tener cultura, a una serie de cosas que no son realmente las más recreativas. El problema está en delimitar bien lo que es un local del partido, no coto cerrado a los comunistas, sino lugar abierto, centro de reunión, de discusión, e incluso lugar de campeonatos de ajedrez, pero sin olvidarnos de la lucha cultural, favoreciendo que el barrio, el territorio ése, tenga sus centros recreativos propios.

PILAR BRABO

Yo quería hablar sobre el tema de la militancia de los profesionales, porque creo que la territorialización ha sido absolutamente positiva y saludable, de cara también a los profesionales. Lo que ocurre es que nos estamos enfrentando con problemas que son bastante profundos y que no están originados por el paso de la sectorialización a la organización territorial del partido, sino por la necesidad de una nueva dinámica de la lucha de los profesionales que todavía no hemos sido capaces de definir y que, al mismo tiempo, hay una serie de problemas objetivos que hacen difícil que se defina en tanto en cuanto no se haya producido la democratización de los ayuntamientos, pero no solamente de los ayuntamientos, sino de todo el conjunto de la sociedad. Esto lo quería ejemplificar, sobre todo en el caso de los enseñantes. En Madrid, por ejemplo, se ha producido una gran desbandada de enseñantes al pasar de la sectorialización a la territorialización. Entonces ¿qué ocurre? Pues, ocurre que antes la lucha de los profesionales era mucho más sencilla, porque, era una lucha, fundamentalmente, reivindicativa y casi era una lucha sindical. Es decir, la actividad del partido en el campo de la enseñanza era casi una lucha sindical por los problemas reivindicativos, de salarios, de horarios de los profesores. Este año, realmente, no ha habido tampoco mucho espacio político para una dinámica de nuevo tipo en la lucha de los enseñantes. Pero ese

espacio va a empezar en el momento en que, por ejemplo, exista una ley sobre el estatuto de centros que, a pesar del intento de UCD de que sea lo menos democrática posible, va a tener que ser una ley que va a concebir la enseñanza de otra manera y que va a plantear que, los poderes públicos ya no son el ministerio, sino que son los órganos de participación de los centros y en ellos las asociaciones de padres de alumnos y las asociaciones de profesores. Entonces se plantea que la batalla por la enseñanza y la batalla por la hegemonía del partido en la enseñanza, aparecen a un nivel distinto y nuevo que ya no es el nivel de una política hecha en el Parlamento, sino que es un nivel de dar la batalla en cada centro escolar, en cada sitio concreto, y de darla, los profesores mas los padres de alumnos, contra una serie de concepciones que va a haber allí y que van a hacer necesaria una práctica política de nuevo tipo. Pero claro, eso lo que plantea en el fondo es un cambio total de lo que tiene que ser la militancia del profesional que ya no va a ser únicamente la lucha por la defensa de sus intereses como cuerpo o como lo que queramos definirla, sino que sobre todo va a ser la batalla que tiene que dar un partido obrero, un partido de clase, un partido revolucionario, dentro de un determinado aparato como es el de la enseñanza y que va a exigir unos niveles de colaboración con todas las capas diferentes de población que están ahí, y la imbricación de esas capas en lo que tiene que ser un centro escolar distinto. Pongo este ejemplo porque es algo que estoy viviendo estos días de una manera muy viva en la medida en que veo como va avanzando todo el proyecto de estatuto de centros, pero me imagino que se plantea lo mismo en la sanidad o en cualquier otro tema. El tema de fondo es que tenemos que saber definir la nueva práctica política de los profesionales en todas las batallas relacionadas con nuestra estrategia eurocomunista y que, en fin, esto no se va a hacer con receta, va a ser un proceso difícil. En definitiva, lo que yo quiero decir es que el problema no ha estado únicamente en el paso de la sectorización a la agrupación territorial, sino que el problema está en la definición de

un nueva dinámica de las capas profesionales que pasan forzosa-mente por la agrupación territorial y pues ahí es donde tenemos que investigar y que intentar sacar soluciones.

JOSE LUIS MALO

Un pequeño desacuerdo con la última intervención de Pilar. En lo fundamental estoy de acuerdo, pero pienso que, sin embargo, se plantean problemas cuando la territorialización se entiende no como un proceso político, sino como un proceso puramente organizativo, es decir, cuando la territorialización se entiende como la mera disolución de las organizaciones sectoriales para que estas pasen a las territoriales y ya allí en las territoriales, los comités respectivos empezarán progresivamente a entender de los problemas también sectoriales integrados en una política global del partido. Eso supone unas complicaciones que era necesario pasar por ellas, supone también que se sepa afrontar las limitaciones que los propios comités están demostrando para poder resolver ese tipo de problemas. Yo no creo que sea un problema estrictamente político, como tampoco creo que sea un problema fundamentalmente organizativo. Es un problema fundamentalmente político, pero que también hay que buscarse medios para su resolución organizativa. Desde mi punto de vista, la idea que yo apuntaba antes y que es muy coherente con lo que nos ha explicado el camarada Celestino del PSUC, es lo que permite encuadrar en esa nueva concepción de la agrupación. Sobre el tema de los locales del partido, el problema no es tanto iconográfico o de imagen, yo creo que el problema es de la propia concepción de la agrupación y de esta concepción proyectada sobre el lugar de la actividad política de la agrupación. Es decir, entre la agrupación concebida como *ghetto* de los comunistas y por tanto el local como centro de autoafirmación de los comunistas, a la agrupación entendida como núcleo de la realización y el



boración de la propia política del partido.

ALFREDO TEJERO

Una única cosa sobre este tema y para no meternos en un callejón sin salida. Yo creo que tenemos el riesgo de caer en la polémica del partido, concepción integral de la vida, donde se hace la política, se juega al ajedrez, se lleva a los niños a que vean a Charlot, se juega a las cartas, se toma el café y en fin, poco menos que duermen allí; y la otra concepción, que aquí se viene, solamente, a discutir de la política general y lo demás lo vamos a hacer fuera a través de las organizaciones de masas, en los centros culturales, etc. Existe el riesgo de plantear la polémica en esos niveles sin ser consciente de que acabamos de salir a la democracia, de que la creación de toda esa red social pasa por que realmente las masas se autoorganicen a muy diversos niveles, y mientras eso ocurre, el partido va a tener que responder. Aquí entro en la concepción que he planteado inicialmente de que el partido además de ser un partido político estrictamente, es también una organización política de masas donde la gente quiere también ejercitar determinado tipo de actividades y que no se les puede decir «mira pues crea un centro cultural o crea esto». No se puede

ir por la vida con planteamientos idealistas de decir esto es lo que debería ser y por tanto plantearse dar un salto de diez metros, cuando en realidad las piernas solamente te pueden dar para un salto de dos metros.

CELESTINO SANCHEZ RAMOS

Una cuestión que es muy importante con respecto a la agrupación es la experiencia de creación de grupos de trabajo de la agrupación para fábricas pequeñas que no tienen la posibilidad, ni la tendrán nunca, de crear agrupaciones de comunistas. La necesidad de que el partido, organizado, influya ahí, hace aparecer la necesidad de que la agrupación territorial donde esa fábrica está colocada, cree un grupo de trabajo para incidir y para dar caña ahí. Con respecto a los locales, una cuestión importante. Una agrupación de comunistas de Mataró, del barrio de Sardanyola, tienen un club de artes marciales, y allí arrastran a 800, 800 personas que participan en el rollo éste. Ahora, ¿artes marciales vamos a hacer en los locales del partido? No. En la vida. Pero allí sí. Entonces yo pienso que lo fundamental es saber adecuar el local del partido a la realidad, a las necesidades que van apareciendo entre las masas. Y puede haber uno donde haya ajedrez,

pero en otro quieres meter ajedrez y te mandan a un sitio que sé yo. Yo pienso que el elemento central es adecuar el local del partido a la tarea que el partido debe realizar, que es entroncarse en las masas.

DANIEL IRIBAR

La forma de plantear la reunión con estos tres temas, creo que ha producido un cierto aislamiento entre las preocupaciones de la primera parte fundamentalmente; la segunda tenía su entidad propia, y las preocupaciones propias de esta tercera parte. Por ejemplo, hay todo tipo de problemas que no hemos tocado, en la actividad de los sectores profesionales a nivel de agrupación, en esos grupos de trabajo, en los grupos de trabajo de fábrica, no se nos está pidiendo solamente una política para que todos los niños estén en la escuela, sino se nos está pidiendo un concepto nuevo de enseñanza, un función social nueva, de la sanidad, etcétera. Entonces, yo creo que en este terreno, también a nivel de agrupación, hay un gran campo para

la actividad ideológica, cultural, etcétera del partido.

MANUEL AZCARATE

Yo creo que aparece una cuestión clara y es que la agrupación del partido es una forma compleja de organización. Y ha habido una tendencia, que en muchos casos ha creado dificultades, a no desarrollar, impulsar toda esa complejidad que tiene, flexibilizando la agrupación, logrando que la agrupación tenga un flexibilidad para adecuarse a los problemas específicos diversos que puede haber en la zona en trabajo. Esa es la condición también para que pueda ser motor impulsor de eso que llamamos democracia de masas, formas de organización de masas, en esos lugares. Porque, por ejemplo, tomemos lo de la sanidad. Yo creo, que está muy clara la idea de que en la medida en que se cree un grupo de trabajo, que asuma ese problema en su complejidad, va a desarrollarse en torno al partido, impulsado por el partido, un movimiento muchísimo más amplio que va a ir planteando

qué forma va a tomar a nivel de barrio, a nivel de ciudad, el planteamiento de la sanidad. Y eso va a crear ese entramado democrático en que las masas se van a organizar en torno al problema de la sanidad y a otros problemas. En cierto modo la capacidad de la agrupación de flexibilizarse, de crear formas que aborden problemas concretos, es esencial para hacer que el partido sea ese impulsor del protagonismo de masas en todos los aspectos. Y el segundo aspecto que yo quería tocar es el problema de la información, de asegurar un tipo de debate y una relación mucho más rica, entre las agrupaciones y los órganos del partido superiores, etcétera. Los diversos ejemplos que se han citado hoy plantean eso como un problema esencial. Yo no sé si las soluciones concretas que propone la ponencia son siempre posibles, pero en todo caso yo creo que es una de las grandes debilidades que tenemos. La mayor parte de las agrupaciones están marginadas de los problemas reales que el partido plantea y, evidentemente, por culpa de reales vehículos de comunicación.

EL VIEJO TOPO

EXTRA N.º 4

LOS PARTIDOS, LA IZQUIERDA Y LA MILITANCIA

Su pasado, su presente, su futuro y sus límites

Con artículos de:

José Elizalde, Manuel Izquierdo, Antón Pannekoek, Umberto Da Cruz, Manuel Pérez Ledesma, El Cubri, Jorge Semprún, Sergio Vilar, I. Fernández de Castro, Luis Ramírez, Julio Rodríguez, Aramberri, Manuel Vázquez Montalbán, Javier Maqua y Josep Vicent Marques.



PRECIO DE VENTA: 100 PTAS.

Suscripción anual:
500 ptas. (seis números).

Redacción y Administración:
Ramblas, 130, 4.º BARCELONA-2.

Entrevistas

Continuamos en esta sección de NUESTRA BANDERA la publicación de textos extranjeros que forman parte del debate que se desarrolla actualmente sobre los problemas del movimiento revolucionario a escala europea e incluso internacional.

Queremos dejar muy claro el propósito que nos guía con esta publicación.

En la etapa actual de crisis de las estructuras políticas, ideológicas, que conformaron la recuperación neocapitalista de la posguerra, se abren una serie de interrogantes sobre cuáles son las principales características del actual momento internacional, las nuevas formas que está tomando la lucha revolucionaria en diversos lugares del mundo.

Es evidente que la visión maniquea, que durante mucho tiempo ha caracterizado la actitud de los partidos comunistas, está superada. No existe hoy en el mundo un país, un conjunto de países, que sean ejemplo y modelo para los revolucionarios que quieren acabar con los errores del capitalismo, con la explotación capitalista. Para ser más precisos: sería simplista, erróneo, considerar, por ejemplo, que la suerte del socialismo como proceso mundial está ligado a la potencia militar del Pacto de Varsovia. Igualmente sería absurdo cristalizar en el Pacto Atlántico la realidad del imperialismo en su fase contemporánea. Entre el Pacto de Varsovia y el Pacto Atlántico existe algo así como una recíproca capacidad de destrucción ilimitada, de aniquilamiento de la humanidad. Pero capacidad de destrucción no significa capacidad de creación.

En nuestra opinión, una de las características precisamente más importante del período actual es la forma en que empieza a manifestarse cierta crisis de la bipolaridad típica de la posguerra, cómo aparecen, al margen de la balanza militar congelada de los dos bloques, una serie de factores políticos e ideológicos, cuyo peso en la vida internacional es cada vez más importante. Las tendencias a una Europa Occidental independiente, con capacidad de actuar en los proble-

mas mundiales, sin estar subordinada ni a Estados Unidos ni a la URSS. El nuevo papel de China, potenciado, sin duda, después de la conclusión del tratado de paz con el Japón. El gigantesco cambio que se está operando en África con el hundimiento del colonialismo. El papel cada vez mayor que está llamado a desempeñar el movimiento de los países no alineados. Todo esto nos presenta un horizonte de vida internacional pluripolar, y con esta perspectiva, las fuerzas revolucionarias en cada país, y, para nosotros, a escala europea también, tenemos que plantearnos cómo contribuir a un proceso de afirmación de las fuerzas revolucionarias, socialistas, de liberación nacional, de solidaridad creciente entre todos los sectores que, independientemente de sus diferencias sobre muchas cuestiones, incluso importantes, coinciden, sin embargo, en objetivos antiimperialistas de defensa de la paz, de la cooperación entre los pueblos, de apertura a un futuro socialista.

Por eso queremos presentar en nuestras páginas, de una manera abierta y flexible, una diversidad de puntos de vista que ayuden a reflexionar a nuestros lectores sobre los problemas tanto del proceso revolucionario en los países capitalistas y en las zonas del Tercer Mundo como sobre las contradicciones y problemas que surgen en el seno de los países que han destruido el sistema capitalista.

Creemos que dentro de esto, a partir de este ángulo de visión, se comprenderá mejor por qué hemos incluido en esta sección tanto un texto de Berlinguer, contribución esencial a definir lo que es hoy el eurocomunismo, como las opiniones de un dirigente del MAS de Venezuela y, asimismo, un estudio del historiador soviético Medvedev sobre la situación actual en el seno del partido bolchevique.

Son, sin duda, textos heterogéneos, pero no tanto como pudiera parecer a primera vista.

Entrevista con Enrico Berlinguer*

Secretario del Partido Comunista Italiano

«Han sido seis meses terribles», nos ha dicho Enrico Berlinguer durante la larga entrevista que hemos tenido con él en su oficina de la calle Botteghe Oscure. «El secuestro y posterior asesinato de Moro, las dificultades del orden público, la crisis en el Quirinal... Hemos pasado horas terribles y hemos asumido grandes responsabilidades cuando se ha tratado de escoger, junto con las demás fuerzas políticas, qué camino era necesario seguir para garantizar la seguridad de la República.»

La conversación con el secretario del PCI ha durado alrededor de tres horas y en ella se han tocado todos los principales temas de actualidad. El del leninismo sobre todo, en cuanto constituye hoy el punto sobre el cual se concentran las críticas y las peticiones de aclaración que, desde muchas partes, se hacen a los comunistas. Se ha tratado, además, la postura del PCI en relación con la unificación económica y política de Europa, las relaciones con el partido socialista, con el Gobierno Andreotti, el «compromiso histórico», el capitalismo...

La pregunta central ha sido: «¿Usted es leninista? ¿El PCI es un partido leninista?» Y la respuesta ha sido: «Si por el término leninista se quiere entender una especie de manual de reglas doctrinales, un bloque de tesis petrificadas en fórmulas escolásticas que hay que aplicar acríticamente, entonces contesto que no

somos leninistas de esta manera, aunque me doy cuenta que hoy muchos querrían que lo fuésemos o consideran que lo somos.»

P.—Señor Berlinguer, ¿qué es para vosotros, comunistas italianos, el leninismo?

R.—No es fácil resumirlo en una entrevista. Diría que es la compleja herencia que nos ha dejado un gran revolucionario ruso y europeo a lo largo de treinta años de lucha política e ideológica llevada a cabo por él como intelectual y dirigente de partido, como periodista y pensador marxista, como combatiente y organizador, como hombre de gobierno y líder internacional. No se puede considerar ni fijar por separado los diferentes lados de la personalidad de Lenin ni los diferentes momentos, cada uno de los aspectos y los sucesivos desarrollos de su elaboración teórica y de su (conducta) práctica. El suyo es un patrimonio muy rico y complejo, del que nos sentimos continuadores, pero también críticos e intérpretes, justamente porque valoramos el período y las circunstancias históricas en que se expresaron y se fueron desarrollando su pensamiento y su acción.

P.—¿Usted es leninista? ¿El PCI es leninista?

R.—Si por el término leninismo (o con la expresión «marxismo-leninismo») se quiere entender una especie de manual de reglas doctrinales concebidas de modo estático, un bloque de tesis petrificadas en fórmulas escolásticas que se tendrían que aplicar

acríticamente en cualquier circunstancia de tiempo y de lugar, entonces se cometería la máxima injusticia contra el mismo Lenin (no digamos contra Marx), se deformaría la sustancia de sus enseñanzas políticas, no se lograría comprender ni verificar en nuestro tiempo, por lo que respecta a lo que se puede verificar, la lección que nos ha dado. Nosotros no somos leninistas de esta manera, aunque me doy cuenta que hoy muchos querrían que lo fuésemos o consideran que lo somos justamente de esa manera conformista.

P.—Entonces, ¿de qué manera lo sois?

R.—El Partido Comunista Italiano ha nacido sobre la ola de la revolución proletaria de los soviets y por impulso de Lenin, para reaccionar y para poner fin a una confusión de ideas y un vacío político en que de hecho habían acabado, bajo la dirección del partido socialista, la clase obrera y las masas trabajadoras italianas, sobre todo apenas terminada la primera guerra mundial.

Con la escisión de Livorno nacimos para dar vida a un núcleo de combatientes proletarios que tenían fe en la revolución mundial y en la italiana. Nacimos de la manera que fue posible históricamente. Una manera, como ya se sabe, que fue después criticada por Gramsci y por Togliatti. En el «Ordine Nuovo» de 1924, Gramsci escribió: «Tras la escisión de Livorno, hemos entrado en un estado de necesidad. Tan sólo podemos dar esta justificación a nuestras actitudes, a nuestras actividades después de la escisión.» Y la necesidad era la de «la lucha física para defenderse del asalto fascista, para conservar la estructura primordial de ese partido que apenas acababa de nacer». Las circunstancias, en suma, y la concepción «bordighiana», que predominaba entonces, empujaron al partido comunista a cerrarse, a asumir un carácter, una dirección sectaria y esquemática, a ser una organización de tipo «militar» en vez de política, directa y que funcionaba, como dijo Togliatti, «mediante la codificación de ciertos límites que la estrategia y la táctica del partido no tendrían que superar nunca, según una visión formalista y jurídica de la realidad.

* «La República», 2 de agosto de 1978. Eugenio Scalfari. Traducción de María Isabel Fierro.

Desde Hegel y Marx se ha ido hacia atrás, a Kant y al kantismo».

Este sectarismo y abstraccionismo iniciales fueron abiertamente criticados y repudiados por el mismo Lenin, el cual muchas veces polemizó con Bordigha y el «bordighismo»: éstos entran en crisis hacia final de 1923 y fueron contestados abiertamente en la primera conferencia de partido, en mayo de 1924. Con esta conferencia se da inicio a la formación y a la constitución en torno a Gramsci del grupo dirigente del partido, que prevalecerá en el III Congreso (que tuvo lugar en enero de 1926, en Lyon) y que afirmará esa nueva orientación de ideas y de la práctica —que es la que, con sus sucesivos desarrollos, llega hasta hoy—, derrotando a las posturas que estaban llevando al partido (son otra vez palabras de Togliatti) a «transformarse en una secta anquilosada de talmudistas, separados de cualquier desarrollo real de los acontecimientos y que intentaban «encerrar dentro de un estrecho marco el impulso revolucionario de las masas».

He aquí la lectura que Gramsci y Togliatti hacen de Lenin para guiar una operación política en Italia, que se pone en movimiento a partir de un hecho de importancia histórica mundial, como fue la Revolución rusa del 17, pero que se enriquece y se precisa de año en año (aunque sea con dificultad, con momentos de paralización e incluso de retroceso y entre numerosos contrastes) con caracteres peculiares, tanto políticos como ideológicos.

Efectivamente, en la elaboración y en la conducta del partido, que de «bordighiano» pasa a ser «gramsciano», entran, aunque no de modo ecléctico, Marx, Engels y Lenin y entran también Macchiavelli, Vico, Cavour, Antonio Labriola, el filón de los «meridionalistas», pero sobre todo entran el estudio atento de las fuerzas que se mueven y chocan entre sí en la sociedad italiana y en el mundo y el continuo esfuerzo por mantener siempre —en las condiciones dadas— los lazos más sólidos y amplios con el movimiento concreto de las masas trabajadoras y populares. Es la visión de la historia de nuestro país y del mundo, no como historia de grupos de intelectuales o de grupos domi-

nantes, sino de las clases subalternas y de los pueblos que luchan para renovar su propia sociedad nacional y para liberar a toda la humanidad.

Por un lado, efectivamente, es un partido que sabe colocarse en las condiciones necesarias para poder medir y verificar paso a paso la validez de sus orientaciones teóricas y prácticas, y, por tanto, poder poner al día continuamente las formulaciones en las que están presentes los principios y los ideales que ha tomado de sus maestros revolucionarios, esos principios e ideales que lo caracterizan como partido comunista. Por otro lado, es un partido que sabe llevar a la clase obrera a abrirse y a construir para sí un sistema de relaciones y de alianzas políticas y sociales y de confrontaciones de ideas lo más amplio posible. Mantiene, por consiguiente, su propia identidad de partido, pero busca siempre una unidad con fuerzas diferentes por un deber de transformación. También Lenin desarrolló críticamente y renovó cualitativamente a Marx. Así lo hicieron Gramsci y Togliatti con Lenin y así hoy nos esforzamos por seguir haciéndolo nosotros.

P.—*Sin embargo, hay que tener presente que en el estatuto de su partido está el artículo 5, que señala, entre los deberes del militante, el estudio y la aplicación de las enseñanzas del marxismo-leninismo. Tengo en cuenta que usted lo considera una doctrina cumplida. Por tanto, usted, señor Berlinguer, cuando habla de «aggiornamento» y de innovación de su partido está en contradicción con lo que dice el Estatuto del PCI.*

R.—Esa parte del Estatuto ha permanecido tal y como fue compilada hace muchos años y, por consiguiente, la formulación de ese párrafo del artículo 5 no es la adecuada, pues puede hacer pensar que el «marxismo-leninismo» existe como un cuerpo doctrinal inmóvil y concluido. Por lo que se refiere a la frase en la que se habla de «marxismo-leninismo», ésta debería ser sustituida por una formulación diferente en la que todo nuestro patrimonio ideológico se expresase de modo más correcto y actualizado.

RAICES ANTIGUAS DEL ESTALINISMO

P.—*¿Quién tiene que decidir en esta cuestión?*

R.—El próximo Congreso.

P.—*Pero, en suma, ¿sois leninistas o no lo sois? No se trata de una curiosidad personal, es un problema con el que tenéis que enfrentaros en la actualidad.*

R.—*¿Está usted seguro? ¿Está usted realmente seguro que actualmente, en 1978, después de todo lo que ha sucedido y sucede en Italia, en Europa, en el mundo, el problema con el que tenemos que enfrentarnos nosotros los comunistas sea justamente el de contestar a la pregunta de si somos leninistas o no? Y no me refiero a usted, sino a todos aquellos que nos hacen esa pregunta. ¿Conocen ellos verdaderamente a Lenin y al leninismo? ¿Saben realmente en qué consiste cuando hablan sobre ello? Me permito ponerlo en duda. De todas formas, a mí me parece completamente viva y válida la lección que nos ha dado Lenin al elaborar una verdadera teoría revolucionaria; es decir, yendo más allá de la «ortodoxia» del evolucionismo reformista, exaltando el momento subjetivo de la iniciativa autónoma del partido, luchando contra el positivismo, el materialismo vulgar, la expectativa mesiánica, vicios propios de la socialdemocracia, dando paso, en cambio, a las fuerzas proletarias de la renovación y de la liberación que luchaban en Rusia y en todo el mundo. Es válida la lección de Lenin, que ha logrado romper el dominio y la unidad mundial del sistema capitalista, imperialista y colonial, del Lenin que luchó en cada rincón de Europa por la paz y contra la guerra, del Lenin que descubrió lo decisivo de la alianza del proletariado industrial con los campesinos pobres y que, aun pocos meses antes del octubre de 1917, «en aquella situación tan enardecida, no excluía la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución socialista y el mantenimiento de una pluralidad de partidos» (son palabras de Togliatti del año 56), del Lenin que concebía el socialismo como la sociedad que de-*

bía realizar la democracia en toda su acabada plenitud.

P.—*¿También el Lenin del centralismo democrático, el Lenin que ha sofocado el debate político y las disensiones organizadas en el interior del partido y en la sociedad soviética?*

R.—Hay que matizar. Es cierto que ya en la parte final de la vida de Lenin, es decir, antes de la subida al poder de Stalin, empieza a tener lugar una limitación de las disensiones internas, y nosotros no dudamos en criticar y desaprobar este hecho. Pero no hay que olvidar que Lenin ha sido quien ha asociado a la dirección del partido y del poder soviético a personalidades como Zinoviev y Kamenev, que antes se habían enfrentado con su línea e incluso contra la insurrección de los soviets en octubre del 17. Y, por lo que se refiere al centralismo democrático, acabemos con las deformaciones fáciles. De cualquier modo, dejemos de identificarlo con las degeneraciones del «centralismo orgánico» y del «centralismo burocrático» que ha sufrido sucesivamente, pero que no tienen nada que ver con el centralismo democrático tal y como fue concebido y actuado por Lenin; es decir, no como unanimidad preventiva, sino como un método para asegurar, *al final*, la indispensable unidad en la orientación y en el trabajo concreto del partido: es decir, *después* de que las posibles diferentes posturas se hubiesen expresado libre y democráticamente, la postura mayoritaria se convertiría con toda justicia en la postura de *todo* el partido. El centralismo democrático no fue ni debe ser concebido, por tanto, como una norma cuya misión es ahogar la libertad de opinión en el interior del partido, sino como la norma que garantiza, una vez que ha finalizado el debate democrático interno, la condición elemental por la cual un partido está en situación de actuar con eficacia; es decir, con unidad y disciplina.

Además, hay que tener presente que un caso aparte es la aplicación correcta de *este* centralismo democrático en un partido de cuadros, que es lo que era el partido bolchevique, y otro caso es su aplicación en un partido de masas, como es el nuestro, en el que, estructuralmente,



es más vasta la dimensión y la articulación democrática y donde cada militante no sólo puede expresar su opinión, sino que también puede pedir, en las instancias fijadas por los estatutos, que se vote y se decida democráticamente; es decir, por mayoría, una propuesta suya.

P.—*Por consiguiente, usted no reniega de Lenin...*

R.—¡Por favor! Quiero añadir, sin embargo que mi respuesta no quiere ser ni debe ser entendida como una respuesta maniquea o apologética por partidismo. Nosotros, los comunistas italianos, tenemos unas peculiaridades propias, una elaboración teórica nuestra, una historia propia. Desde que hemos nacido, en nuestra experiencia, en nuestros análisis y búsquedas, en nuestras batallas, Lenin ocupa un lugar muy importante, pero de ningún modo exclusivo ni dogmático. Quien nos pide que emitamos condenas o que abjuremos de la historia y, en concreto, de nuestra historia, nos pide algo que es al mismo tiempo imposible y una tontería. No se reniega de la historia: ni de la propia, ni de la de los demás. Se intenta comprenderla, superarla, crecer, renovarse en la continuidad.

Los pasos hacia adelante en la adecuación y puesta al día de nuestra línea y conducta política los hemos llevado a cabo sin romper con nuestro pasado peculiar, sin separarnos de nuestros orígenes, sin cortar nuestras raíces, sin hacer el vacío a nuestras espaldas; por el contrario, desa-

rollando nuestro gran e irrenunciable patrimonio teórico e ideológico, acumulado a lo largo de ciento treinta años de luchas de los movimientos revolucionarios nacidos con el manifiesto comunista, esforzándose por no despegarnos de la realidad italiana, por comprender y transmitir el sentido y la dirección de nuestra historia nacional, por expresar, en los nuevos tiempos, lo mejor de nuestras tradiciones culturales y conquistas civiles. Decía Macchiavelli: «Si las repúblicas y las sectas (es decir, los actuales partidos) no se renuevan, no duran. Y la manera de renovarlos es reconducirlos hacia sus principios.»

P.—*Pero, al principio, vosotros, comunistas italianos, queríais actuar siguiendo el modelo ruso, no buscabais un camino diferente, autónomo, original o incluso, como usted dice, inexplorado.*

R.—Sí, sobre todo desde 1921 hasta 1924, el PCI se comportó como usted dice: era casi inevitable. Le recuerdo, sin embargo, que quien pidió que los «soviets» fuesen instituidos en seguida en toda Italia (no recuerdo bien si con decreto gubernamental) no fue Gramsci ni Togliatti, sino aquel «demagogo sin principios» que responde al nombre de Nicola Bombacci. De cualquier modo, la línea seguida en un principio fue la que usted dice. Aquella elección fue la consecuencia de un determinado error de extremismo (en el que por otra parte incurrieron casi todos los partidos comunistas europeos); es decir, se quiso exportar y

transplantar el leninismo sin tener en cuenta las condiciones políticas, económicas y sociales específicas en las que había podido triunfar, se quiso transferir los métodos de la conquista del poder por vía insurreccional por parte del proletariado de la Rusia de los zares al occidente, desde el «punto más bajo» al «punto más alto» del sistema capitalista. Fueron necesarios unos veinte años para superar completa y totalmente este error extremista. Cuando Togliatti desembarca en Salerno en marzo de 1944 dice con gran claridad que en Italia nosotros, los comunistas, no nos pondríamos el objetivo de «seguir el modelo ruso». La elección que debía realizar la clase obrera italiana no era el «soviet», sino el Parlamento. Y, gracias al PCI esa ha sido la elección, hasta el fondo.

EL PCI NO NECESITA EXAMENES

P.—*Usted está describiendo una historia de autonomía que, por el contrario, también ha sufrido largas interrupciones.*

R.—Usted tal vez alude a la que va desde la creación del Kominform y desde la condena de Tito, en 1948, hasta nuestro VIII Congreso, en 1956. Efectivamente, en ese período, hubo un cierto debilitamiento en la afirmación de nuestra autonomía y originalidad —es decir, en la teorización explícita de la vía italiana al socialismo— en relación al movimiento comunista internacional. Pero no olvidemos que era la época de la guerra fría. Aun así, también durante aquellos años, la conducta política del PCI ha sido siempre coherente con la defensa de los intereses nacionales, de la democracia y de la unidad de las masas populares y de las fuerzas democráticas, y ha llevado a la elaboración de importantes posiciones nuevas, como las formuladas y apoyadas por Togliatti en las batallas para la defensa del Parlamento (1953), en la defensa de la paz contra la amenaza atómica, por el encuentro entre el movimiento comunista y el mundo católico. Los compañeros del PSI

tuvieron en aquellos años la misma experiencia. Con el Congreso de 1956 nuestra estrategia autónoma tuvo un relanzamiento y alcanzó nuevos desarrollos también en el plano ideológico, en concreto en la concepción y en la práctica del internacionalismo.

P.—*Usted ha dicho hace poco que la pregunta sobre su leninismo es un pretexto...*

R.—Personalmente, considero que es una provocación.

P.—*¿Por qué?*

R.—La verdad es que se teme que la presencia de *este* Partido Comunista Italiano modifique los viejos equilibrios de poder de nuestra sociedad y en nuestro Estado, que la entrada de la clase obrera en las instituciones (y hasta los máximos niveles), de las que se la ha mantenido siempre alejada con todo tipo de violencias legales e ilegales, liquide privilegios antiguos y nuevos. Para impedir que se cumpla este proceso, que a pesar de todo está muy avanzado, se recurre al intento de exorcizar al partido comunista. Se le quiere hacer un examen de democracia. De ahí vienen las preguntas sobre el leninismo. En realidad, nuestros examinadores quieren oírnos decir que nuestro partido, en cuanto partido comunista, no es legítimo en Italia. En otros países, el partido comunista ha sido puesto fuera de la ley: se desea que aquí sea puesto fuera de la ley por nosotros mismos. Querrían oírnos decir: nos hemos equivocado al nacer, viva la socialdemocracia, única forma de progreso político y social. Entonces nuestros examinadores nos dirían muy satisfechos: «la respuesta es exacta, disolved el partido y volved a casa».

ES PREOCUPANTE LA NUEVA ESTRATEGIA SOCIALISTA

P.—*Señor Berlinguer, ¿quiénes son los examinadores?*

R.—Durante muchos años ha sido principalmente la DC quien se ha

arrogado ese papel, y la parte más reaccionaria de la burguesía italiana, junto con esas centrales internacionales que tenían a Italia bajo su tutela. Tengo que decir que desde hace algún tiempo el grupo dirigente democristiano ha atenuado un poco, aunque sin abandonarla, esta vocación examinadora y también grupos importantes de la burguesía productiva ven las cosas con ojos más atentos. Quedan fuertes e injustos vetos internacionales. Y existe ahora una nueva vocación por hacernos un examen por parte del actual grupo dirigente del Partido Socialista Italiano. Este hecho es nuevo. No vacilo en decir que se trata de un hecho preocupante.

P.—*¿Cómo lo explica?*

R.—¡Oh!, lo explico y lo entiendo. El partido socialista ha tenido sus errores y los ha pagado caros. Era una gran fuerza de la izquierda italiana; todavía en 1946 era el primer partido de la izquierda. Después ha declinado, mientras que nosotros hemos ido hacia adelante. Las razones son variadas, pero algunas se remontan a hace bastantes años. El socialismo italiano, lo he mencionado ya, no ha construido una cultura propia autónoma respecto a las corrientes burguesas ni una propia estrategia autónoma de clase. Ha sido un poderoso movimiento que, hace cien años, fue el primero en despertar la conciencia de los proletarios iniciando un gran proceso de liberación humana y política. Esta es su grandeza. Sin embargo —a pesar de sus notables aportaciones culturales y políticas—, al partido socialista le ha faltado una elaboración teórica adecuada. En el plano cultural ha vivido, como lo podría decir, de restos, eclécticamente, mezclando positivismo, reformismo, anarco-sindicalismo, maximalismo. Pero hay también una peculiaridad del socialismo italiano, un importante aspecto positivo respecto a los otros partidos socialistas de Europa occidental. Consiste en que no se ha identificado nunca con las socialdemocracias europeas del tipo alemán o inglés.

Si analizamos el período posterior a la Liberación, el PSI, tras una época de estrechas relaciones unitarias con nosotros, empezó a reivindi-

car una autonomía que nadie había amenazado, y sucesivamente, a lo largo de esta línea, llegó al centro-izquierda y a la unificación con el PSDI, lo que le costó una seria pérdida de apoyos y de fuerza política. Esta experiencia indujo a los compañeros socialistas a realizar una serie de correcciones. Pero desde hace algunos meses hasta ahora, se diría que el PSI tiende a convertirse en el punto de referencia de un área neo-liberal, neo-socialdemocrática y también extremista. Veremos a dónde lleva todo esto. Pero ciertamente no somos indiferentes. El partido socialista es todavía un gran partido de las clases trabajadoras y, si se refuerza, es la izquierda italiana la que se refuerza. Pero si rompe la unidad de la izquierda, la que se debilita es esa izquierda. Ya ha sucedido. No queremos que sucediese nuevamente.

P.—*El partido socialista sostiene que, en el interior de la izquierda, las relaciones de fuerza deben cambiar.*

R.—Tienen derecho a auspiciarlo. No es esto lo que nos preocupa. Nosotros querríamos, sin embargo, que el crecimiento del partido socialista coincidiese con un fortalecimiento general de la izquierda y, por tanto, con un fortalecimiento de su unidad; nos parece, en cambio, que algunos compañeros socialistas piensan tan sólo en una redistribución en el interior de las masas de los votos de izquierda. Da la impresión que los compañeros del PSI se preocupan muy poco de este aspecto de la cuestión, de un fortalecimiento general de toda la izquierda, aspecto que es, sin duda, el esencial.

P.—*Algunos socialistas afirman que no estáis preparados para gobernar. Podéis participar en gobiernos de amplia coalición, pero no en una formación de alternativa de izquierda que se plantee como fuerza de gobierno. Sus preguntas sobre el leninismo nacen de este análisis.*

R.—He dicho ya que la cuestión de nuestra «legitimidad» democrática es un pretexto. Podría añadir que cincuenta años de historia del PCI, de antifascismo, de luchas democráticas, son pruebas de examen superadas con todos los votos a favor, sobre las cuales no se puede discutir. Respecto a las socialdemocracias euro-



peas, podría recordar que también ellas han tenido sus páginas negras. La socialdemocracia francesa hizo la guerra de Indochina, la de Argelia y el desembarco de Suez. Se tratan de acontecimientos que se han producido en los últimos veinte años. Dejémoslo estar. La debilidad de la propuesta de la alternativa de izquierda no depende del hecho de que en Italia existe un partido comunista más fuerte que el socialista. La alternativa de izquierda en Italia no es una solución estable y realista por otras razones.

P.—*¿Qué razones, señor Berlinguer?*

R.—En Italia existe una cuestión católica con caracteres absolutamente peculiares y existe una cuestión comunista con caracteres también peculiares; en Italia existe una burguesía y una clase obrera que no son la burguesía y la clase obrera alemana o inglesa o americana; y, por último, la Constitución italiana ha sido hecha por una unidad de fuerzas que le han dado y le dan un carácter diferente y más avanzado respecto a todas las Constituciones existentes hoy en día en los países capitalistas. Pero al mismo tiempo, en Italia, nos amenaza siempre el peligro de una coalición de fuerzas moderadas, conservadoras y de la derecha reaccionaria con bases de masas. Son éstas las razones que hacen que sea abstracta la postura de la alternativa de izquierda, y no el pretendido leninismo del PCI que lo impulsaría a

obstaculizar la alternativa apostando por el «compromiso histórico». Creo que los compañeros socialistas reconocen también, en los momentos de una atenta reflexión, estas verdades.

P.—*Se tiene la sensación que en los últimos tiempos usted ha echado bastante agua en su vino del «compromiso histórico».*

R.—Nada de agua. El «compromiso histórico» ha sido intencionalmente tomado por algo que no ha sido nunca. Se ha dicho: el PCI quiere ponerse de acuerdo con la DC y aplastar a todas las demás fuerzas políticas. Nosotros no hemos pensado nunca una imbecilidad semejante. En realidad, se ha construido una diana muy cómoda para poder disparar contra ella.

P.—*Señor Berlinguer, ¿puede por último explicarnos el «compromiso histórico» con pocas palabras, pero claras?*

R.—Bien. Nosotros sabemos que Italia es un país que necesita grandes transformaciones sociales, económicas, políticas: una profunda renovación de las estructuras, de la moral pública, de la organización social. Es imposible comenzar y llevar adelante estas transformaciones si no existe un acuerdo entre las grandes fuerzas sociales (obreros, burguesía productiva, campesinos, masas juveniles, mujeres) y políticas (comunistas, socialistas, católicos, laicos). Esta responsabilidad histórica no vincula ne-

cesariamente a todos a participar en la mayoría y en el gobierno. Son posibles cada vez fórmulas políticas, coaliciones de gobierno y mayorías diferentes. Siempre y cuando permanezca esa responsabilidad común, esa solidaridad nacional, ese esfuerzo de comprensión recíproca y siempre y cuando, sobre todo, se mantenga el compromiso común de transformar el país. Esto es el compromiso histórico. Y por ello afirmo que quien está contra el «compromiso histórico» esconde a veces, más o menos inconscientemente, un prejuicio anticomunista y el deseo de que el proceso de transformación no se realice o que no sea tan profundo y radical como nosotros juzgamos que es necesario.

ITALIA ESTA TODAVIA A MITAD DE CAMINO

P.—*Ponga atención, señor Berlinguer: usted excomulga de partida a quien no piensa como usted.*

R.—No excomulgo a nadie. Todas las posturas democráticas son legítimas y todas, de una manera o de otra, tienen que ser tomadas en consideración. Por otro lado, a pesar de que muchos, comprendido usted mismo, están en contra del «compromiso histórico», queda un hecho irrefutable: a pesar de todo, se han realizado notables avances por el camino político que nosotros hemos trazado.

P.—*El PCI, sin embargo, ha tenido que pagar cierto precio.*

R.—Usted se refiere evidentemente a las recientes elecciones administrativas. El 14 de mayo, en efecto, hemos sufrido sensibles pérdidas: estaba reciente la muerte de Moro, la emoción era grande y ello provocó un aumento de los votos de la DC; además, los sitios donde se votó estaban en el sur, donde la diferencia entre elecciones políticas y administrativas ha sido siempre notable para nosotros. En la vuelta del 25 de junio los resultados han sido diferentes. Sin embargo, no oculto que los resultados de las elecciones parciales administrativas y de los referén-

dum inducen a meditar y nos han llevado, de hecho, a realizar un examen crítico y autocrítico.

P.—*¿Por qué?*

R.—Porque hemos dejado durante algún tiempo que nuestra lealtad hacia la mayoría ofuscara nuestra crítica hacia el Gobierno y hacia la DC. Y, además, porque hemos estado, y estamos aún —como ha escrito usted varias veces—, «en el medio del vado»; es decir, a medio camino entre la oposición y el Gobierno. Pero ésta no es nuestra culpa: en esa situación se encuentra todo el país.

P.—*¿Ha terminado esta fase?*

R.—La cuestión de nuestra participación en el Gobierno permanece abierta. Ha terminado, de todas formas, la fase «excepcional» de la emergencia: el secuestro y la muerte de Moro, esos terribles días en los que, junto a los dirigentes de la DC, del PRI y de otros partidos, hemos asumido la responsabilidad de dar una firme respuesta al ataque de los terroristas contra la República, y después la prueba de los referéndum, y después el Quirinal... Han sido seis meses terribles. Ahora se ha abierto otra fase, la de la actuación del programa de gobierno.

Está el problema del «Mezzogiorno», de Nápoles, de la ocupación de los jóvenes, del saneamiento de la Hacienda pública. Seremos extremadamente rigurosos y exigentes en estos puntos. El Gobierno sabe que si el programa no es llevado a cabo en los tiempos y con los contenidos acordados nosotros estaremos dispuestos a salirnos de la mayoría. Si alguno piensa que estamos en la mayoría tranquilos y contentos porque en esa compañía nos «legitimamos», pues bien, habrá errado en sus cálculos. Estamos en la mayoría por un sentido de responsabilidad hacia el país y porque somos conscientes de que nuestra contribución es importante, pero no permaneceríamos si viésemos que la mayoría no está a la altura de los deberes y de los compromisos para los cuales ha sido constituida.

P.—*1979 será el año de Europa. Y usted ha dicho en la última reunión del Comité Central que el PCI ha*

hecho una elección europea definitiva. ¿Lo confirma?

R.—Lo confirmo. Sabemos que el proceso de integración europea está dirigido, al menos por ahora, fundamentalmente por fuerzas e intereses todavía profundamente ligados a estructuras capitalistas que nosotros queremos transformar. Sabemos que la integración supranacional, dirigida y guiada por esas fuerzas, pone vínculos al proceso de transformación nacional. Este es el motivo, que hay que tener siempre presente, por el cual, por ejemplo, los comunistas franceses y también los socialistas franceses ven con muchas reservas la aceleración del proceso de unidad monetaria, económica y política de la Comunidad Europea. Pero nosotros consideramos que de todas formas hay que marchar hacia Europa y su unidad y que el desafío que este objetivo conlleva ha de ser aceptado, llevando la lucha de clases, democrática y renovadora, a un nivel europeo y a la conciencia europea.

P.—*Señor Berlinguer, Europa occidental sigue siendo capitalista: ¿el PCI sigue queriendo liquidar el capitalismo?*

R.—La respuesta es que sí. Nosotros queremos llegar a realizar aquí, en el Occidente europeo, un orden económico, social, estatal, no capitalista, pero que no calque ningún modelo y que no repita ninguna de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora y que, al mismo tiempo, no se reduzca a exhumar experimentos de tipo socialdemocrático, los cuales se han limitado a la gestión del capitalismo. Nosotros estamos por la tercera solución, la cual surge justamente de la imposibilidad de permanecer en la situación mundial actual.

LA DEFENSA DE LAS LIBERTADES «FORMALES»

P.—*Queréis liquidar el capitalismo. ¿Y la democracia?*

R.—Precisamente para salvar la democracia, para hacerla más amplia,

más fuerte, más ordenada, hay que superar el capitalismo. La experiencia histórica —al menos desde los años 20 en adelante— demuestra que la reconquista, la salvaguardia y el desarrollo de la democracia han sido, y continúan siéndolo, el fruto de una lucha cuyos protagonistas son la clase obrera, los trabajadores, sus partidos de clase y los comunistas en primera línea. Ello se debe al hecho de que han sido las fuerzas capitalistas y burguesas las que, a fin de conservar su dominio, no han vacilado en frenar, limitar, amputar, vaciar y, con los fascismos, destruir la democracia. Y hoy en día la crisis tan profunda a la que han llegado todas las sociedades del capitalismo llamado «maduro», demuestra hasta qué punto la democracia está sometida allí a procesos de disolución anárquica y de disgregación corporativa, has-

ta qué punto está expuesta a los peligros de aventuras autoritarias y reaccionarias.

Ser anticapitalista de manera coherente significa también ser democrata de manera coherente. He aquí la razón de que nosotros hoy en día consideremos la democracia una irrenunciable e inalienable conquista de la clase obrera. En este aspecto se da un desarrollo y una superación de una faceta del leninismo, al menos tal y como el leninismo se concretó en octubre de 1917 y en años sucesivos. Lenin concibió la lucha por la democracia como una lucha que también el proletariado debía llevar a cabo, pero que aún así permanecía siempre en el ámbito de una lucha cuyo objetivo era realizar la revolución burguesa. Para nosotros, en cambio, la democracia (comprendidas las libertades llamadas «forma-

les», que fueron, en un principio, una conquista de la burguesía) es un valor cuya universalidad y permanencia han sido demostradas por la experiencia histórica y al que, por consiguiente, la clase obrera y los partidos comunistas hacen suyo y en el que deben basarse también en la construcción de una sociedad socialista. Así, de cualquier forma, la consideramos y la valoramos nosotros, los comunistas italianos. Por otra parte, no se trata de una elección repentina, no es una verdad que acabamos de descubrir, lo hicimos hace varios decenios. La hemos proclamado no con palabras, sino con el ejemplo de tantos y tantos comunistas, con la sangre, en las cárceles fascistas, en las montañas, con el Ejército partisano. Por todo ello, no tenemos por qué superar ningún examen.



Entrevista con Teodoro Pepkoff*

NUESTRA BANDERA.—¿Qué significan las siglas MAS y cuándo y cómo se forma este partido político?

TEODORO PEPKOFF.—El MAS son las siglas de *Movimiento al Socialismo*. Se constituye de manera formal en enero de 1971 como partido político, pero ya en diciembre de 1970 se había desprendido del Partido Comunista de Venezuela el grupo de militantes dirigentes de ese partido, que constituiría el MAS un mes más tarde.

Nuestro movimiento nació después de un largo debate que se dio dentro del Partido Comunista Venezolano, debate que se prolongó durante casi dos años, y que tenía como motivación fundamental la celebración del Cuarto Congreso del PCV, pero que hundía sus raíces en una rica experiencia histórica que el PCV había vivido entre su Tercer y Cuarto Congreso, en un período de nueve años, y durante los cuales tuvo lugar en Venezuela un proceso insurreccional, de lucha armada, en el cual el Partido Comunista Venezolano había participado de manera prominente como eje de ese proceso.

N. B.—*El período de lucha armada que vivió Venezuela es poco conocido, y su desenlace también. Pérez Jiménez fue el último dictador. Sería necesario que hicieras un poco de historia.*

T. P.—La lucha armada formó parte de una larga y complicada

situación política que vivió el país después del derrocamiento del último dictador militar, de la larga historia de las dictaduras militares de Venezuela, que se produjo en enero de 1958.

Ese derrocamiento que fue producto de la insurrección popular, coronada por un golpe militar, abrió un período de crisis revolucionaria, siendo precisamente el año 1958 su momento de esplendor. Y al cual las clases dominantes venezolanas se esforzaron rápidamente por meter en una camisa de fuerza, tratando de celebrar rápidamente elecciones presidenciales.

En efecto, después de un año del derrocamiento de Pérez Jiménez (1958) se celebraron elecciones presidenciales, que llevaron al Gobierno al Partido de Acción Democrática, viejo partido populista fundado por Betancourt en 1941, y que ya había gobernado en el período 45-48, protagonizando un cambio político y social muy importante en nuestro país, siendo derrocado por un golpe militar en 1948.

Este nuevo gobierno del Partido Acción Democrática, llega al poder en un período de presión económica, con las características propias de un país petrolero, la depresión en su peor momento llegó a una leve desvalorización del bolívar; no se puede hablar de un proceso inflacionario como conocen los países europeos. Pero en todo caso fue una presión económica muy importante.

N. B.—*Te has referido al principio a que en el seno del Partido Comunista Venezolano hubo una amplia discusión política, que al final llevaría la formación del MAS por un grupo de dirigentes del partido comunista. Esa discusión ¿influyó realmente en la formación del MAS?*

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES VENEZOLANAS, CELEBRADAS EN DICIEMBRE DE 1973

CAMARA DE DIPUTADOS	
	Escaños
AD (Acción Democrática)	102
COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente)	64
MAS (Movimiento al Socialismo)	9
MEP (Movimiento Electoral del Pueblo)	8
CCN (Cruzada Cívica Nacionalista)	7
PCV (Partido Comunista de Venezuela)	2
MIR (Movimiento de Izquierdas Revolucionario)	1
OP (Opinión Nacional)	1
PNI (Partido Nacional de Integración)	1

CAMARA DE SENADORES	
	Escaños
AD (Acción Democrática)	28
COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente)	13
MAS (Movimiento al Socialismo)	2
MEP (Movimiento Electoral del Pueblo)	2
CCN (Cruzada Cívica Nacionalista)	1
URD (Unión Republicana Democrática)	1

* Teodoro Pepkoff es secretario general adjunto del MAS, la tercera fuerza política de Venezuela. Hijo de emigrantes búlgaros, economista y diputado en el Parlamento venezolano.

T. P.—La discusión estaba referida al Cuarto Congreso del PCV. El debate fue público, y duró casi dos años, participando en él un número elevado de militantes. Ya en vísperas de ese Cuarto Congreso se crea una situación, que si alguno de los viejos dirigentes históricos del partido estaban dispuestos a aceptar, la Unión Soviética no lo estaba. De modo que intervino en la discusión. En «Pravda» apareció un artículo firmado por un tal Mosivnef, que era un ataque violento contra mí, por la razón de haber escrito un libro sobre Checoslovaquia, y así fui la víctima propiciatoria, la cabeza de turco.

N. B.—*¿Rompisteis entonces toda relación con el Partido Comunista Venezolano?*

T. P.—El nacimiento del MAS tiene unas características que parece importante señalar. Nos negamos a hacer del MAS un grupo cuyo papel fuera la polémica con el viejo partido. Una medida interna, que fue asumida por todo el mundo, fue la de suprimir toda mención al PCV en nuestra prensa, en nuestra literatura, en nuestros discursos. Porque entendíamos que una polémica entre dos grupos comunistas no le interesaba al país y que el único modo de que este nuevo grupo, que acababa de nacer, se volcase sobre la sociedad venezolana, era si terminaba de creer que el ombligo de esta sociedad era el PCV.

N. B.—*¿Esta decisión supuso entonces acercaros más a los problemas de la sociedad venezolana?*

T. P.—En efecto. Esta decisión administrativa fue del todo feliz, porque nos permitió ocuparnos inmediatamente de los problemas del país y hacer de nuestra programación central los problemas de la sociedad venezolana, no los de nuestro propio grupo.

N. B.—*¿Qué tipo de relaciones guardáis con el Partido Comunista Venezolano? ¿Vuestra ruptura ha sido total o tenéis relaciones amistosas entre los dos partidos?*

T. P.—Nuestra relación con el viejo partido comunista hoy, a siete años vista, podría definirse como



de ruptura, por un lado, y continuidad, desde otro.

Nosotros no somos un partido comunista, ni pretendemos en ningún momento ser «los verdaderos comunistas», «los verdaderos bolcheviques». Desde el primer momento entendimos que íbamos a crear un movimiento propio y que ante el Movimiento Comunista Internacional, no íbamos a intentar competir con el PCV.

De hecho rompimos con el Movimiento Comunista Internacional, pero la continuidad estaba en el hecho de que rompiendo con un partido comunista ortodoxo, no lo hicimos

para derivar hacia la socialdemocracia, para construir una fuerza reformista, no revolucionaria, sino que rompimos con este partido comunista, en el cual habíamos denunciado el reformismo en su práctica. Aunque por el mero hecho de ser un partido comunista, exprese un espíritu revolucionario, una determinada vocación revolucionaria. Y es ese espíritu revolucionario y esa vocación los que nosotros no dejamos de lado, no renegamos de ellos, y en ese sentido hay entre nosotros y el PCV, digamos, ese principio espiritual que anima al comunista, una continuidad.

N. B.—*Vamos a centrarnos ahora en el MAS. ¿Cómo puede definirse la posición del MAS dentro de los movimientos y fuerzas de la izquierda?*

T. P.—Me parece importante señalar que el MAS es una fuerza que pretende desarrollar las posibilidades revolucionarias en nuestro país. Estamos en la idea que Venezuela necesita un cambio revolucionario, una apertura hacia el socialismo.

N. B.—*Y dentro de esta posición de izquierdas, ¿qué relaciones tenéis con otros partidos en el contexto internacional?*

T. P.—Otra característica de nuestro nacimiento fue que rompiendo con el grupo prosoviético no nos agarramos al clavo de otro vaticano; todas las escisiones dentro del movimiento comunista tienen esa historia: se rompe con los rusos y se hacen prochinos. Hasta donde tengo conocimiento, la nuestra es la única escisión comunista en la que la ruptura con un centro mundial de poder no haya significado la adscripción a otro. Y así, el MAS tiene la más absoluta independencia con respecto a cualquiera de los centros mundiales del socialismo.

Una tercera característica del MAS es la que nos llevó a reinsertarlo en los procesos políticos reales. Esto puede parecer extraño en una vieja fuerza comunista, pero en nuestro caso, tenía demasiada importancia, porque el proceso de lucha armada había conducido al partido comunista y a toda la izquierda a aislarse del país, de las masas y de los procesos políticos reales.

N. B.—*Una forma de vuestra reinsertación ¿fue la de acudir a las elecciones con un programa nacional?*

T. P.—Bueno, entonces, en el 71, intentamos reinsertarnos y recuperar el sentido de la realidad y por eso nuestra primera declaración política fue anunciar nuestra participación en las próximas elecciones que se iban a celebrar en diciembre del 73.

La reacción inmediata del resto de la izquierda fue achacarnos de reformistas electoralistas. Pero para nosotros dar ese paso significaba meternos de una vez en el más importante de los procesos colectivos reales, teniendo en cuenta que en Venezuela

los procesos electorales duran años en el práctica. E hicimos además una cosa, que a mí me parece de gran audacia, romper con la vieja tradición comunista de buscar toda clase de frentes o frentecillos, de bloques políticos.

Nosotros anunciamos nuestra intención de presentarnos solos en el proceso electoral por una razón; para desmarcarnos del PCV y de la tradición de la izquierda. El desmarcarse de la izquierda, con esta postura, era parte importante de una estrategia por hacer llegar el socialismo a la sociedad venezolana, con otra característica. El país estaba muy bloqueado con el socialismo, que era visto con desconfianza, o por lo menos con hostilidad, por el conjunto de la sociedad venezolana. Y al desmarcarnos poníamos de relieve los rasgos propios del MAS, todo lo que nos era propio y que en la polémica con el PCV quedó establecido.

Pero sobre todo, el rescate de todo el contenido de la vieja noción de la lucha de clases, es decir, el enfrentamiento con nuestra propia burguesía, con nuestra propia sociedad capitalista. Esto es muy importante en América Latina, porque la lucha principal a lo largo de cincuenta años ha sido un antiimperialismo abstracto, la denuncia del imperialismo norteamericano.

N. B.—*¿Es un planteamiento de nuevo tipo en la lucha antiimperialista vuestra posición, como fuerza de izquierda? Y ¿cómo concretarías esta lucha antiimperialista?*

T. P.—Nuestro país no es un país colonial, no hay fuerzas norteamericanas presentes, no es como Puerto Rico. Y el antiimperialismo pasaba a ser una mera declaración de principios, que para el pueblo resultaban más o menos incomprensibles, puesto que no se traducían en ninguna confrontación real con nadie.

Yo entiendo que en un país colonizado la lucha contra el imperialismo tenga una manifestación armada o no, al tener un enemigo imperialista enfrente. Pero el antiimperialismo se transformaba en una cosa bastante abstracta y en una coartada útil para la política comunista de América Latina, inducida desde la Unión Soviética, de no impulsar el movimiento revolucionario.

Se trata de crear fenómenos para no enfrentarse nunca con los verdaderos detentadores del poder, de hecho, con nuestra propia burguesía. Y al enfrentarse con tu propia burguesía el antiimperialismo sí se vuelve a una lucha concreta; puedes demostrar fácilmente las conexiones de la burguesía con el imperialismo, y la cosa cambia de naturaleza.

Y el socialismo adquiere entonces una significación presente, no una utopía a conquistar por nuestros nietos. Y a nosotros ya no se nos pregunta si somos comunistas o no, sino que la gente nos dice ¿cómo van a solucionar tal o cual cosa? ¿Tienen ustedes la solución para esto?

N. B.—*Presentasteis vuestra candidatura a las elecciones, a las Cámaras de Diputados y Senadores ¿Qué respaldo, que votación obtuvisteis?*

T. P.—El resultado electoral fue relativamente decepcionante para nosotros, ya que las encuestas antes de las elecciones y el propio desarrollo de la campaña electoral parecían demostrar que el movimiento tenía una fuerza mayor: obtuvimos nueve diputados y dos senadores.

Con todo Acción Democrática ganó las elecciones con la mitad de votos, con el 50 por 100. El MAS quedó en tercer lugar con el 5 por 100. Se había producido una gran polarización en torno a los dos partidos mayoritarios: Acción Democrática (AD) y COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente) la versión de la Democracia Cristiana en Venezuela, que masacró a todos los partidos revolucionarios, de tal manera que el MAS quedó efectivamente como la tercera fuerza política del país. Y partidos viejos, con tradición, o desaparecieron, o están reducidos a grupos insignificantes.

También obtuvimos en los Consejos Municipales una pequeña implantación, lo mismo que en las Asambleas Legislativas. Importante, si tenemos en cuenta que el mecanismo electoral venezolano no favorece a las minorías.

N. B.—*¿Este paso que dio el MAS, de presentarse a las elecciones, participando de las posibilidades democráticas, significa el abandono de la vía de la lucha armada para la toma del poder?*

T. P.—En primer lugar, nosotros tratamos de eludir esa concepción ferroviaria del camino hacia el poder, como una dicotomía irreconciliable entre la vía armada y vía pacífica o electoral. Cada vía depende de las circunstancias concretas y no puede ser impuesta arbitrariamente ni voluntariamente por nadie.

A mi juicio, un partido revolucionario tiene que estar en capacidad de abordar cuál de esas vías está de acuerdo con las condiciones de nuestro país.

Y seguramente por mucho tiempo, a no ser que se produjera una convulsión, tipo golpe militar, que cambie completamente las reglas de juego, la opción posible y deseable es la de desarrollar todas las posibilidades de una vía democrática hacia el poder.

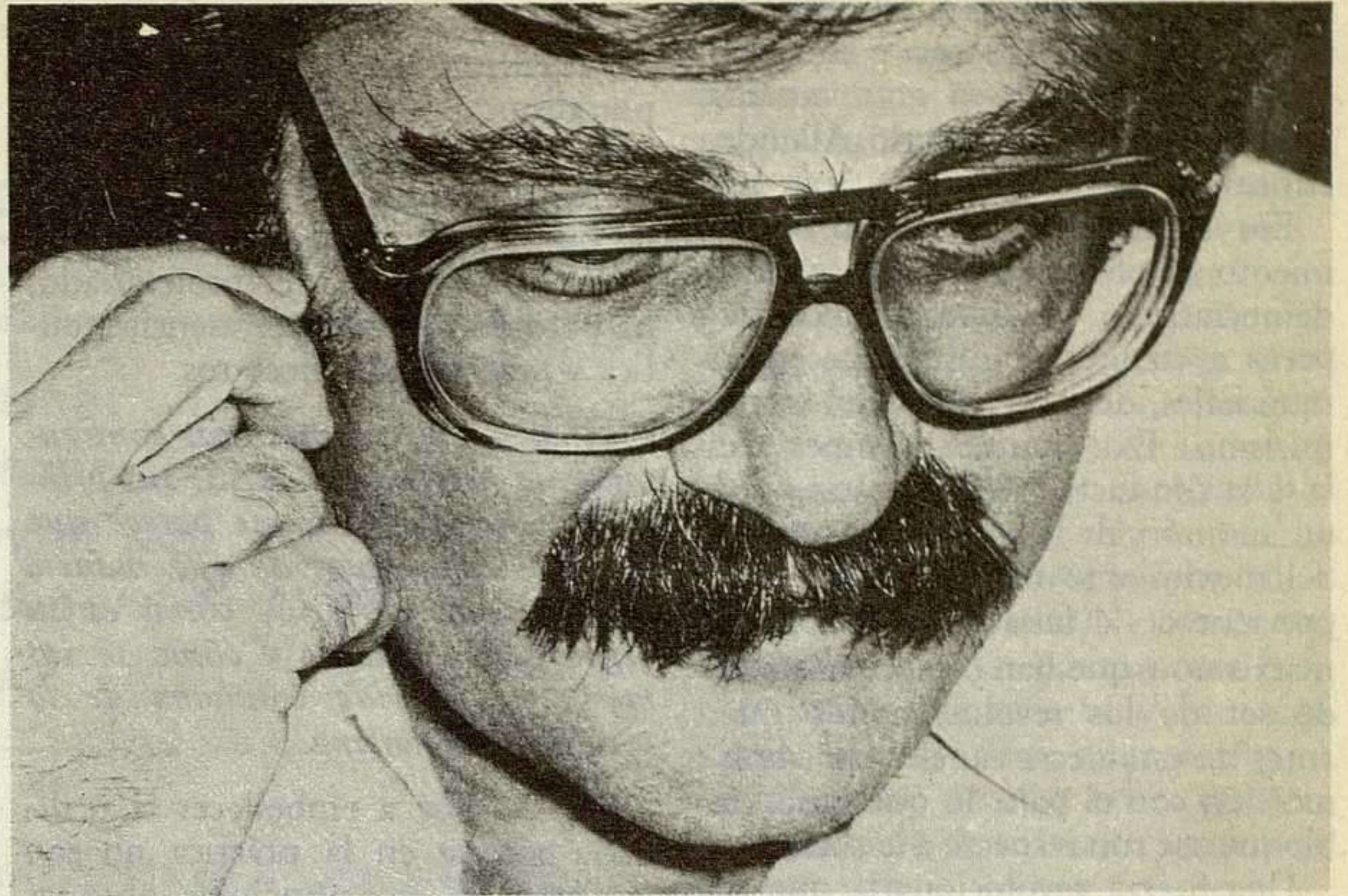
No estamos caminando por la vía democrática, porque en este momento no hay condiciones para la lucha armada, y entonces de haberlas estaríamos en ella. Tampoco porque fuimos derrotados y ahora de lo que se trata es de coger oxígeno. No. El análisis de la sociedad venezolana de hoy nos conduce a hacer de la opinión democrática y electoral el camino que debemos transitar, porque es el más conveniente para el país, el menos traumático.

N. B.—*¿Cómo concebís ese camino hacia el socialismo dentro de ese marco democrático?*

T. P.—El marco democrático dentro del cual estamos no es una coartada de la burguesía para ejercer mejor su acción, ni tampoco una situación que podamos aprovechar hoy para más adelante cuando estemos en ventaja destruirlo.

Ese Estado democrático venezolano es, desde luego, un instrumento de la hegemonía de la burguesía, pero es también fruto y escenario de la lucha de clases, resultado de las contradicciones de la sociedad venezolana, en la cual las fuerzas populares y de izquierda de un modo u otro inciden.

Ese marco democrático sirve perfectamente para que una fuerza democrática que persiga crear un poder socialista que no sea ajeno a un consenso nacional pueda hacerlo. Así nos permite trabajar en el sentido de



crear ese consenso de la sociedad, que no significa sólo y necesariamente lograr la mitad más uno de los votos; además, el consenso no tiene solamente una expresión electoral y cuantitativa, sino que tiene también una expresión cualitativa no solamente política, sino también cultural.

Y ese marco democrático nos permite trabajar en el sentido de esa política de consenso, participar en las instituciones, perfeccionándolas, y ahondar y profundizar en la democracia, ensanchando los puntos de apoyo de las fuerzas populares, creando plataformas más firmes para asentar el socialismo.

A nosotros lo que nos interesa en este momento, siendo una fuerza pequeña, además de que en Venezuela no existen las poderosas fuerzas comunistas y socialistas que hay en Europa, es establecer un camino democrático y viable hacia el socialismo. Porque el ensanchamiento de las potencialidades democráticas de la sociedad posee una connotación revolucionaria muy grande, ya que, en definitiva, una de las manifestaciones de la lucha de clases en nuestro país es la de una burguesía, tendiendo siempre a estrechar y delimitar el campo democrático.

Y la lucha por aumentar la capacidad del individuo frente al Estado por perfeccionar la administración de la justicia, la expresión electoral, por aumentar los poderes del Congreso y los poderes locales, forma parte de un diseño revolucionario. Sentando

también las bases para una sociedad futura, que no la entendemos, haciendo mesa limpia con todo lo que en este período estamos creando como fundamento democrático, sino, por el contrario, las transformaciones revolucionarias actuales serán parte de ella.

Cada vez que se habla de esto surge la pregunta. Pero bueno, ¿cómo van a evitar ustedes lo que pasó en Chile?

Y en América Latina, a diferencia de los países europeos, esta pregunta tiene realmente su importancia. No es una pregunta provocadora.

N. B.—*Entonces, ¿cómo analizáis la experiencia chilena y cómo os prevenís para que en Venezuela no llegue a tener lugar una similar?*

T. P.—La conclusión que nosotros sacamos de la experiencia chilena es que:

Primero, es posible ganar unas elecciones; segundo, es posible recibir el gobierno; tercero, que una vez en él estamos en una posición más ventajosa para conquistar el poder que desde fuera.

Eso significa abrir un camino inédito, inventando una revolución cuyas referencias no están en la Rusia zarista del año 17, ni en la revolución cubana, ni en ninguna parte. Sino que, por el contrario, lo que existen son unas potencialidades que tienen que ser explotadas con enorme dosis de imaginación y audacia.

Además, la experiencia chilena nos muestra que si Allende no cayó

sino tres años después fue porque las condiciones no existieron y esas condiciones apreciaron en gran medida por los errores que cometió Allende, errores no inevitables.

Eso significa el quitar al movimiento revolucionario todo su anti-democratismo, su alineación con respecto a cualquiera de las potencias mundiales, del obrerismo, del economicismo. Eso significa romper con la falsa conducta revolucionaria y con un montón de estereotipos propios del movimiento revolucionario, que proviene de la falsa significación del marxismo y que han creado un modo de ser de los revolucionarios que, antes de establecer canales de comunicación con el país, lo que hacen es bloquearse con respecto a la sociedad.

Una fuerza revolucionaria que no sea democrática, que no asuma los valores de la democracia como valores propios y consustanciales al socialismo, genera una enorme desconfianza en una parte muy importante de la población.

No se pueden tolerar algunas concepciones en el movimiento revolucionario que tienden a considerar poco menos que basura a todo otro sector social que no sea la clase obrera, que tiende a ignorar las potencialidades revolucionarias que genera el capitalismo en otros sectores sociales además de en la clase obrera, que, por otra parte, en América Latina es un sector minoritario. Además que tiende a aislar a partidos revolucionarios de otros sectores sociales, desechando así la noción de revolución químicamente pura, fundamentando el movimiento revolucionario como resultado de una dialéctica social que genera procesos revolucionarios donde los sectores sociales distintos convergen unas veces y otras no, pero que en todo caso producen una dinámica que empuja en el sentido de transformaciones revolucionarias.

N. B.—*Estás dando un papel fundamental a la profundización de la democracia, ¿qué valor realmente le das a la democracia en la transformación de la sociedad?*

T. P.—La valoración de la importancia de la democracia en la transformación socialista significa una ruptura con la concepción monopartidista y autocrática en el socialismo.

Significa una sociedad plural y que el socialismo no pueda asfixiar el pluralismo de la sociedad. La renuncia a todo monopolio de poder por un partido único y la consideración de que aquella noción marxista, llamada la dictadura del proletariado, ha perdido toda su pertinencia política y práctica para nosotros.

N. B.—*Tal y como estas configurando la política del MAS, sus principios, sus objetivos, me parece que deberías explicarnos de qué manera se estructura el MAS, cómo es su organización interna y cómo se sumerge en la vida cotidiana de la sociedad venezolana.*

T. P.—Voy a embellecer la realidad, porque en la práctica no son tan perfectos esos principios sobre los cuales nos basamos.

Hemos optado en la relación del partido con la sociedad por hacer del MAS un partido de masas y romper con la vieja noción leninista de la vanguardia revolucionaria, compuesta de militantes que crecen a partir de sí mismos y que operan como un estado mayor colocado por encima de las clases sociales, dictando lo que se debe hacer.

Nuestra concepción del partido de masas no significa la abolición de la idea de que exista una columna vertebral, que son esos cuadros de la vanguardia. Alrededor de ella se articula, con distintos niveles de compromiso, el Movimiento en general.

La idea de los distintos niveles de compromiso significa también una diferenciación entre los afiliados al partido que deriva de la práctica militante. Y no hemos encontrado la manera de solucionar que así como tienen deberes distintos estos militantes, también deberían tener derechos diferentes. Teniendo los mismos derechos dentro del MAS, el militante que carga con el peso de la organización que el militante que se limita a dar una cantidad de dinero, esto, que puede parecer muy democrático, no lo es. Más bien es una perversión de la democracia. Pero he de confesar que no hemos podido solucionarlo en la práctica y que forma parte de las búsquedas en que estamos metidos.

N. B.—*Lo que estás haciendo, entonces, es una diferenciación entre, se podría decir, el militante activo y*

el afiliado sencillo, que no participa, diríamos, en la lucha diaria y que no está en el entresijo del partido, en el aparato.

T. P.—La diferenciación entre militantes y afiliados tiene para mí mucha importancia, porque permite que el aparato no manipule a una base desinformada y la utilice para convalidar cualquier cosa. Esa diferenciación tiende a proteger al sencillo afiliado a que sea utilizado de un modo abusivo por el aparato.

N. B.—*Y respecto a vuestra democracia interna, ¿cómo funciona el centralismo?*

T. P.—La verdad es que los partidos en Venezuela son todos centralistas democráticos, los de derechas y los de izquierdas. Porque si los despojamos de la ideología que los diferencia, en la realidad todas las decisiones que se toman son sobre una base democrática, pero a la hora de aplicarlas se aplican las que han sido decisiones de la mayoría. Lo que ocurre en la realidad es que más bien se ha vuelto al centralismo, y la democracia ha sido ahogada por éste.

Todo este problema de la democracia interna del partido hace plantear un tema que nosotros, como antiguos comunistas, no hemos abordado todavía, pero que subyace, y es el de las tendencias dentro del partido. No porque las tendencias estén prohibidas haya que suponer que no existen.

Y, aunque sabemos que existen en el MAS, todavía operamos sobre la base de la prohibición de su existencia.

Aún no tenemos una opinión colectiva formada sobre este tema, pero está implícita en todos nuestros debates, y nos vamos a tener que enfrentar enseguida con él. Yo quiero lanzar esta opinión mía, personal.

Pero pienso que mirando al MAS retrospectivamente hemos construido un movimiento democrático, donde no hemos dejado un mes sin discutir nuestra política y nuestra conducta y esto ha creado un movimiento si no irreverente, sí con un alto grado crítico hacia cualquier persona, sin importar el cargo que ejerza dentro del partido.

Esta entrevista fue realizada por Marta RODRIGUEZ DE QUIJANO.

Entrevista con Roy Medvedev

Realizada por Mark Harrison,
publicada en *Socialist Europe*,
*Communist Journal of Soviet and
East European Studies*, número 4, 1978.
(Traducción de J. Segura)

Roy Medvedev es bien conocido como autor de *Let History Judge, On Socialist Democracy* y otros trabajos sobre historia y política soviéticas (algunos de ellos realizados en colaboración con su hermano Zhores Medvedev). Su trabajo no ha sido publicado en la Unión Soviética, donde vive y escribe, pero ha sido traducido a numerosos idiomas. El texto de esta entrevista fue el resultado de dos conversaciones mantenidas con Medvedev en Moscú en marzo de 1977 y enero de 1978.

PREGUNTA.—¿Cómo resultó afectado personalmente por el XX Congreso del PCUS? Como miembro del Partido Comunista, ¿cómo valoraría las posibilidades políticas del PCUS desde dentro del mismo?

RESPUESTA.—El XX Congreso me impresionó profundamente, aunque es posible que yo supiera más que muchos otros sobre los crímenes de Stalin y su círculo. Mi padre, a quien quería mucho y en quien tenía una confianza infinita, fue arrestado en 1938 y murió en Kolyma (1) en marzo de 1941. Durante la investigación, él y sus camaradas (todos ocupaban posiciones de responsabilidad en la Academia Político-Militar del Ejército Rojo) fueron sometidos a torturas terribles. También conocí las deportaciones que sufrieron varias nacionalidades, desde el Cáucaso, durante la guerra; de hecho estaba

estudiando en la Universidad de Leningrado cuando tuvo lugar el llamado «*affair de Leningrado*» —arrestaron al rector de la Universidad (N. Voznesensky), a varios decanos, docenas de profesores e, incluso, muchos estudiantes (2). Todo esto produjo protestas y cierto aturdimiento, aunque no impidió que la mayoría de nosotros nos mantuviéramos en el partido y con Stalin. Con frecuencia me pareció que Stalin estaba engañado, que habían denigrado a personas inocentes ante él, y que lo había creído.

Cuando en marzo de 1956 leímos el informe de N. S. Khrushchev comprendí el nivel que habían alcanzado las ilegalidades en esos años. Descubrí que Stalin había guiado y dirigido personalmente esos crímenes, por primera vez oí hablar del comportamiento de Stalin durante la guerra y de muchas otras cosas. Me sentí especialmente impresionado por el hecho de que el informe de Khrushchev, aunque fuera calificado de «secreto», se leyera en reuniones a las que asistían tanto miembros como no miembros del partido, tanto dirigentes como obreros de base. Me pareció que, tras reuniones como éstas, todo lo malo desaparecería de la vida soviética. Poco después del XX Congreso, mi padre fue rehabilitado póstumamente.

Durante esos meses estaba trabajando como director de una escuela en el distrito de Leningrado, y probablemente era el único director no

miembro del PCUS. Ellos habían tratado de convencerme de que me afiliara durante la guerra, cuando me encontraba trabajando en una fábrica de armas. Pero me afilié, o mejor dicho fui admitido en el partido, tal y como se dice aquí, solamente tras el XX Congreso.

Una vez dentro del partido encontré a muchas personas, a todos los niveles, que se encontraban incómodas por las revelaciones de Khrushchev. Pero a mí, por el contrario, me parece que debemos continuar y consolidar lo que Khrushchev comenzó en el XX Congreso. Básicamente fue en esa fecha que concebí al idea de escribir un largo libro sobre Stalin y el estalinismo; y como en el campo no disponía de los materiales precisos para este trabajo, comencé tan solo a anotar mis primeras ideas y formulaciones sobre el tema (3).

P.—Desde su punto de vista, la URSS ¿ha avanzado o retrocedido en la última década?

R.—Por supuesto en un país como la URSS conviven y se manifiestan simultáneamente distintas tendencias políticas, económicas y culturales; y no todas ellas actúan en la misma dirección o con igual rapidez. Sin embargo, considerando la última década en su conjunto, diría que en la mayoría de los casos observo un indudable progreso, no una reacción, aunque dicho progreso se produzca más lentamente de lo que desearía. Ciertamente ha habido progreso en la economía, e incluso en la agricultura, aunque debería haber sido más rápido y fundamental. Ha habido también avances en los aspectos culturales y políticos, en política exterior, en las relaciones con otros países y con el «Oeste» en su conjunto. Incluso en el área del cumplimiento de la ley y los derechos humanos, la última década ha presenciado progresos definidos. Hoy día, cualquier violación de los derechos humanos en la URSS genera una significativa mayor reacción en otros países, por lo que parece que

(3) El trabajo de Medvedev progresó desde este momento y culminó eventualmente en su libro *Let History Judge*. Por este trabajo fue expulsado del PCUS en 1969.

(1) En el campo de trabajo de Kolyma, en el lejano Norte.

(2) El «*affair de Leningrado*» tuvo lugar en 1949-50.

en la actualidad dichas violaciones se producen con mayor frecuencia, pero esto no es así. En este campo la situación actual es significativamente mejor que, por ejemplo, en 1967-70. Si la «Primavera de Praga» tuviera lugar en 1977, las tropas del Pacto de Varsovia creo que no ocuparían Checoslovaquia. Pero, por supuesto, esta es mi opinión personal; y también debo decir que hoy día la vida soviética presenta muchos defectos lamentables en casi todas las áreas.

P.—¿Cómo caracterizaría el equilibrio de poder dentro del PCUS en la actualidad? ¿Cuáles de las tendencias políticas de oposición tiene vínculos más cercanos con la clase obrera?

R.—Hoy día, dentro del PCUS, la tendencia neoestalinista más peligrosa casi ha desaparecido. Sus representantes más extremos han sido eliminados del Politburó —Shelepin, Voronov, Shelest, Polyansky—. Otros estalinistas activos, aunque menos influyentes —como Sturua, en Georgia; Yagodkin, en Moscú, y muchos otros— han dimitido de sus puestos. Pero también se ha producido un debilitamiento de la tendencia que convencionalmente he llamado de «Comunismo democrático» (4). El cuerpo editorial del *Novyi Mir*, en el que se habían reunido varios líderes de esta tendencia, ha sido recompuesto (5). Un portavoz tan influyente como el académico Rumyantsev ha perdido su influencia (6), y muchos partidarios menos conocidos han abandonado el aparato del partido. Desde mi punto de vista, en la actualidad estamos asistiendo al cese casi total de la discusión de los problemas políticos a través de los canales abiertos del partido —mitines del

(4) Un análisis más detallado, aunque menos actualizado, de las distintas tendencias dentro y fuera del PCUS mencionadas se encuentra en el libro de Medvedev, *On Socialist Democracy*.

(5) Medvedev se refiere al período en el que Alexander Tvardovsky fue el editor de *Novyi Mir*. Tvardovsky fue sustituido en 1970 y murió en 1971.

(6) Rumyantsev, miembro del Comité Central del PCUS, fue editor de *World Marxist Review* durante varios años, siendo editor de *Pravda* entre 1964 y 1966.



partido, periódicos socio-políticos, prensa, etc.—. La tendencia que he denominado «moderada-conservadora» ha alcanzado y consolidado su dominación.

Incluso se han debilitado las tendencias externas al partido. Esto no es solo el resultado de la represión. Muchos de los oponentes políticos activos del PCUS, del comunismo y del socialismo, han emigrado fuera de la URSS (dos de ellos forzados: Solzhenitsyn y Bukovsky). La emigración continúa. Dentro de las tendencias externas al partido, las más activas son las nacionalistas de distintas Uniones y Repúblicas Autónomas (así como entre los alemanes, crimeanos, tártaros y judíos), y también ciertas tendencias de matiz religioso. Ninguna de estas tendencias tienen nexos con la clase obrera como tal clase. En su conjunto están confinadas a la intelligentsia. Es imposible para cualquiera ser activo u organizar grupos en las fábricas. Existen sólo nexos personales o temporales. En algunos grupos de trabajadores, especialmente en las áreas industriales, donde la agricultura se encuentra débilmente desarrollada, hay una fuerte insatisfacción por la escasez de bienes de consumo, y por la baja calidad de los bienes manufacturados, pero esto es a nivel económico, no político. Prácticamente yo no conozco nada relativo a tendencias políticas en la clase obrera; estas tendencias emergen

principalmente de los estudiantes y la intelligentsia.

P.—¿Qué posibilidades cree que existen para la unidad de las fuerzas democráticas en la sociedad soviética?

R.—La composición de las distintas tendencias dentro y fuera del PCUS es tan diversa que no considero realista su unificación bajo alguna plataforma. ¿Cómo pueden unirse los nacionalistas de Georgia y Ucrania con los nacionalistas rusos? ¿Cómo pueden ligarse los movimientos de los judíos para la emigración con las protestas contra la persecución de la Iglesia ortodoxa de la URSS? Sakharov está haciendo campaña como oponente activo al socialismo, Shafarevich (7) también pide la abolición del socialismo, mientras que otros demandan el desarrollo pleno del potencial socialista, argumentando que socialismo y democracia son inseparables (al mismo tiempo que Solzhenitsyn escribe que son incompatibles). Lo que es común a todas las tendencias es la exigencia de libertad de palabra y opinión, libertad de asociación política y de otros tipos, aparte del partido único, respeto por los derechos humanos y la negativa a la represión política. En

(7) Un disidente en la emigración y un colaborador cercano de Solzhenitsyn.



este área tiene lugar la cooperación y asistencia mutua entre individuos y grupos de todas las tendencias. Individualmente, por ejemplo, yo soy partidario de unas relaciones amistosas con muchos de los que tienen visiones y opciones generales completamente distintas de las mías. Pero estas relaciones no significan lo mismo que la unificación. Además, los representantes de algunas tendencias muestran una lamentable intolerancia y ellos mismos no desean el contacto con otras posiciones. Esto puede también observarse entre emigrantes, tales como Solzhenitsyn y Maksimov. En la URSS también está creciendo la intolerancia de Sakharov, y esto difícilmente permite la organización de una actividad conjunta, incluso sobre la base de un programa «mínimo».

P.—¿Puede haber una nueva época de represiones en masa? ¿Cómo valora los efectos de la detente, y particularmente de la nueva política del presidente Carter, sobre la atmósfera política en la URSS?

R.—Creo que la repetición de una era de represión masiva en la URSS es imposible; el terror político masivo es imposible por varias razones, pero formular y analizar estas razones en una corta entrevista es difícil. No existe la presión política de los años 20 y 30, se ha producido una consolidación definitiva del estrato gubernamental, y nadie desea repetir las masacres estalinistas, que, en su mayor parte, afectan al partido y los líderes. El estalinismo como fenómeno político ha sido objeto de un elevado número de estudios científicos, literarios y populares, y todo ello ha dejado un sello considerable sobre la conciencia popular. La estructura de la sociedad en su conjunto, su economía, su ciencia y sus sistemas de organización, se han hecho más sofisticados, las represiones masivas dañarían su estabilidad y conducirían a su crisis. La influencia de la opinión pública mundial es mayor, y también la independencia de juicio de los partidos comunistas. Y estas razones son sólo una pequeña parte del conjunto de factores que hacen imposible la repetición de una era de terror.

El principal objetivo de la detente es debilitar la amenaza de guerra y fomentar el desarme, así como facilitar la cooperación económica entre los países del Este y de Occidente. Su influencia sobre la democratización de la sociedad soviética es indiscutible, aunque sea una consecuencia indirecta, originada por el crecimiento de los contactos en todas las áreas, el aumento de los flujos no censurados de información e ideas. La detente refuerza el crecimiento del potencial económico en los países, el desarrollo de la cultura y de la educación.

En este momento (marzo 1977) tenemos demasiada poca experiencia sobre la Administración Carter, como para sacar conclusiones sobre la influencia de su política en la atmósfera política de la URSS. Pero entre tanto, puede decirse que muchas de sus acciones son perturbadoras para los líderes soviéticos actuales, lo que no puede más que afectar a la velocidad y escala del proceso de detente. Muchas de las acciones de Carter dan la impresión de improvisaciones poco reflexivas; él mismo no muestra las características de un político con suficiente experiencia. De ser una figura política del Estado de Georgia, se ha convertido, repentinamente, en una figura nacional y, por tanto —ya que USA es una superpotencia—, mundial. Está sometido a fuertes presiones por parte de distintos grupos, con diversos intereses, y no siempre es capaz de encontrar las respuestas correctas. Uno puede comparar a Carter con un comandante de regimiento que, inesperadamente, se convierte en comandante en jefe de un gran ejército, y no tiene en cuenta debidamente el cambio de escala de su responsabilidad. Sus intervenciones en favor de los disidentes soviéticos raramente favorecen a éstos o a la atmósfera política interior. La presión constante de la opinión pública occidental es infinitamente más beneficiosa para la mejora de la atmósfera política que los ultimátums de los políticos y diplomáticos que se han distinguido muy poco por la defensa de los derechos civiles y políticos en sus propios países. En algunos aspectos, Carter, guiado por las mejores intenciones, está empezando a revivir los métodos de la guerra fría. Sería infantil pen-

sar que esto no afecta a los acuerdos sobre armas estratégicas, desarme, etcétera.

Muchas de las precipitadas acciones de Carter comentadas se refieren a la primavera de 1977. Posteriormente, el presidente americano ha alterado el estilo y carácter de sus afirmaciones, y puede tenerse esperanza en que esto tendrá un efecto positivo sobre las relaciones USA-URSS. Unas mejores relaciones entre nuestros dos países coinciden totalmente con los intereses de los disidentes soviéticos, aunque algunos de ellos piensen lo contrario.

P.—En su opinión, ¿qué importancia tiene el fenómeno de «eurocomunismo» en la Unión Soviética?

R.—Existe una gran discusión en Occidente sobre el fenómeno del «eurocomunismo». Muchos políticos burgueses declaran que el Eurocomunismo es una maniobra táctica, una artimaña de los comunistas occidentales que persiguen la victoria electoral, a las que seguirá el establecimiento del autoritarismo, de la sociedad no democrática y la supresión de las libertades que actualmente existen en Occidente. Por otra parte se ha afirmado en ciertos órganos de la prensa soviética que el «Eurocomunismo» no existe, que este concepto ha sido fraguado por los enemigos del comunismo, y que muchos de los llamados eurocomunistas son oportunistas, e incluso renegados del movimiento comunista.

En mi opinión, ambas posturas son profundamente erróneas. No voy a entrar en el tema de las políticas particulares, pero en general el Eurocomunismo no es una farsa, ni una táctica, ni una selección de eslogans electorales que puedan ser abandonados fácilmente después. El Eurocomunismo es un serio y honesto intento de reconstruir el movimiento comunista en los países capitalistas desarrollados, en conformidad con las tradiciones económicas y políticas, y con los niveles de vida y cultura de la sociedad occidental de nuestros días. Es un intento sincero de los comunistas occidentales independientes de lograr un camino para la construcción de una sociedad más justa en Europa.

Diría, en la medida que puedo, que tanto la teoría como la práctica del Eurocomunismo se encuentra en sus primeras etapas de desarrollo.

El socialismo es la solución única y natural a la profunda crisis en la que se halla inmerso el capitalismo europeo occidental. Existen todas las condiciones para construir un socialismo en el que la tolerancia, el pluralismo y la democracia se encuentren en armonía con la propiedad social de los principales medios de producción. La creación de un socialismo democrático y pluralista de este tipo ejercerá indudablemente una influencia positiva sobre el desarrollo de la sociedad socialista en la URSS.

Por supuesto, el si el Eurocomunismo triunfará o no en Europa Occidental dependerá no sólo de él mismo. ¿Qué ocurrirá si las fuerzas europeas de derecha contestan una victoria electoral de los comunistas y socialistas con un golpe militar? Estoy seguro de que los pueblos europeos nunca aceptarán un Pinochet italiano o francés. Pero la fuerza sólo puede contestarse con la fuerza. Sin embargo, debemos tener esperanza de que las cosas nunca alcanzarán este punto.

P.—¿Cómo valora la nueva Constitución soviética?

R.—Es difícil contestar a esta pregunta brevemente. Por supuesto, se puede expresar pesar por el hecho de que, en comparación con las Constituciones anteriores y con la legislación existente, la nueva Constitución no contiene muchas novedades. Sin embargo, la nueva Constitución contiene algunas previsiones admirables. El principal defecto de la vieja Constitución de Stalin fue que era muy mal cumplida en la práctica. Stalin no tuvo en cuenta las leyes. Espero que la nueva Constitución sea adecuadamente puesta en práctica. Hay muchos aspectos positivos en ella. La sección dedicada a los derechos del ciudadano de la URSS se ha ampliado considerablemente con artículos sobre el derecho a la crítica, y que prohíben el castigo por ejercer dicha crítica, sobre el derecho a la vivienda, sobre el derecho a la libertad de expresión artística y científica, sobre la garantía de la intimidad, no sólo para la correspondencia, sino también

para las conversaciones telefónicas y muchas otras. Pero, incluso en esto, existen muchas cualificaciones innecesarias, que pueden ser interpretadas de distintas formas.

La nueva Constitución amplía el potencial de la iniciativa individual en el área de trabajo manual y de los servicios, y esto es muy bueno. Según la nueva Constitución, la URSS es un Estado de trabajadores, campesinos e intelectuales. Esto es también un adelanto, porque mejora el estatus político de los campesinos y de los intelectuales.

Pero considero que el artículo 62 es incorrecto, cuando dice que «un ciudadano de la URSS está obligado... ayudar a la consolidación de la autoridad del Estado». Desde mi punto de vista, el Estado debe cuidar por sí mismo su autoridad. Disiento con la formulación del artículo 6, sobre el papel del PCUS en la URSS. El partido debe asegurar su papel directivo por medios políticos, no con la ayuda de la legislación. En cualquier caso, los objetivos y tareas del partido están definidos en su propia constitución, no en la Constitución del Estado.


Los derechos de los creyentes religiosos, y de las distintas confesiones de la URSS no están adecuadamente protegidas por la Constitución.

P.—¿Qué desearía para el Partido Comunista de Gran Bretaña y para el movimiento obrero británico? ¿Cómo podemos cumplir mejor las tareas del internacionalismo?

R.—Para el PC y el movimiento obrero británicos sólo puedo desear éxitos, en particular que el PC británico se convierta, como el francés y el italiano, en un partido de masas y en una poderosa fuerza en la vida nacional. También deseo los mayores éxitos al nuevo periódico *Socialist Europe*. V. I. Lenin dijo más de una vez que los comunistas occidentales no sólo debían estudiar la experiencia de Rusia y de los bolcheviques, sino también criticar los errores cometidos y por cometer de los bolcheviques. Lenin hizo particular hincapié en el interés para nuestro Partido Comunista de recibir *críticas marxistas desde fuera*. Hasta ahora hemos oído pocas críticas de este tipo. Tal

como lo entiendo, la tarea de la nueva publicación es no sólo estudiar la experiencia de los países socialistas europeos, especialmente la URSS, sino también analizar críticamente esta experiencia. Debemos aprender de los demás, de las críticas de los demás. Sin esto no habrá auténtico internacionalismo.





Los problemas de la emigración española en los países de la CEE

Nuestra Bandera

Durante casi veinte años la burguesía española se ha beneficiado de la emigración, que con sus transferencias ha constituido uno de los pilares del crecimiento español de los años sesenta y primeros del setenta. Al problema social y de marginación de los emigrados se une ahora el problema económico que ha planteado la crisis y la aparición de tasas negativas de emigración por primera vez en muchos años.

Conscientes de que los problemas de la emigración no sólo tienen una gran importancia, sino sobre todo características muy peculiares, NUESTRA BANDERA ha mantenido una entrevista con la Comisión de la Emigración del Comité Central del PCE (*), en la que se han analizado los siguientes cinco puntos:

1. España ha pedido a las naciones europeas un acuerdo para la emigración española hasta la entrada de España en el MEC. ¿Qué esperan de él los emigrantes?

Uno de los resultados que se esperan de nuestro ingreso en la CEE es mayor atención hacia el problema de la emigración española, pero mientras éste no se produce los problemas de los emigrantes no pueden esperar, y en ese sentido es de suma importancia el acuerdo transitorio que se ha pedido a las na-

(*) Los miembros de esta Comisión que han participado en la entrevista han sido: Leopoldo Alcaraz, José Manuel Fernández, Eusebio González, José García Messeguer (responsable de la misma), Víctor Morales y Miguel Morán.

ciones europeas. Un acuerdo que garantice los derechos de los emigrantes españoles por lo menos en igualdad de condiciones con los emigrantes procedentes de los países miembros de la Comunidad.

El Gobierno actual presentó el 11 de octubre de 1977 en la Dirección General de Relaciones Exteriores de la CEE una nota verbal en la que se solicitaba un acuerdo transitorio en materia de mano de obra para la emigración española. Esta petición recogía una de las viejas aspiraciones del PCE y de las asociaciones de emigrantes, estando en la línea de las mejoras que ya otros países habían conseguido.

Grecia en el año 1971 había llegado a un acuerdo de asociación con la Comunidad, que favorecía en algunas de sus cláusulas ciertos derechos de sus trabajadores emigrantes; Turquía el 12 de septiembre de 1963 también llega a un acuerdo que favorece la residencia y el trato de sus emigrantes, e incluso los países del Magreb, que nunca serán candidatos a la CEE, tienen acuerdos mucho más favorables que los españoles.

Los emigrantes españoles esperan unas medidas concretas que solucionen problemas acuciantes, y a juicio de la Comisión de Emigración, los puntos más importantes que debería recoger el acuerdo transitorio deberían ser:

— Prohibición de expulsión del emigrante y habilitación de organismos que garanticen una defensa

jurídica adecuada de los trabajadores españoles residentes en la CEE.

— Acceso al empleo en las mismas condiciones que los trabajadores nativos.

— Aplicación de las normas comunitarias en materia de Seguridad Social a los trabajadores emigrantes.

— Igualdad de trato en las condiciones de trabajo y en materia de formación profesional con los trabajadores nativos.

Los gobiernos europeos y, en especial, el alemán vienen negando a los trabajadores emigrantes españoles sus derechos sociales, laborales y ciudadanos, basándose en que un acuerdo en este sentido firmado hoy por España introduciría automáticamente la cláusula de la libre circulación. Suposición que esconde otros intereses, pues tanto estos gobiernos como nosotros sabemos que el mercado de trabajo europeo se rige por la ley de la oferta y la demanda y las peticiones del acuerdo transitorio en ninguna forma implican que los trabajadores españoles vayan a invadir otros países. Lo que se pide es simplemente la aplicación del tratado de Roma para los trabajadores españoles que ya residen y trabajan en los países de la CEE hoy.

Es necesario que el acuerdo transitorio se comience a negociar inmediatamente, y en él deben participar no sólo el Gobierno, sino también las fuerzas parlamentarias de nuestro país.

2. Debido a la crisis económica hay un claro reflujó de la entrada de emigrantes en los países de la CEE. ¿Qué consecuencias ha tenido esto para la emigración? ¿Cómo se ha exportado el paro?

La crisis de las economías capitalistas está afectando a la mayoría de los países europeos y repercute en la contratación de nuevos trabajadores emigrantes. Los gobiernos europeos, con nuevas medidas legislativas en materia de trabajo y ofreciendo compensaciones por el abandono del puesto de trabajo, intentan regular el mercado de trabajo de sus países.

En Francia y Holanda se ofrecen cantidades económicas de compensación de 5.000 florines (172.500 pesetas) y 10.000 francos (164.340 pesetas) para que los emigrantes, aceptando estas cantidades, abando-

nen sus puestos de trabajo, pierdan sus derechos y retornen a sus países de origen.

El conjunto de los países de la CEE dan altas cifras de paro: Francia y Alemania, de más de un millón; Suiza, de dieciocho mil, con una población activa de dos millones doscientos mil trabajadores. Las cifras de la CEE señalan que en los últimos cuatro años ha habido trescientos cincuenta mil menos puestos de trabajo, que han sido eliminados con el despido de ancianos, mujeres, y emigrantes y, dentro de éstos, con la no contratación de los temporeros, especialmente.

El despido escalonado por la edad, el sexo y los emigrantes, pretende dividir al conjunto de la clase trabajadora de estos países, donde los emigrantes habían conseguido ciertos derechos y donde el grado de sindicación de éstos es tan elevado como el de los nativos.

Y lo que sí se puede constatar es que ante la crisis la resistencia de los trabajadores ante estas medidas concretas no ha sido suficiente; estando más bien en una postura a la defensiva que sólo en momentos críticos reacciona con medidas de fuerza. También la falta de coordinación sindical para hacer frente a la crisis y la dificultad de no entender el problema de la emigración son causa de una carencia de luchas de la clase obrera.

3. Sin embargo, la mayoría de la emigración de los años sesenta se resiste al retorno. ¿A qué se debe esa capacidad de resistencia?

Es verdad que la mayoría de la emigración de los años sesenta se resiste a volver a España, dándose la influencia de varios factores. Uno de los hechos que se pueden constatar hoy, es que las emigraciones actuales son diferentes de las del pasado. El emigrante no sólo aspira a una meta económica mejor, sino que con el paso del tiempo, y pese a las dificultades del idioma y de las costumbres del país de acogida, se ha ido aclimatando y ha logrado una serie de derechos y necesidades para ellos y su familia, que se unen a sus necesidades económicas.

Y es que, en realidad, el emigrante que tenía planteado retornar a

España al cabo de tres o cuatro años ha cambiado sus planes. Porque en la mayoría de los casos han llevado a su familia, han trasladado parte de su habitat, tienen hijos en edad escolar o estudiando. Y la lucha por sus derechos ciudadanos la sitúan casi en primer lugar.

Los emigrantes en esos países están contribuyendo como un ciudadano más, con sus impuestos, su trabajo, al desarrollo del país y exigen como cualquier ciudadano una vida digna, y han luchado mucho para conseguir unos derechos que no están dispuestos a perderlos en un retorno, que no les garantiza que se les van a reconocer al volver.

El puesto de trabajo del emigrante, por otro lado, es difícil sustituirlo por el nativo, en parte debido a la larga escolaridad que se da en los países europeos y a que el nativo no quiere hacer los trabajos en que estaban los emigrantes, fundamentalmente de servicios. Y se está dando que, por un lado, estos países prefieren mantener su propio ejército de parados, y, por otro, expulsan a los emigrantes, a fin de que cuando se los vuelva a necesitar no tengan derechos establecidos por su permanencia.

Pero la mayor dificultad del emigrante para aceptar el retorno está en su propio país, donde no está garantizada la vivienda, el puesto de trabajo y ni siquiera el desempleo en condiciones dignas.

4. Los emigrantes participan en el actual proceso político español. ¿Qué consecuencias tiene para los propios intereses de los emigrantes?

El emigrante español ha contribuido notablemente a la lucha por la democracia en España, y lo sigue haciendo con su solidaridad política y económica; siempre se ha resistido a la exportación del franquismo en su intento de organizar al emigrante en el sindicato vertical. Fueron caja de resonancia entre las fuerzas democráticas europeas y mundiales, verdaderos embajadores de la democracia y refugio para los perseguidos que tuvieron que salir del país.

La democracia española, también patrimonio de los emigrantes, ha supuesto indudables progresos para

éstos y no pocas todavía contradicciones.

Es evidente el cambio de las autoridades españolas hacia el problema de la emigración. Hay un diálogo entre representantes del Estado español en los países de emigración y los propios representantes de los emigrantes, y ya éstos han empezado a participar, aunque tímidamente, en la elaboración de convenios de trabajo y en materia de Seguridad Social.

También el Gobierno español ha intervenido en su defensa no sólo presentando oralmente el acuerdo transitorio, sino en temas de cultura, educación y de reagrupación familiar en Francia.

Pero al mismo tiempo toda una serie de contradicciones y de vacilaciones mantienen sumergido al Gobierno, por su posición de clase, frente al emigrante en la aplicación de sus derechos democráticos.

Esto se debe no sólo a los residuos franquistas en las estructuras administrativas de los organismos de emigración, sino también por las vacilaciones de los sectores más conservadores de la UCD, para abarcar los problemas de los trabajadores emigrantes, unido a la complicación que se crea, al entender de emigración en materia de competencias, distintos ministerios.

Un ejemplo de vacilaciones en la democracia actual se manifestó en el voto del 15 de junio. Se utilizó el censo del año 75, y sólo el 2 % de los emigrantes pudo emitir voto. Como ejemplo, en París, con 60.000 electores, votaron 19. Pero con la democracia en España se pueden constatar una serie de nuevos derechos, que no por tenerlos son menos importantes: la libertad de prensa en los centros españoles (y no sólo el ABC) y la gestión directa de ayudas colectivas del dinero destinado por el Estado español, por el Fondo de Protección al Trabajo, a esa densa red de asociaciones de emigrantes.

Pero todo este proceso democrático se va haciendo con altibajos, dependiendo de la resistencia que en cada país existe por parte de los sectores de la Administración. Y los emigrantes todo este proceso democrático lo están encauzando a través

de la realización de un Congreso de la Emigración de todo el Estado español.

Hoy se plantea, junto a la necesidad de elaborar una nueva Ley de Emigración, cuyos fundamentos estarían dentro de los artículos que la Constitución dedica a la emigración, este Congreso de la Emigración. Se trata antes que nada de permitir la participación, la representación directa en el Consejo Nacional del Instituto Español de Emigración, que hoy se encuentra en su mínima expresión. Está integrado solamente por los representantes de la Administración, cuando antes también estaban los del sindicato vertical, la patronal, las entidades bancarias, de transportes, etc. Se trata de que las centrales sindicales y los propios representantes de los emigrantes puedan elegir sus representantes, junto a los de la Administración, en este Consejo Nacional, que en gran medida define y estudia la política de la emigración española.

Es interesante subrayar la confianza que los emigrantes ponen en el proceso democrático de su país. Se puede hacer con cifras. En el año 76, las remesas y transferencias bancarias de los emigrantes disminuyeron. En enero de este año se ha podido constatar un incremento del 35,1 % del envío de remesas en relación a enero del 77 y un aumento del 29,48 % del envío de transferencias de capital, es decir, de envíos individuales de más de 50.000 pesetas, y el total de remesas y transferencias representó en enero de este año, en un solo mes, 83 millones de dólares. Otro elemento que se puede dar es el incremento de cartillas de ahorro, que también se constata en enero de este año con un aumento de 72.831 de cuentas corrientes, lo que hace casi medio millón de cuentas de emigrantes que depositan sus ahorros en las cajas y bancos españoles, dando esa cantidad 104.947 millones de pesetas.

La democracia no sólo interesa, sino que es vital para la emigración. Que ésta no le defraude debe ser responsabilidad de todos. Y es que el problema de la emigración no es exclusivo de los emigrantes, sino del conjunto del pueblo español y parte importante a resolver en el conjunto de problemas de nuestro país.

5. La política del PCE hacia la emigración.

Cuando se produjo la emigración masiva de los años sesenta, el PCE ya estaba organizado en toda Europa, y sus militantes se fundieron con esta nueva emigración, pudiendo llevar a cabo una política migratoria que correspondía a los intereses de los emigrantes. Al mismo tiempo esta fusión ha hecho posible la gran audiencia que el PCE tiene entre los emigrantes españoles, y parte de ella corresponde a la importancia que dio al desarrollo del movimiento asociativo entre la emigración, siendo hoy en día el instrumento más eficaz de la defensa de sus intereses.

Hay unos datos muy significativos de militancia en el PCE que dan una idea de la fuerza del PCE entre los emigrantes: en enero del 77 volvieron a España dos mil militantes del PCE de la emigración, que se fundieron en sus respectivas organizaciones, y junto a este retorno ha habido cuatro mil nuevos ingresos en la emigración. Hoy son once mil los militantes en la emigración, con quinientas organizaciones en Europa. También hay organizaciones del PCE en países socialistas y en Australia, Canadá, Argelia, México, etc. Las ventas de MUNDO OBRERO alcanzan los doce mil ejemplares y las de NUESTRA BANDERA tres mil.

El PCE siempre ha tenido una política definida para resolver los problemas de la emigración y hoy se puede decir que está dirigida fundamentalmente hacia cuatro frentes:

— La lucha por conseguir que el retorno del emigrante se haga en condiciones favorables. Por eso los problemas de subsidio de paro, creación de puestos de trabajo, solucionar el problema de la vivienda, resolver la integración escolar de los hijos con reconocimiento de títulos adquiridos y por un puesto de escolaridad, lograr las exenciones aduaneras, entre otros problemas a resolver, son parte muy importante de las reivindicaciones que el PCE tiene para que el problema del retorno se haga con el menor sacrificio.

— Conseguir la protección por parte del Estado español de los derechos de los emigrantes en los países de residencia.

— Política de futuro: acabar con los desequilibrios regionales, causa fundamental de la emigración. Una de las medidas debe ir encaminada al fomento del ahorro del emigrante, dirigido a la inversión productiva en las regiones de origen, particularmente Andalucía, Galicia, Castilla, León y la Mancha. La fusión de las Cajas de Ahorros de las regiones en una Caja de Ahorros regional, que puede servir de instrumento de financiación para realizar los proyectos de desarrollo regional de esos futuros gobiernos autonómicos.

— Abordar los problemas de la inmigración. Es necesario que nuestro país se dote de una política no sólo de emigración, sino también de inmigración que no existe en la actualidad.

Estos puntos que N. B. ha extraído de la conversación con la Comisión de Emigración del PCE no han agotado la problemática del fenómeno migratorio. Simplemente es una pequeña aportación al conocimiento de los grandes problemas de los emigrantes españoles y a las soluciones que el Partido Comunista de España estima son necesarios abordar por el conjunto de las fuerzas democráticas de nuestro país.



EN EL PROXIMO NUMERO DE
Nuestra Bandera

Alberto Infante,
Pilar Brabo,
J. Sempere...

Sobre el "eurocomunismo"





Cultura Teatro

“El público” y “Así que pasen cinco años”. Nuevas perspectivas en el teatro de Lorca

Miguel Bilbatúa

La publicación de dos obras teatrales póstumas de Federico García Lorca —«El público» y «Comedia sin título», escritas en los inicios de la década de los treinta— ha precedido en escasos meses al estreno en un teatro comercial de la única obra de García Lorca hasta el momento no estrenada en España: «Así que pasen cinco años». Ambos acontecimientos permiten recomponer la imagen de Federico García Lorca en cuanto dramaturgo, centrada hasta el momento en las grandes obras escritas en los postreros años de su vida: «Bodas de sangre», «Yerma» y «La casa de Bernarda Alba».

Si la puesta en escena de «Así que pasen cinco años» ha demostrado la representabilidad escénica del texto lorquiano —como en el caso de Valle-Inclán han tenido que transcurrir cuatro décadas para que el texto de Lorca pierda su apodo maldito de irrepresentable, aunque ciertos críticos sigan refiriéndose al mismo como «poema dramático», mostrando su incapacidad para descubrir en el propio texto las tensiones argumentales, plásticas, etc., propias de toda obra dramática—, tanto esta obra como, de modo particular, la edición de «El público» nos permiten profundizar en ciertos aspectos de García Lorca, en el García Lorca de los primeros años treinta, investigador de nuevas formas teatrales, que pronto abandonará ante el desconcierto e incom-

prensión que sus manuscritos producen a cuantos los escuchan.

Pero esta necesidad de acomodarse, en los últimos años de su corta vida, a un teatro comercialmente representable según los usos de la época no le impedirá seguir considerando a «El público» como el más importante de sus trabajos dramáticos. En 1936 seguirá afirmando, según recoge Rafael Martínez Nadal, la ausencia de concesiones del texto ahora publicado, en la versión que entonces ultimaba: «Va a quedar formidable, y sin una sola concesión que facilite su estreno».

Esta frase, «Sin una sola concesión que facilite su estreno» —aunque Lorca, al mismo tiempo, estuviera convencido de que «diez o quince años más tarde la obra será un éxito»— permite, en mi opinión, orientarnos en algunos aspectos del carácter rupturista que este texto posee dentro de la literatura dramática española contemporánea. Para Lorca, «El público» no era un texto dramático al uso, era un texto irrepresentable en aquel momento, pero señalaba —«sin una sola concesión»— un camino dramático que el propio autor se vería obligado a interrumpir, porque, como veremos posteriormente, «Así que pasen cinco años» supone ya, dentro de un esquema similar, la introducción de elementos convencionales destinados a que el público pudiera acercarse con mayor

descanso a la obra. Aunque, ciertamente, esta finalidad no fuera conseguida; aunque hayan sido necesarios casi cincuenta años para su estreno; aunque, según se afirma, la propia Margarita Xirgu reconociera que no había entendido nada de la obra tras su lectura, y menos aún tras las explicaciones del poeta. Ambos dramas se situaban fuera de las fronteras de la comprensibilidad de sus coetáneos.

Tras estos experimentos fallidos, Lorca, como director de «El público», se verá obligado a limitarse a escribir, frente al teatro de la apariencia, un «teatro al aire libre» («he perdido toda mi fortuna, si no envenenaría el aire libre»), a falta de poder escribir un «teatro bajo la arena»: un teatro de las profundidades del hombre, un teatro del desmascaramiento de los diversos disfraces que, uno encima del otro, ocultan al ser humano, un teatro que obligue a la persona a desvelarse en su radical desnudez, sin concedérsele reposo.

Como replica el director al prestidigitador, en la escena final de «El público»: «Es rompiendo todas las puertas el único modo que tiene el drama de justificarse, viendo por sus propios ojos que la ley es un muro que se disuelve en la más pequeña gota de sangre. Me repugna el moribundo que dibuja con el dedo una puerta sobre la pared y se duerme tranqui-

lo. El verdadero drama es un circo de arcos donde el aire y la luna y las criaturas entran y salen sin tener un sitio donde descansar». O, en boca del autor, en «Comedia sin título»: «¿Por qué hemos de ir siempre al teatro para ver lo que pasa y no lo que nos pasa?. El espectador está tranquilo porque sabe que la comedia no se va a fijar en él, ¡pero qué hermoso sería que de pronto le llamaran de las tablas y le hicieran hablar, y el sol de la escena quemara su pálido rostro de emboscado!».

Dentro de esos «muros de la mentira», Federico García Lorca se ve obligado a ejercer su posterior actividad como dramaturgo: intentando realizar un «teatro al aire libre», ya que la época y el público —«el público, no el pueblo», dirá— le impiden realizar ese «teatro bajo la arena» al que se siente llamado. No es difícil rastrear en Federico García Lorca una concepción del teatro como desenmascaramiento, como enfrentamiento con «el público» habitual de los teatros comerciales.

Ya en el prólogo de «La zapatera prodigiosa» aparece el autor dirigiéndose al público con las siguientes palabras: «Respetable público... No; repetable público, no; público solamente, y no es que el autor no considere al público respetable, todo lo contrario, sino que detrás de esta palabra hay como un delicado temblor de miedo y una especie de súplica para que el auditorio sea generoso con la mímica de los actores y el artificio del ingenio... Por este miedo absurdo, y por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo o de que tres peces, por amor de una mano y una palabra, se conviertan en tres millones de peces para calmar el hambre de una multitud».

Teatro en el que la poesía no se haya retirado de la escena («por miedo al público... y por ser el teatro una finanza»); teatro como lugar en el que vemos lo que nos pasa y no simplemente lo que pasa. He aquí las dos características fundamentales de esta época del teatro de Lorca. Este ver lo que nos pasa, y no ver lo que pasa, tiene hondos reper-



cusiones en la escritura de «El público» y, en menor medida, de «Así que pasen cinco años». Mientras en sus últimas obras —«Bodas de sangre», «Yerma», «La casa de Bernarda Alba»— Lorca utiliza un esquema dramático que, en sus líneas maestras, podemos denominar tradicional, en cuanto que el conflicto dramático es narrado a través de un esquema argumental a través de una historia («teatro de ver lo que pasa»); en «El público» el esquema argumental carece de lo que podemos denominar «historia», y en «Así que pasen cinco años» ésta es tan leve que debemos rastrearla entre la profusión de imágenes poéticas desplegadas por el autor.

Eliminado el conflicto dramático exterior, o disuelto entre las metáforas, Lorca se lanza a la construcción de un teatro en el que la conflictividad dramática nace fundamentalmente de la tensión producida por la necesidad de ahondar en el despojamiento de las falsas apariencias del hombre y los esfuerzos de éste, resistiéndose a tal desenmascaramiento. Tanto «El público» como «Así que pasen cinco años» fundamentan su dramatismo en este conflicto interno planteado en su máxima radicalidad.

Máxima radicalidad porque hemos de tener también en cuenta la pers-

pectiva desde la que Lorca ofrece sus dramas «surrealistas». Mientras en obras posteriores la imposibilidad del amor conduce a la muerte, en «El público» y en «Así que pasen cinco años» la imposibilidad del amor es presentada desde la perspectiva de la muerte; más aún, podemos decir que en ambas obras existe una equivalencia entre los dos términos.

No es difícil rastrear en «Así que pasen cinco años» un tema presente en otras obras de García Lorca: la imposibilidad del amor cuando se somete a las normas sociales el joven, al aceptar el plazo de los cinco años, al aceptar las convenciones sociales, al plantearse la realidad como sueño (sueño-muerte) no hace sino lanzarse en los brazos de la muerte. «Guardaba los dulces para comerlos después», recuerda el joven; un después que no existirá nunca porque al obligar a la novia a cortarse las trenzas la ha perdido para siempre.

Es el amor como posesión el que conduce a la muerte. «No hay fuego que el mío. Porque te ha esperado y ahora gano mi sueño», responde el joven a la novia que «quiere quemarse en otro fuego», la cual responderá antes de abandonarle, de ofrecerse a quien significa la vitalidad: «Déjame. Todo lo podrías haber dicho menos la palabra sueño». Desde la



radicalidad de la muerte, el tema del amor entre el joven y la novia es trascendido por Lorca al más genérico de la autenticidad del amor, de la autenticidad de la propia vida; al igual que en «El público», Lorca trasciende el tema del amor homosexual, reconvirtiéndolo en el antes citado.

Obras del mismo período, no es de extrañar que «El público» y «Así que pasen cinco años» tengan una estructura similar. Martínez Nadal, en su presentación de «El público», señala el carácter circular de la obra. El punto final de la obra es su punto de arranque. De la misma forma podemos encontrar una simetría en la estructura de «Así que pasen cinco años» en cuanto dividamos el acto tercero en sus tres componentes: escena del Arlequín, escena del teatrino, escena de los tres jugadores. Presentadas desde la perspectiva de la muerte, desde el instante de una muerte que se ha iniciado en el momento de la inautenticidad primera, el argumento no puede ser lineal, sino puntual. Ahora bien, este carácter puntual no nace únicamente por la escritura de los dramas desde

la perspectiva de la muerte (ello admitiría un argumento lineal, como hemos señalado en sus obras posteriores), sino fundamentalmente desde la radicalidad del experimento de un teatro en el que «vemos lo que nos pasa», habiéndose rechazado por el autor la perspectiva de «mostrar lo que pasa».

«Ver lo que nos pasa» exige un continuo girar sobre uno mismo en un proceso de continuo despojamiento, puesto perpetuamente en cuestión por la negativa de cada uno a reconocerse eliminadas las máscaras. Y es este prolongado barrenar en búsqueda de la autenticidad lo que obliga a Lorca a la utilización de un lenguaje metafórico, tantas veces calificado como «surrealista». Porque, como señalara el propio Lorca respecto a su poesía, no se trata tanto de la utilización de las técnicas surrealistas de la escritura automática como de la utilización de imágenes en que la distorsión de sus componentes nos remite al surrealismo.

Nos encontramos ante las obras más materialistas del teatro de Lorca, si entendemos por materialismo el

enfrentamiento contra el ilusionismo de la escena convertida en espacio de una realidad falsa mostrada como verdadera. Teatro de imágenes que se nos muestran como tales, pero, además, teatro de imágenes que se van encadenando con la lógica férrea de las imágenes simbólicas.

Teatro «sin una sola concesión» en el caso de «El público», con concesiones mínimas en el caso de «Así que pasen cinco años» (mínimas concesiones a la argumentación lineal que obligan a Lorca a introducir algunos personajes secundarios que no terminan de encajar en la estructura de la obra), Lorca inicia al comienzo de los años treinta lo que habría de constituir su «teatro bajo la arena», pero que incomprendido en su tiempo se vio obligado a sustituir por aquel «teatro al aire libre» en el que se cobija el director de «El público», aunque como éste creemos que también Lorca pudo decir: «He perdido toda mi fortuna, si no envenenaría el aire libre.»

Miguel BILBATUA

dialectiques

Directeur de Publication: David Kaisergruber
77 bis, rue Legendre, 75017 PARIS - Tél.: 229 41 22
C.C.P. La Source 33 762 71

REVUE TRIMESTRIELLE

Octobre 1978

au sommaire du n.º 24...

L'URSS: SOCIALISME OU NON?

Manuel AZCARATE: L'URSS contre nous.
Alfons COMIN: Moscou, le pape et le pope.
MASSIMO SALVADORI: Le marxisme à l'épreuve de la réalité soviétique.

Dossier: Réhabiliter Boukharine

Lettre du fils de Boukharine à Enrico Berlinguer, réponses de Giuliano Procacci, Paolo Spriano et Salvatore Sechi.

CRITIQUE DES CONCEPTS MARXISTES

Réponses à Louis Althusser (*Entretien, Dialectiques, n.º 23*). D. Zolo, P. Rovatti, G. Vacca, N. Badaloni, B. De Giovanni, E. Altvater, G. Maramao, M. Montanari, F. Cavazutti.

Régine ROBIN et Michel GRENON: La conquête de l'hégémonie à la fin de l'Ancien Régime.
Yannick BLANC: Les contradictions de Gramsci.
Francisco F. BUEY: Crise, critique ou autocritique du léninisme.
Nicolás SARTORIUS: Syndicats et partis, masses et pouvoir.
Lucien SFEZ: La politique symbolique.

DIALECTIQUES n.º 24 - 140 p., 30 F. (étranger: 35 F)

Cultura

Libros

Arturo Barea

La forja de un rebelde

UN MUNDO RECOBRADO

1. UN LIBRO SECRETO

«La forja de un rebelde» ha sido, hasta hace muy poco tiempo (1), uno de los muchos «libros secretos» que formaban parte de una caudalosa cultura no oficial. Las dificultades para leer o adquirir, generalmente a precios elevados, estas obras es un tema sobre el que los lectores españoles saben, por experiencia propia, tanto o más que nosotros. No es éste lugar para tratar de él. Sí es pertinente puntualizar que la trilogía de Barea fue una de las novelas más castigadas por la censura oficial. La razón principal es obvia: su tema era tabú. Simplificando, pues, lógicamente, el mundo novelesco de Barea es rico en subtemas y matizaciones: se trata de una interpretación, a nivel personal y colectivo, de nuestra más reciente historia. Los problemas sociales, políticos y económicos de nuestro país en un período crítico, desde principios de siglo hasta el final de la guerra civil, desfilan por las páginas de esta novela. Aunque, sin duda, la causa última de su prohibición se encontraba en la *narración* directa, concreta (con «pelos y señales», con nombres y apellidos propios en no pocas ocasiones), sencilla (ru-

(1) La primera edición autorizada en España, que nosotros sepamos, es de 1977: Ediciones Turner, Col. La Novela Social Española.

da, diríamos) y, por tanto, perfectamente comprensible, que campea en gran parte de la trilogía. Quizá no sea superfluo advertir que lo que aquí nos interesa es su carácter de producto literario en su totalidad y no estrictamente su contenido socio-histórico. Desde luego, *una* de las características del texto es la de ser «un documento de un interés social e histórico apasionante» (2), pero una lectura que sólo tenga en cuenta este aspecto (básico, por otro lado, pues sería ingenuo, o malicioso, disociarlo) será incompleta.

Muchos lectores y críticos no han sabido ver el valor total de la obra y la han juzgado únicamente por su valor testimonial. La polarización era inevitable: para unos, las «ideas» expresadas eran veraces; para otros, execrables. Pero los únicos que se podían expresar públicamente, en España, claro está, eran los segundos. Los comentarios que podíamos leer eran rotundos y, por lo menos en un principio, unánimes: la novela era «antiespañola», «un truco propagandístico», «una ridiculización de lo español» y otras lindezas por el estilo. Más adelante, empiezan a aparecer comentarios que procuran tener en cuenta los diversos factores de la novela: lenguaje, construcción, testimonio, etc. (3). De todas las maneras, prevalece la idea de que el relato es ante todo una autobiografía y, por tanto, que su máximo valor es el documental o testimonial. Para Torrente Ballester, por ejemplo, «La forja de un rebelde» le «parece la demostración de cómo no es posible reducir a novela un sistema de hechos y de experiencias por los cuales necesariamente el autor tiene que tomar partido; más aún, que los ha vivido y en

(2) Brown, Gerald: *Historia de la literatura española. El siglo XX*. Barcelona, Ed. Ariel, 1974, P. 207.

(3) Por citar algunos: Sobejano, Gonzalo: *Novela española de nuestro tiempo*. Madrid, Ed. Prensa Española, 1975, segunda ed. Nora, Eugenio G. de: *La novela española contemporánea fuera de España*. Madrid, Ed. Guadarrama, 1963.

cuyas consecuencias participa» (4). No es nuestra intención entrar en la polémica sobre la naturaleza del género novelesco, pero sí creemos que el autor parte no de un «tema» o «temas» en un sentido abstracto, sino de *sus* temas. El que Barea, u otro cualquier novelista, trate de *sus* temas apasionada y obsesivamente no es, en principio, ni un defecto ni una virtud. En buena «lógica novelesca», se acerca más a lo segundo, porque la «novela más hábil y hasta la más sincera, la más “inspirada”, la más “personal”, se deshace en una segunda lectura si el autor no ha tratado el tema que era el *suyo*» (5). El tema es *uno* de los elementos indispensables que se integran en la *totalidad significativa* que es una novela. Y así ocurre en la trilogía que comentamos. Por eso creemos que es inútil tratar de encasillar «La forja de un rebelde» en un determinado tipo literario (novela, memorias, autobiografía, etc.), y lo que interesa dilucidar es, a nuestro entender, si Barea ha logrado esa *integración* de los distintos «materiales» (formales y de contenido) de que consta una auténtica obra literaria. Y «La forja de un rebelde» lo es, y no sólo por su interés documental, sino por su intrínseco valor literario, que es el que hace posible la *revelación de un mundo*, el que mantiene viva y palpitante la memoria de un hombre y, a la larga, de un pueblo.

2. PRIMERA PARTE: «LA FORJA»

«La forja», «La ruta» y «La llama» son los títulos de las tres novelas de la trilogía. El método narrativo utilizado es el autobiográfico: el personaje principal, narrador y «eje» fundamental de la trilogía es el mismo au-

(4) Torrente Ballester, G.: *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid, Ed. Guadarrama, 1965. 3ª ed.

(5) Alberes, R. M.: *Historia de la novela moderna*. México, UTEHA, 1966, página 318.

tor, Arturo Barea. Cada una de las partes se ocupa de un período de su vida.

Cronológicamente, «La forja» abarca la niñez y la adolescencia del protagonista. Arturo es un niño desarraigado: es huérfano, y su madre, en precaria situación económica, ha tenido que aceptar que su hijo viva con unos tíos suyos sin hijos. Tío José y tía Baldomera pertenecen a esa clase media con pretensiones, que poseen cierta estabilidad económica y unas pesetas ahorradas, pero no grandes intereses. Simplificando, son, tanto en intereses como en mentalidad, unos «pequeñoburgueses». El chiquillo vive entre esas dos clases con rígidos límites en todo: casa, ropa, educación, amistades... La lucha íntima y atormentada que mantiene el protagonista consigo mismo por este motivo es una constante a lo largo de los tres libros, a lo largo de toda su vida. Barea nunca encuentra «su sitio», e incluso en su madurez, cuando ya ha tomado partido, le acuciará esa conciencia de «desclasamiento».

«La forja» es la historia de esa gradual y tantas veces contradictoria «toma de conciencia». Pero es mucho más que una «novela de aprendizaje», que una lucha solitaria, pues su experiencia se produce por el conocimiento y comprensión de un mundo que hará suyo: el de los humildes. Este «viaje interior» comienza con la situación de la madre de Arturo en casa de sus tíos (sobre todo frente a la tía); la madre es allí una criada. La tía reclama sus derechos sobre el niño y éste y su madre tienen que esconder su cariño. No se piense, por la necesaria «reducción» del argumento, que se plantea un conflicto con tintes melodramáticos; al revés, no sólo transcurre la acción con verosimilitud, sino con cierta sordina que el autor impone a su sentimentalidad. Además, la eficacia del relato está en el conjunto, y éste se va desenvolviendo armónicamente. El conjunto, el «microcosmos» que el protagonista va desvelando y asumiendo, es rico y variado. La selección que ejecuta el narrador es tan atinada que la sensación que recibe el lector es de plenitud: está todo lo que hace falta para que ese mundo se presente ante nosotros con una «vida» y un vigor admirables. Max Aub



lo define como «un cuadro de primer orden (...), del Madrid mísero de principios de siglo» (6). Y algo corto se queda en lo segundo, porque la novela no se limita al «Madrid mísero» (aunque ocupa un lugar preeminente) y el «ambiente» captado es mucho más amplio.

También hay que matizar el término «cuadro». Siempre que se hable de este elemento en «La forja» no hay que entenderlo en el sentido costumbrista (inmovilista y «típico»), pues Barea ha logrado dotar a estos «cuadros» de un sentido dinámico y dialéctico que los lleva más allá de lo costumbrista y lo documental. La «fórmula» se basa en una interacción integradora de los distintos factores: descripciones, personajes (que no «tipos») y causas subyacentes (políticas, económicas, históricas, etc.). El resultado es una «imagen plástica y poética», no una «fotografía». Como aludíamos más arriba, el principal logro de la novela es la *revelación de un mundo* y no su «reproducción».

Dentro de estos «cuadros ambientales» destacaremos la visión del «mundo de los humildes», en el que se desenvuelve su madre, lavandera de oficio. Diversos personajes, como

el del señor Manuel, las vecinas, las compañeras de la madre u otros aparentemente más episódicos (niños que juegan con él, un anarquista, «un cura muy gordo», etc.), quedan «encajados» en el ambiente y le dan vida. Junto a éste, el mundo de los tíos y sus amistades complementa la visión anterior. El colegio es una etapa fundamental. En él, religión y enseñanza van estrechamente unidas (es un centro de religiosas), con un resultado, para el autor, negativo. Los problemas religiosos y existenciales que el adolescente intuye y quiere comprender no reciben respuestas satisfactorias. Cuando indaga sólo encuentra «prohibidos»: el sexo es algo terrible y maligno, no se deben leer ciertos libros; los socialistas, por ejemplo, son personas malvadas, etcétera. La figura que encarna, aunque queda claro que es el ambiente en general, esta represión es el padre Vesga, quizá el personaje más sombrío de toda la novela. Por el contrario, la técnica de contrastes es una de las más utilizadas por Barea: el bondadoso padre Joaquín le acerca a un «cristianismo humanizado», que no abandonará el protagonista durante toda su vida. Fruto de esta amistad con el padre Joaquín es la admiración que él, amante de los animales, tendrá siempre por San Francisco de Asís.

(6) Aub, Max: *Manual de historia de la literatura española*. Madrid, Akal Editor, 1974, p. 532.

La misma fina percepción y ternura que el autor pone en el mundo de los humildes la aplica a la descripción, en los términos que la hemos definido, de ciertos pueblos castellanos (sobre todo Méntrida, Brunete y Navalcarnero). La combinación del detallismo realista, no exento de un lirismo contenido, como en las mejores páginas del libro, con que se trata la vida cotidiana y la reflexión sobre los problemas seculares de estas tierras, supera en belleza y eficacia al tratamiento que del mismo tema dan algunos celebrados escritores del «98».

La muerte de su tío José, un tipo de gran calidad humana, marca el paso de la niñez a la adolescencia. Detrás quedan las pequeñas aventuras, las «pandillas», los mendigos (con varios personajes admirables), los aficionados del Teatro Real... Delante, lo que él mismo llama «la iniciación al hombre». Toda la segunda parte de la novela se centra en una palabra: trabajo. Arturo ha sido un «niño rico» para sus compañeros humildes y un «niño pobre» para los más acomodados. A partir de la muerte de su tío tiene que elegir: o seguir viviendo de «limosna» o trabajar. Rechaza la desazonante posición entre dos clases, que consciente e inconscientemente siempre le han aguijoneado, y elige una más clara y terminante, la de su clase: trabajará. Desde luego, todavía no es una toma de «conciencia de clase», es una crisis personal propiciada por el estallido «contra todo» de la adolescencia. Trabaja de aprendiz durante algún tiempo y vuelve con la tía. Mas la situación es ahora distinta: el que manda es él. Una corta temporada de estudios y, por recomendación de su tía, entra en un gran banco, el «Credit Etranger». Gradualmente, Arturo pasa de empleado dócil a rebelde. Es la época de su afiliación a la UGT, decisión que, como «señorito de corbata», le cuesta no poco trabajo adoptar. El proceso es lento y se debe tanto a esa rebeldía que se va cuajando en él como al influjo de algunos de sus compañeros de trabajo. El final es previsible: tiene que abandonar su puesto de trabajo después de un humillante incidente.

La sencillez argumental, el claro esquema narrativo y el estilo muchas



veces coloquial pueden inducir al error de subestimar la técnica de la novela. Sin entrar en las intenciones del autor, pues sería estéril hacer cábalas sobre si él quiso escribir una «novela» o un «reportaje», y partiendo de la obra en sí, analizaremos las líneas maestras, a nuestro entender, del artificio novelesco.

Ya hemos indicado que la novela está narrada en primera persona. Hay que señalar que el narrador se desdobra: existe un «narrador adulto» y un «narrador infantil» (y adolescente). El segundo es el fundamental. El «punto de vista» se encuentra, pues, en el niño protagonista. Casi todo lo narrado está visto «a través» de la inocencia de este personaje. Con este procedimiento, en apariencia sencillo, el autor logra efectos sorprendentes en cuanto a «verosimilitud», intensidad y fuerza narrativa. El niño no recuerda, él cuenta lo que ve en ese momento, sin meditaciones y con toda sinceridad y naturalidad propia de sus pocos años. O por lo menos, y eso es lo que importa, ésa es la impresión que recibe el lector. Así, la indudable carga crítica de la novela nos llega de un modo directo e inocente, no a través de un hombre que ha tomado partido. Todos sabemos que detrás se encuentra ese hombre (con sus contradicciones, con sus verda-

des, con sus perjuicios...), pero ese sabio **distanciamiento**, esa perspectiva sincera y apasionada que Barea sabe imponer en su narración es la que confiere a «La forja» una «tan sencilla impregnación de realidad, una frescura y precisión de memoria infantil tan sobrecogedoras, que hacen de este primer volumen, sin duda, el mejor de la trilogía y algo tan raro en la literatura moderna» (7).

El «narrador adulto» interviene en contadas ocasiones. Su aparición está casi siempre motivada por la necesidad de reflexión sobre algún problema personal o social. Por lo general, el hombre completa la visión del niño, aunque no suele añadir nada en lo estrictamente narrativo, dotándola de un nivel reflexivo impropio de la edad del protagonista. Recordaremos como ejemplos, las intervenciones del «narrador adulto» en la narración de la corrida de toros de Brunete y en las descripciones del barrio de Lavapiés, en Madrid.

La «secuencia», o engarce lineal de las unidades narrativas, es sencilla y está dentro de la composición tradicional en la narrativa del siglo XIX y principios del siglo XX. Cada capítulo es una unidad narrativa con entidad propia y los títulos intentan resumir el contenido o la intención

(7) Nora, *op. cit.*, p. 16.

del capítulo («Tierras de pan», «El colegio», «La iglesia», «Iniciación al hombre», «Proletario», «Rebelde...»). Esto es lo que podemos llamar «estructura externa». La «estructura interna» o «sistema», como más o menos pretenciosamente se dice hoy, a veces muy equívocamente, hay que buscarla en esa *integración o interrelación* de los diversos niveles que entran en juego en una obra novelesca, a los que ya hemos aludido: la sucesión de «cuadros» ambientales; los cientos de personajes humanos y «vivos» que los pueblan; la presencia patente o latente de los problemas personales y sociales que acucian al autor (religión, lucha de clases, sexo y un largo etcétera), y, claro está, el lenguaje utilizado, del que hablaremos más adelante brevemente. Todo ello hace posible ese «sistema», o «mensaje organizado» si se quiere, que es toda obra literaria de cierta entidad y que distingue a «La forja» de unas «memorias fragmentarias» o de un simple «documento».

El «lenguaje» de «La forja» (y de la trilogía en general) no ha recibido buenas críticas; se le suele motejar, incluso en las críticas favorables, de «descuidado» y «desigual». Y, desde un punto de vista gramatical, es verdad. Pero también es cierto que juzgar el «lenguaje» o el «estilo» de una obra desde un paradigma «académico» o gramatical es, por lo menos, inútil. La noción de «estilo» sólo tiene sentido si la relacionamos con la noción de «sistema». El «lenguaje» o «estilo» de una obra será válido si *ha servido* adecuadamente al «sistema» al que pertenece. En el caso que tratamos este ajuste entre «estilo» y «sistema» se da en un grado óptimo. La finalidad perseguida es, en consonancia con otros elementos, la de lograr un estilo sencillo, no pocas veces cerca de lo coloquial. Un contenido lirismo y un uso algo abusivo del lenguaje figurado (sobre todo en los dos últimos volúmenes) son también características dominantes. Y, ante todo, se consigue el llegar directamente al lector, interesarle con un estilo jugoso y vivaz. Ya que hemos hablado de las otras dos novelas, hay que decir, en cuanto al estilo que éste conserva sus características fundamentales, pero, sobre todo en «La llama», existe un cierto anquilosamiento retórico.

3. SEGUNDA PARTE: «LA RUTA»

Este segundo volumen no es una continuación del primero. Existe, desde luego, una estrecha relación significativa entre «La forja» y «La ruta», pero ésta es *otra* novela. Barea no se limita a prolongar la primera, y esto es indudablemente un acierto. De seguir la tónica marcada por «La forja», se correría el peligro, como le sucede a tantas «segundas partes», de agotar la «fórmula» y de empalidecer los hallazgos expresivos de la primera. El autor ha preferido, pues, que cada una sea una «unidad», sin detrimento, repetimos, de las lógicas relaciones entre las tres. El entrañable mundo de «La forja» queda atrás, cerrado en sí mismo, conservando, por un lado, la pátina del recuerdo y la melancolía, y, por otro, la vivacidad y precisión que lo hacen actual. Con «La ruta» se abre otro camino (el del adulto) y otros ambientes (la guerra de Africa y el Madrid de la dictadura de Primo de Rivera).

La reflexión y la crítica se acentúan en este segundo volumen. Pero sería inexacto hablar sólo de una «novela de guerra» o de una «novela antimilitarista». «La ruta», como «La forja», es ante todo una trayectoria personal inserta en un momento histórico. Las vicisitudes y los problemas del protagonista son, por extensión, por natural trascendencia, los que vive el país. De ahí viene ese carácter de concreción y verdad con que está dotado el relato. La «verdad», como en toda visión personal, es la de un hombre, pero sin justificaciones forzadas o elucubraciones abstractas. Por otra parte, las «armas» literarias del autor son bastante análogas, en lo esencial, a las de la primera parte: el método autobiográfico, la creación de ambientes y el pulular de convincentes personajes. Pero no hay ninguna rigidez en el método. Los cambios que se producen son los demandados por la nueva finalidad. Entre ellos, es básico la distinta «construcción» del personaje principal, narrador y protagonista a la vez, como ya sabemos. En «La forja», el narrador, en primera persona, nos presentaba los hechos en el mismo momento en que se producían. Se empleaban, lógicamente, las personas verbales en

presente: lo que llamábamos el «narrador infantil». Junto a éste, el «narrador adulto», con una intervención pequeña y subordinado al otro. En «La ruta» encontramos un sólo narrador: un «narrador adulto» que recuerda los acontecimientos que le acaecieron. Predominan, pues, las formas verbales en pretérito (indefinido e imperfecto), y, con muchas menos intensidad y sin la incidencia básica que tenían en «La forja», aparece el presente de indicativo. El «punto de vista» admite dos matrices: unas veces se encuentra en el joven protagonista, que narra el hombre mayor lo que le ha acaecido hace poco tiempo; otras, las más, en el hombre mayor que recuerda los acontecimientos de esos años. Hay un equilibrio bien conseguido entre narrar los hechos como sucedieron y las digresiones reflexivas que suscitan al autor. De ahí, ese mayor «peso», en esta novela, de la reflexión y de la crítica al que aludíamos más arriba.

La acción de la novela comienza en 1920, en Marruecos. Barea, que cumple su servicio militar, es sargento de Zapadores. Por su posición, va a estar en un «engranaje» que detesta (situación que es un *leit-motiv* en toda la obra, y más evidente a partir de ahora). Participará, aun en contra de sus convicciones, en no pocas de las corruptelas a que dan lugar la guerra y la ocupación. La impotencia ante lo que ve (Barea es casi siempre un testigo, rara vez un hombre de acción) y la lenta degradación a la que está sometido, le llevan a una tensión emocional que se transparenta en toda la narración. La dura crítica no sólo alcanza al Ejército, sino a toda una organización social que hace posible la situación. Visto así, el antimilitarismo de «La ruta» no se centra en el Ejército como institución, sino como parte de esa sociedad.

Ante el lector se va levantando todo el tinglado que supone una guerra colonial. Pero, afortunadamente, puede más el escritor que el moralista, y, sin perder virulencia su testimonio, al revés, en la novela va cuajando el variopinto mundo del Marruecos de los años veinte, al que define el autor como «un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos» (pág. 37). Y nada de esto falta. Con la pericia que ya hemos

comentado, Barea va recreando los diversos ambientes: la vida cuartelaria, las tabernas, los burdeles, los blocaos, las oficinas militares, los zocos... Quizás el lector eche de menos, aunque a veces esté presente, la ternura y el amor de las descripciones del Madrid de principios de siglo, y note más el tono irónico y severo, de «aguafuerte», utilizado más en esta ocasión. De todas formas no existe uniformidad, y no pocas veces aflora el cariño por un paisaje o un lugar. Igual pasa con los personajes: rara vez encontraremos un personaje totalmente odioso. Lo normal (salvo, quizás, en el caso de Millán Astray) es describir la luz y la sombra de cada uno.

Siguiendo la tónica de la novela anterior, la visión de conjunto del medio social en que se ve inmerso encaja con la problemática íntima del narrador-protagonista. El problema sexual o amoroso y la hipocresía de la sociedad, a este respecto, que ya aparecía al final de «La forja», es aquí una «piedra angular». La mala educación de los jóvenes en este aspecto y las timoratas convenciones sociales dificultan unas relaciones naturales y sinceras. Es un problema del protagonista, pero también lo es a escala nacional. Barea no encuentra la «mujer ideal», e incluso su matrimonio «a la española» es un fracaso.

De vuelta a Madrid, se encuentra con una agudizada situación social: el descontento de los trabajadores es cada vez más evidente. Barea se ve inmerso, otra vez, en su dilema fundamental: es un «señorito de corbata», se coloca bien, gana dinero (ya es don Arturo), pero no puede olvidar sus convicciones. La lucha íntima entre el burgués autosatisfecho y el hombre con «conciencia de clase» es, repetimos, una de las constantes de la triología. Como dice Nora, la «sutil agresividad ideológica de su obra» resulta de presentar esta progresiva «toma de conciencia» social como consecuencia natural de la experiencia (8).

Dando al término una amplia acepción, podíamos decir que «La ruta» es una «novela política». Entiéndase bien: política no sólo por su «contenido», sino por su valor conceptual total. Y éste, en una obra

(8) Nora, *op. cit.*, p. 17.



literaria, viene dado por su estructura, en el sentido de que el «pensamiento del escritor se realiza en una estructura artística determinada de la cual es inseparable» (9).

4. TERCERA PARTE: «LA LLAMA»

Este tercer volumen ha sido el menos favorecido por la crítica. De los tres, «La forja» es el que ha recibido más elogios. «La ruta», aunque con más reticencias y haciendo más hincapié en el aspecto crítico, tampoco ha salido malparada. Por ejemplo (y es opinión generalizada), Max Aub (10) piensa que «está a la par de las mejores (novelas) acerca del mismo tema, «El Blocao» e «Imán» (11). En cambio «La llama», incluyendo a la crítica más ponderada, está considerada como la de menos calidad. Nora encuentra el arte del escritor «vacilante en la última parte de su triología» (12). Otro crítico, Sanz Villanueva, que valora

(9) Lotman, Yuri M.: *Estructura del Texto Artístico*. Ediciones Istmo, 1978, página 22.

(10) Aub, Max, *op. cit.*, p. 532.

(11) De José Díaz Fernández y Ramón J. Sender, respectivamente.

(12) Nora, *op. cit.*, p. 18.

positivamente las dos anteriores, opina que la tercera «se resiente, literariamente, de una visión partidista del autor, y resulta demasiado esquemática; además, la construcción novelesca desaparece casi por completo y el libro tiene, fundamentalmente, un valor testimonial» (13). Y por fin, Max Aub sentencia: ««La llama» es muy inferior» (14).

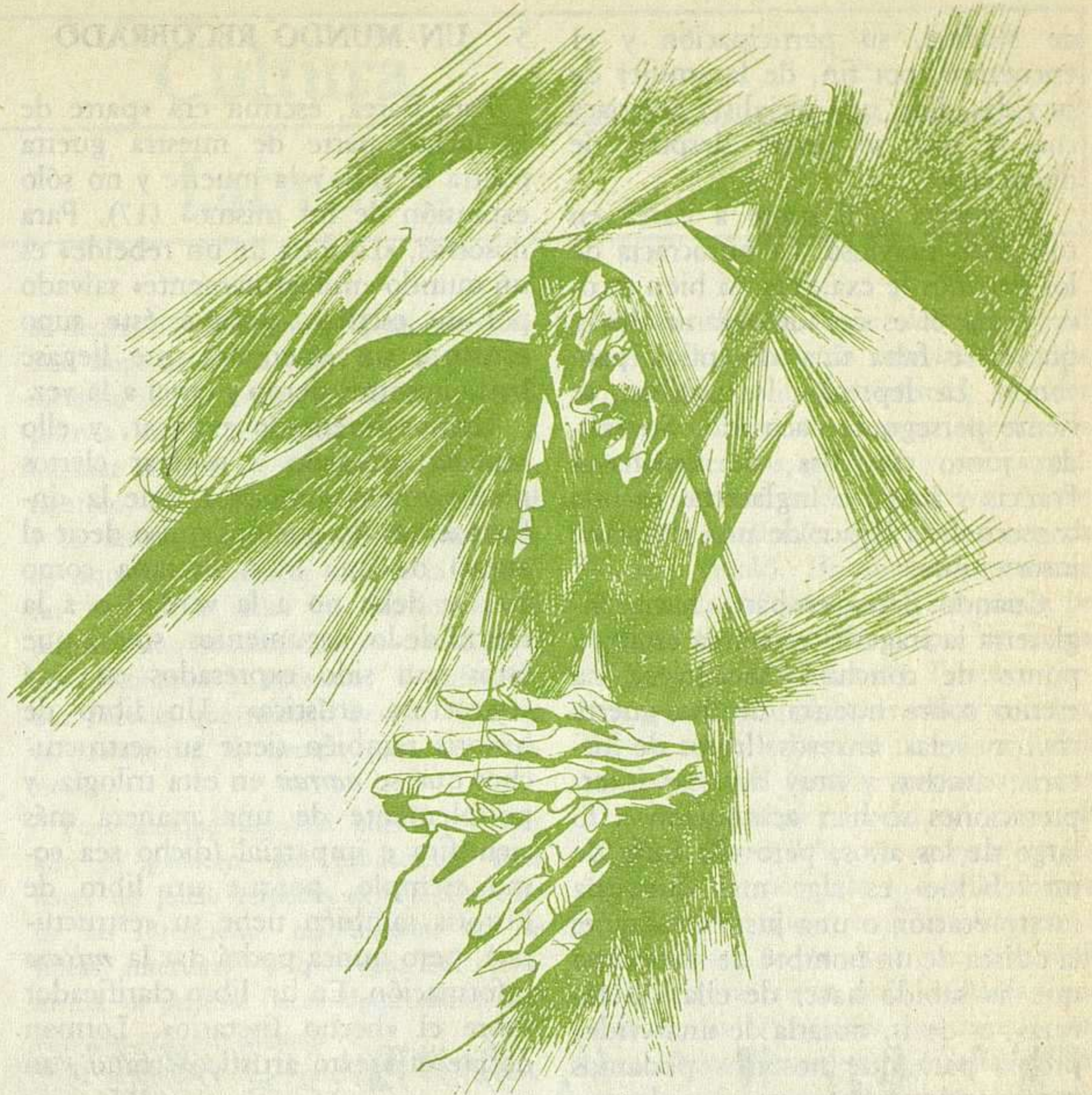
Aunque puedan parecer duras, las tres críticas que acabamos de transcribir dan una visión bastante exacta de lo que es «La llama» como novela, como «texto artístico». Cuando hablamos de las dos anteriores insistimos en que eran dos novelas distintas y de estructura coherente, si bien estrechamente relacionadas por su «significado», por su intención. «La llama» vacila un tanto en cuanto a su coherencia interna: a veces parece que el autor pretende volver a la «fórmula» de «La forja» o a la de «La ruta». Es como si el «contenido» (lo que él nos quiere comunicar) no encontrara una estructura adecuada. Y, como hemos recordado antes, las ideas de un autor no tienen sentido aisladas, sino que se expresan «en

(13) Sanz Villanueva, S.: *La prosa narrativa desde 1936*, en «Historia de la literatura española» (XIX y XX). Madrid, Guadiana, 1974, p. 427.

(14) Aub, Max, *op. cit.*, p. 532.

toda la estructura artística» (15). Aquí sí son evidentes las dudas y tanteos de Barea como escritor: la novela pasa del «documento» al cuadro de costumbres, de la autojustificación personal a la actitud social combativa, sin encontrar un ajuste adecuado. Como si Barea tuviese muchas «cosas» que decir y encontrase el «sitio» exacto. Quizás este desequilibrio venga por el protagonismo agobiante del narrador-protagonista. El angustiado Barea va de problema en problema, zarandeado por las circunstancias. Y, sin embargo, esta figura, patética por sí, del hombre que quiere ser sincero, que quiere ser útil a sus semejantes, que quiere obrar bien con su familia y su patria y que no logra hacerlo como sería su deseo, no convence ni emociona como en las novelas anteriores. Problemas de «construcción» se dirá; pues sí, pero siempre que se entienda ese término no de una manera simplista, sino como un largo proceso en el que se encuentra involucrado el escritor como tal, como individuo y como ser social. En este caso, en nuestra opinión, le fallan al autor la elección de su tema, el *tono* y la *posición* a tomar respecto a ese tema *personal*.

Y con todo, «La llama» no es una novela desdeñable. Es inferior comparada con las otras dos (aquí sí que se puede hablar de cierto fragmentarismo y de tendencia a las memorias). Y no es desdeñable, porque, aunque falla esa *integración* de «materiales» a la que hemos aludido varias veces, la fuerza testimonial y las facultades de escritor «rudo» y directo no le abandonan. Además, al considerar que, en cierto modo, se suele olvidar: completa un «fresco» histórico y una trayectoria personal inserta en él. El resultado final, vacilaciones incluidas, es francamente positivo. Nora ha sabido ver que «La llama» integra «en perfecto trenzado lo que hay en ella de visión, a un tiempo entrañable y fríamente analítica, de un pueblo en armas, con el precipitado de «conciencia social» rebelde extraído de «La forja» y con el ácido corrosivo antimilitarista de «La ruta», y añade que la trilogía «aparece, en cuanto a su significación profunda y suma final



de cualidades, dotada de una intencionada y firme, eficaz armadura dialéctica» (16).

En «La forja» está novelada la infancia y la adolescencia (desde principios de siglo hasta 1914); en «La ruta», la juventud (1920-1923), y en «La llama», la madurez (1934-1938, aproximadamente). La novela, igual que las otras dos, está dividida en dos partes. En la primera, Barea es testigo impotente de cómo se acerca un enfrentamiento irremediable, a su juicio. Estos años (1934-1936) están vistos como una «guerra latente»: las derechas se preparan, el fascismo, en convivencia con el gran capital, va cobrando fuerza y las izquierdas se dividen. Los enfrentamientos de los partidos de izquierda entre sí desesperan al protagonista. Sólo el «pueblo sencillo» podría superar esta situación (la idea que tiene Barea del «pueblo» es bastante contradictoria, quizás porque no termina de comprender que la brutalidad, el heroísmo, la cobardía, el desprendimiento... suelen ser muy difíciles de separar nítidamente). Un perso-

naje, Angel, sincero y elemental, será el portavoz de estas ideas de unidad. Estalla la guerra. La violencia desatada angustia a Barea. Pero, por encima de todo lo que le repele (fusilamientos, «paseos» brutalidad colectiva, etc.), comprende que «no podía seguir evadiéndose» (p. 143).

Desde su posición de burgués (dirige una oficina de patentes) conoce el mundo de los negocios y del gran capital. Es consciente, como en «La ruta», de su participación en ese mundo: «Yo era una ruedecilla insignificante de la maquinaria, pero la fuerza tenía que pasar a través de mí» (p. 36). Y se refuerza esa sensación de testigo impotente al saberse manejado: «En la escuela se había visto entre el engranaje de un sistema hipócrita de enseñanza (...). En el Ejército me había visto entre el engranaje de los obreros de la guerra (...). Ahora me veía en otro engranaje...» (p. 36).

Su situación familiar y amorosa es un desastre: su matrimonio sólo existe en teoría, y su querida «a la española», María, ha terminado por ser un estorbo en su vida.

En la segunda parte narra el asedio

(15) Lotman, *op. cit.*, pp. 16-17.

(16) Nora, *op. cit.*, pp. 16-17.

de Madrid, su participación y el encuentro, por fin, de la «mujer de su vida», Ilsa, una socialista austriaca con la que se casará después de divorciarse.

La guerra civil sume a Barea en una crisis nerviosa. La burocracia de los partidos le exaspera, si bien reconoce que él es un «desorganizado» y que hace falta una disciplina para vencer. La depresión lo inutiliza, se siente perseguido, acosado. Su salida, junto con Ilsa, de España a Francia y luego a Inglaterra, es una consecuencia lógica de una situación insostenible.

Cuando Barea embarca hacia Inglaterra la tragedia española estaba a punto de concluir. Mucho se ha escrito sobre nuestra última guerra civil: novelas, ensayos, libros de historia; muchas y muy diversas interpretaciones se han acumulado a lo largo de los años, pero «La forja de un rebelde» es algo más que una interpretación o una justificación: es la odisea de un hombre de su tiempo que ha sabido hacer de ella «literatura», es decir, dotarla de una «vida» propia para que nosotros podamos interrogarla. La contestación dependerá de cada cual.

5. UN MUNDO RECOBRADO

Para Barea, escribir era «parte de la lucha, parte de nuestra guerra contra la vida y la muerte y no sólo expresión de mí mismo» (17). Para nosotros, «La forja de un rebelde» es un mundo «milagrosamente» salvado por un escritor, porque éste supo construir un «mensaje» que llegase hasta nosotros tierno y cruel a la vez.

Hemos intentado explicar, y ello nos ha obligado a reiterar ciertos planteamientos teóricos, que la «información» (lo que nos quiso decir el autor) de una obra literaria como ésta se debe no a la verdad o a la fuerza de los argumentos, sino a que éstos han sido expresados en una «estructura artística». Un libro de historia también tiene su «estructuras» que se *narran* en esta trilogía, y posiblemente de una manera más científica e imparcial (dicho sea como ejemplo, porque un libro de historia también tiene su «estructura»), pero nunca podrá dar la *misma* información. En un libro clarificador sobre el «hecho literario», Lotman define el «texto artístico» como «un

mecanismo organizado de un modo particular que posee capacidad de contener una información de una concentración excepcionalmente elevada» (18). Nosotros hemos querido poner en evidencia que «La forja de un rebelde» no es un documento o un panfleto, según se mire, sino que es una *obra literaria*. Porque creemos que explicar de un modo simplista cuál es el «contenido» de una obra y cuál es su forma, cada cosa por su lado, no es más clarificador. Al revés, se empobrece su valor (conceptual y artístico). En un estudio como el que hemos intentado no se pierde el pensamiento del autor, puesto que éste se expresa en la obra como la vida se «expresa» a través de un organismo vivo.

Ahí tenemos, por fin, a nuestro alcance «La forja de un rebelde», para recobrar ese «mundo» tan nuestro totalmente y tratemos de comprenderlo, porque, al fin y al cabo, una obra literaria sólo se realiza como tal cuando encuentra *sus* lectores.

Angel M. SAN MARTIN

(17) «La llama», p. 411.

(18) Lotman, Yuri M., p. 359.



Cultura

Libros

Transición

Economía, trabajo, sociedad

Revista mensual, núm. 1
Octubre 1978. Barcelona
60 páginas. 100 pesetas



E. Altvater, Crisis económica y planes de austeridad; J. M. Reverte, L. Paramio, ¿Nuevos Pactos o nuevo Gobierno?; J. Muñoz, Las autonomías: el problema fiscal; P. Costa Morata, La izquierda y las centrales nucleares; L. Balbo, Mujeres trabajadoras: la doble presencia; I. Fdez. de Castro, Anacronismo y vigencia de la enseñanza privada; R. Linhart (entrevista), Organización del trabajo y condición obrera; A. G. Frank, Economía y astrología; M. Gil, Bodas de plata para una dependencia

Con fecha de octubre de 1978 ha aparecido el primer número de *Transición*, hermano menor de *El Viejo Topo*. Y aunque un solo número no sirva para dar una opinión global de la revista, sí lo es para dar la bienvenida a una publicación que, en su propia presentación, hace una declaración de intenciones que, si bien comienza con una boutade «Empezaremos con una declaración escandalosa: *Transición* no es, ni pretende ser, una revista de Economía (con mayúscula)...», innecesaria dado el público objetivo al que se dirige, dice algo que puede ser importante si consigue llevarlo a cabo: «Nos proponemos como una plataforma desde la que pensar, analizar y debatir los temas más decisivos de nuestro tiempo: el agotamiento del modelo de producción, de consumo, de ideales de vida del capitalismo; la madurez de un nuevo sistema de organización social; las cuestiones más palpitantes de nuestra hora: la crisis capitalista y sus secuelas de paro y miseria,

la destrucción ambiental, la sobreexplotación imperialista, la crisis del modelo de sociedad de los países del Este conocidas todavía como 'socialistas'. Y vamos a intentar hacerlo de modo plural, abierto, riguroso, sin concesiones a la retórica ni a la demagogia, criticando las opciones de izquierda cuando la ocasión lo requiera; abiertos a todas las posiciones que tengan como horizonte una sociedad libre de explotación y opresión; a todos los que piensan que nuestro tiempo de crisis es justamente el tiempo para la *Transición*.»

Pero aunque un solo número, y más aún el primero, sea insuficiente para hacer un juicio respecto al cumplimiento de las intenciones manifestadas en las líneas anteriores, y que suscribo plenamente, sí permite hacer algún comentario siquiera sea provisional.

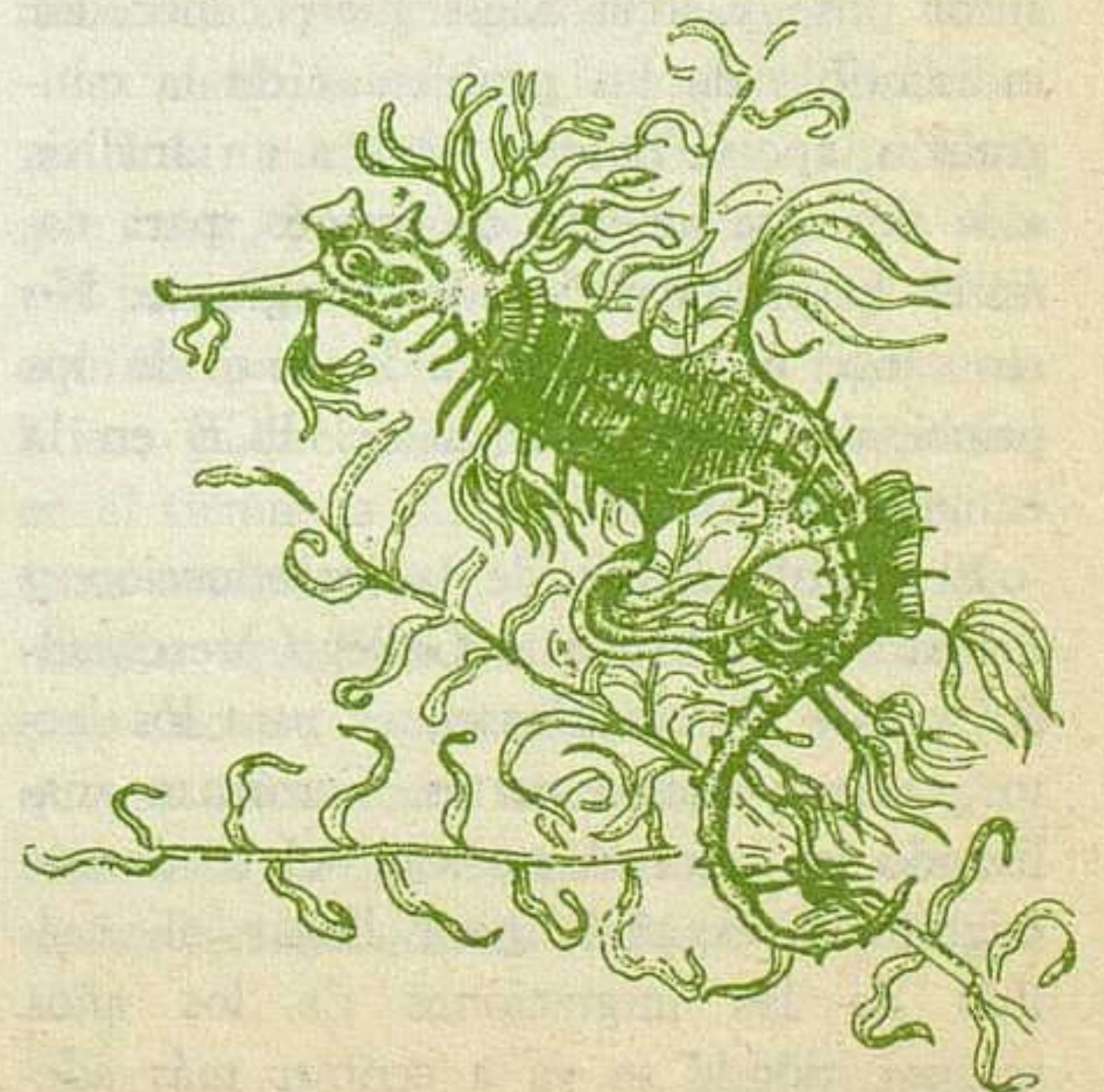
El número 1 de *Transición* es, necesariamente, muy irregular. Junto a ensayos apreciables, aunque se resientan de ciertas imprecisiones y omisiones quizá por tratarse de resúmenes de trabajos originalmente más amplios (caso de E. Altvater), de sugerentes análisis de problemas específicos (caso de Laura Balbo), de reflexiones originales —aunque uno pueda pensar que erróneas— sobre temas de actualidad (caso de M. Etxezarreta), de planteamientos ponderados de problemas políticos y económicos de primera magnitud en la actualidad (caso de J. Muñoz) y de trabajos menores interesantes (como el de K. S. Karol), aparecen escritos de calidad muy dudosa. Por ejemplo, la página de A. Gunder Frank, sobre «Economía y astrología», no es ni divertida, y se encuentra a distancias siderales de otros trabajos, incluso menores, de este autor. El trabajo de P. Costa Morata, titulado «La izquierda y las centrales nucleares», no pasa de ser un resumen periodístico de escasa calidad, lleno de razonamientos determinísticos no justificados. El ensayo de I. Fernández de Castro, sobre la enseñanza en España, no sólo contiene errores, sino que lleva al camino sin salida de la utopía revolucionaria (sic), en un final abrupto e irrelevante.

No querría dar la impresión de que mis juicios sobre los distintos trabajos apare-

cidos en *Transición* se derivan de mi acuerdo o desacuerdo con sus posturas críticas (varios de los artículos juzgados positivamente se encuentran alejados de mis coordenadas políticas, y mi escepticismo sobre el poder predictivo de los economistas oficiales no es inferior al de Gunder Frank). He intentado guiarme sólo por la calidad que he sido capaz de apreciar en los análisis y por la forma de tratar los problemas (*). Tampoco querría que el juicio global resultara negativo, porque sobre la base de un número sería injusto que así fuera y porque creo que la nueva aventura editorial del grupo de *El Viejo Topo* debe ser apoyada por la izquierda. Y todo esto lo escribo siendo consciente de que si en *Transición* existe un convidado de piedra es precisamente el PCE, a cuya crítica están dedicadas muchas de las 60 páginas que tiene la revista. Pienso, y espero, que ello sea así porque es el único partido de izquierda que presenta una alternativa concreta a muchos de los problemas que tiene planteados la sociedad española en estos momentos críticos. Pero también pienso, y creo, que la inexistencia de otras alternativas de izquierda concretas y debatibles debería ser un motivo de preocupación y crítica permanente no sólo en *Transición*, sino para todas las revistas y publicaciones de izquierda. ¡Suerte!

(*). Omito en el comentario el trabajo de Reverte-Panamio porque en el número 3 de *Transición* aparecerá una reflexión mía sobre el tema por ellos tratado.

Julio SEGURA



**José García
Messeguer**

Los emigrantes. ¿Nuevos ciudadanos de Europa?

Prólogo de Ignacio Gallego.
Colec. Eurocomunismo,
Socialismo en Libertad.
Forma Ediciones, S. A.
147 páginas



Pocas veces se ha tratado con rigor el tema de la emigración española en los países europeos. El libro ahora editado, en la serie Eurocomunismo, del cual es autor José García Messeguer, conocedor indiscutible de los problemas de la emigración, aporta datos y realiza un análisis a la vez que ameno, de interés, para conocer la problemática del emigrante. No en vano, el autor ha sido uno de los principales organizadores del PCE en la emigración.

El libro, además de la introducción y del prólogo de Ignacio Gallego presentando a José García Messeguer para los lectores, tiene cuatro partes. Comienza analizando las raíces históricas del fenómeno migratorio español, para llegar al análisis de las migraciones de los años sesenta, donde se va a centrar más ade-

lante. La presencia del PCE desde su reorganización en el exilio, su aportación a la resistencia francesa y la razón de ser de las organizaciones del PCE en la emigración se abordan en la tercera parte, concediéndole más extensión al polémico tema de estas últimas. Y, por último, una breve reflexión sobre uno de los mayores problemas y preocupaciones del emigrante: el retorno y las medidas indispensables para atajar de raíz la causa de la emigración.

La emigración española hacia los países de Europa, y concretamente de los que componen el Mercado Común, para el autor, reviste unas características especiales, que van a marcar una dinámica totalmente distinta a la que tenían las emigraciones del pasado. Estas oleadas de emigrantes salieron del país con las bendiciones de los responsables de la política de crecimiento de los años sesenta y en función de la demanda de mano de obra que estaba requiriendo el boom de los países europeos en su reconstrucción industrial, superada la guerra mundial.

Pero el emigrante se encontró que los países de acogida sólo valoraron su fuerza de trabajo. La falta de una infraestructura mínima que les permitiera una vida digna fue la tónica en la mayoría de los países de la CEE que importaron trabajadores extranjeros. La lucha económica pronto fue desterrada a un segundo plano, pasando al primero la de sus derechos ciudadanos y estando ambas en algunos momentos superpuestas una a la otra contra sus responsables directos, los gobiernos y las patronales de esos países de acogida.

Merece la pena detenerse en el capítulo donde se narra la dura realidad de las vicisitudes de la mujer y del niño emigrante. Si para el hombre la situación no era nada atractiva, para la mujer, a su problemática de emigrante, con las connotaciones de cultura, idioma, etc., se unía la de ser mujer y trabajadora.

La República Federal Alemana no dudó en separar a las mujeres de los hombres en sus viviendas, fueran éstos casados o solteros, en una medida encaminada a evitar la procreación, recordando unos tiempos que todos quisiéramos olvidar. Las mujeres emigrantes tenían que vivir en unas mal llamadas «residencias», donde la entrada de sus maridos estaba prohibida y donde para poder verse las parejas tenían que recurrir al tradicional paseo dominguero.

Las dificultades de los niños para poder acudir a las escuelas se unía a leyes

encaminadas al abandono de éstos de los países de acogida, que, por otra parte, no dudaban en utilizar su mano de obra, cuando así lo requerían, como en el caso de los temporeros.

Al final las mujeres y los niños optaban por abandonar estos países de inmigración, dadas las dificultades que en ellos encontraban.

Todo esto hizo que la lucha por los derechos ciudadanos se pusiera muchas veces en el primer lugar de las luchas reivindicativas.

El PCE y sus organizaciones en la emigración participaron desde el primer momento en estas luchas. Fue Santiago Carrillo el primer dirigente comunista que reivindicó el derecho de los emigrantes al «pleno ejercicio de los derechos políticos, civiles y culturales», considerando a las nuevas migraciones de trabajadores como «minorías nacionales».

En este contexto se explica las razones de ser de las organizaciones del PCE en la emigración, no siempre comprendidas por los partidos comunistas hermanos. Para el PCE la necesidad de estas organizaciones «dimana de la personalidad nacional que el inmigrado desea conservar». La existencia de organizaciones filiales de los partidos políticos de los países de origen, no se opone ni contradice al papel de los partidos políticos del país de inmigración. Este argumento que Messeguer hace en su libro no sólo es válido para la existencia de las organizaciones del PCE durante la época del franquismo, sino para cualquier partido político y para cualquier época política, sea cual sea el país de que se trate.

Los ejemplos de las luchas por los derechos ciudadanos se suceden a lo largo de la segunda parte y en el conjunto del libro van a aparecer sucesivamente. Se comparan situaciones y políticas de los distintos países de acogida. Suecia y su reconocimiento a los emigrantes de todos sus derechos, se contraponen a Suiza y su hostilidad, etc.

Por último, la parte dedicada a los problemas del retorno y las alternativas del PCE a los problemas de la emigración en lo inmediato y, sobre todo, en una política de futuro, por superar las causas que crean la emigración, es quizá el necesario colofón de este libro, que, como se decía al principio, la amenidad del mismo no está reñida con las aportaciones al conocimiento de la problemática de la emigración y a sus soluciones que en él se hacen.

Laura GÓMEZ

**Antonio Giménez,
J. J. López Hernando
y Leopoldo Pons**

La descentralización fiscal frente a la crisis económica

**Aspectos económicos
de las elecciones
municipales y de las
autonomías regionales**

Prólogo de Julio Segura
Ediciones H. Blume.
Madrid, 1978. 128 páginas



El porqué de este trabajo para sus autores —profesores de Hacienda Pública en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Valencia— queda claramente reflejado en unas pocas líneas de la introducción, cuando señalan los dos motivos de preocupación por el tema objeto del libro: «En primer lugar, por las implicaciones políticas que, en un momento de democracia naciente, puede tener la agravación o superación de la crisis económica; implicaciones que condicionarían en última instancia las circunstancias políticas en que vamos a vivir en

los próximos años. En segundo lugar, porque creemos que la solución de la crisis puede hacerse en una dirección que suponga la realización de una serie de transformaciones políticas y económicas que puedan sentar las bases de un decidido avance hacia la sociedad socialista» (página 13).

La importancia del tema queda fuera de toda duda, máxime en estos momentos en que la Constitución regula detallada y ampliamente el contenido de las autonomías y sus principales características políticas, porque la aplicación de las autonomías en el plano real va a suponer una transformación radical de la propia organización del Estado español. Pero lo importante del enfoque del libro que comentamos es el destacar precisamente el problema esencial —una vez superado el reconocimiento jurídico y político del hecho autonómico— que es el del contenido económico de las autonomías y los problemas de organización del aparato económico del Estado central y de los entes autonómicos que aquéllas han de llevar consigo.

La primera parte del libro (concretamente los capítulos I y II, págs. 17-64) es la menos original, aunque constituya un marco de referencia obligado para la propuesta concreta contenida en los dos últimos capítulos. La crisis económica por la que atraviesa España es analizada en el capítulo I utilizando los materiales conocidos, aunque ordenados de una forma poco frecuente orientada hacia el resaltamiento de los desequilibrios de carácter espacial, sectorial y social predominantes en la formación social española desde comienzos de la década de los años sesenta. El sentido de esta ordenación de materiales queda claro cuando, en el capítulo II, los autores tratan de demostrar cómo el principal responsable de la agudización de estos desequilibrios ha sido la actuación del sector público, para ligar después este análisis con el comienzo del capítulo III, en el que se tratan de estudiar las posibilidades de ofrecer la transformación del sector público desde el punto de vista de luchar contra los efectos del paro, contra los efectos de la inflación y contra las causas de la misma, llegando a la conclusión de que esta lucha «pasa necesariamente por dos caminos: por una transformación radical de éste [el sector público] que suponga una nueva dirección de la política económica y por una profunda descentralización de los centros decisorios de esa política» (pág. 71).

Llegados a este punto, los autores entran de lleno en lo que constituye la propuesta concreta de una alternativa de descentralización que transcurre desde el nivel autonómico hasta el de comarca y municipio, y que constituye el meollo analítico del libro. La propuesta —imposible de resumir aquí— creemos que plantea de forma equilibrada los problemas tanto organizativos como de gestión y de descentralización de competencias, aunque adolece de la falta de una declaración inequívoca respecto a las funciones y cometidos que, en cualquier caso, deben seguir siendo privativos del Estado central, con independencia de que se tomen las medidas precisas para que las decisiones de dicho Estado central estén sometidas a control democrático y tengan en cuenta los intereses de las distintas nacionalidades y ámbitos geográficos del Estado. Este aspecto, aunque la opinión no sea de los autores, sí aparece con toda nitidez en el prólogo de Julio Segura, si bien es cierto que el mismo no parece contradecir la opinión de Giménez, Hernando y Pons.

El libro comentado contiene, además de los temas ya mencionados, un análisis detallado sobre la utilización de algunas técnicas de análisis económico que se han aplicado tradicionalmente en la economía española para tratar de determinar el carácter de área geográfica o región comparativamente más beneficiada y más perjudicada por medio del estudio de los flujos interregionales, llegando los autores a la conclusión de que este tipo de análisis ha aportado muy poco al conocimiento real del problema, lo cual es absolutamente cierto, y que con frecuencia han sido utilizados más bien como coberturas *ex-post* para demostrar lo indemostrable.

En resumen, un libro claro y conciso, escrito en un tono que se acerca adecuadamente en algunos casos a la divulgación científica seria y rigurosa, y que en otros —las materias más estrictamente fiscales— se sitúa a niveles científicos. Un libro que trata, y creemos que consigue la mayor parte de las veces, de hacer un difícil equilibrio entre inteligibilidad y rigor analítico, y que plantea —con anterioridad en el tiempo a otros planteamientos— un tema crucial para el futuro político y económico del Estado. Un libro, en suma, cuya lectura recomendamos a todos los que se encuentren interesados en la problemática de las autonomías y la descentralización económica del sector público.

J. MENDIOLA



¡Mundo Obrero diario, ha salido Mundo Obrero diario!
Desde ahora, Mundo Obrero sale todos los días para que se oiga más y
mejor la voz de los trabajadores.

Pide Mundo Obrero, cada mañana, en tu quiosco.
Mundo Obrero. Un diario para el pueblo.



Nuestra Bandera

Peligros, 10
MADRID-14
T. 231-96-89

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Sr. Director del Banco (o Caja de Ahorros)

Agencia, con domicilio en

Población D. P.

Provincia

Titular de la cuenta

Número de la cuenta

Les agradecería tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por NUESTRA BANDERA.

..... de de 19.....
Firma,

Envíe también este boletín a NUESTRA BANDERA, nosotros nos encargaremos de hacerlo llegar a su Banco.

Nuestra Bandera

Peligros, 10
MADRID-14
T. 231-96-89

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Sr. Director del Banco (o Caja de Ahorros)

Agencia, con domicilio en

Población D. P.

Provincia

Titular de la cuenta

Número de la cuenta

Les agradecería tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por NUESTRA BANDERA.

..... de de 19.....
Firma,

Envíe también este boletín a NUESTRA BANDERA, nosotros nos encargaremos de hacerlo llegar a su Banco.



TARJETA DE SUSCRIPCION
NUESTRA BANDERA
Peligros,10. Madrid-14

Don, con domicilio en
calle/plaza n.º ciudad
distrito provincia

Se suscribe a NUESTRA BANDERA por 6 números, a partir del número
inclusive.

Tarifas de suscripción: España, 600 pts. Europa, 950 pts. América, 1.200 pts.
Resto del mundo, 1.500 pts.

Modo de pago (señalar con una cruz)

- Reembolso (sólo para España).
- Talón Bancario nominativo a favor de NUESTRA BANDERA.
- Giro postal núm. (adjunto resguardo).
- Transferencia a la cuenta n.º 60-3090/67, Banco de Andalucía, Urb. 1,
a nombre de NUESTRA BANDERA.
- Recibo domiciliado en cuenta corriente. (En este caso, rellenar el bo-
letín adjunto.)

..... de de
Firma

Enviar en sobre cerrado

TARJETA DE SUSCRIPCION
NUESTRA BANDERA
Peligros,10. Madrid-14

Don, con domicilio en
calle/plaza n.º ciudad
distrito provincia

Se suscribe a NUESTRA BANDERA por 6 números, a partir del número
inclusive.

Tarifas de suscripción: España, 600 pts. Europa, 950 pts. América, 1.200 pts.
Resto del mundo, 1.500 pts.

Modo de pago (señalar con una cruz)

- Reembolso (sólo para España).
- Talón Bancario nominativo a favor de NUESTRA BANDERA.
- Giro postal núm. (adjunto resguardo).
- Transferencia a la cuenta n.º 60-3090/67, Banco de Andalucía, Urb. 1,
a nombre de NUESTRA BANDERA.
- Recibo domiciliado en cuenta corriente. (En este caso, rellenar el bo-
letín adjunto.)

..... de de
Firma

Enviar en sobre cerrado